

A close-up portrait of a man with a dark beard and intense, light-colored eyes. The background is a soft, out-of-focus pinkish-red gradient.

BIANCA DE SANTIS

UN TOQUE
ARDIENTE

Un toque ardiente

Solo basta saber tocar ese punto para llevar a una mujer a la luna

BIANCA DE SANTIS

Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.

Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.



Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[CAPITULO 1: Valeria](#)

[CAPITULO 2: Valeria](#)

[CAPITULO 3: Alejandro](#)

[CAPITULO 4: Valeria](#)

[CAPITULO 5: Alejandro](#)

[CAPITULO 6: Valeria](#)

[CAPITULO 7: Valeria](#)

[CAPITULO 8: Alejandro](#)

[CAPITULO 9: Valeria](#)

[CAPITULO 10: Valeria](#)

[CAPITULO 11: Alejandro](#)

[CAPITULO 12: Valeria](#)

[CAPITULO 13: Alejandro](#)

[CAPITULO 14: Valeria](#)

[CAPITULO 15: Alejandro](#)

[CAPITULO 16: Valeria](#)

[CAPITULO 17: Alejandro](#)

[CAPITULO 18: Alejandro](#)

[CAPITULO 19: Valeria](#)

[CAPITULO 20: Alejandro](#)

[CAPITULO 21: Valeria](#)

[CAPITULO 22: Alejandro](#)

[CAPITULO 23: Valeria](#)

[CAPITULO 24: Valeria](#)

[CAPITULO 25: Valeria](#)

[CAPITULO 26: Alejandro](#)

[CAPITULO 27: Valeria](#)

[CAPITULO 28: Alejandro](#)

[CAPITULO 29: Valeria](#)

[CAPITULO 30: Alejandro](#)

[CAPITULO 31: Valeria](#)

[CAPITULO 32: Valeria](#)

[CAPITULO 33: Alejandro](#)

[CAPITULO 34: Valeria](#)

[CAPITULO 35: Alejandro](#)

[CAPITULO 36: Valeria](#)

[CAPITULO 37: Alejandro](#)

[Epílogo](#)

CAPITULO 1: Valeria

¿Tienes dificultades en la cama? ¿Te cuesta alcanzar el clímax? ¿Entonces debes leer nuestro artículo!

Leo ese titular en la portada de una de las revistas. Pareciera que está haciéndome esas preguntas directamente. Estoy pasando por una situación como esa, pero no puedo sentarme a leer.

Sé que pronto estará mi primer paciente en la clínica, por lo que debo revisar su historia médica. Continúo ordenando rápidamente la sala de espera y poniendo las revistas a los lados. Siento algo de frío.

"Buenos días, dulzura", escucho. Es la voz de mi mamá. Sonríe con calidez. Observo sus cabellos negros. Lo recogió, como hace siempre, con una trenza, en la parte más alta de su cabeza. Su oscuro tono, casi azabache, es similar al mío.

"Hola, mamá", le respondo, y sonrío.

"¿Cenaremos en casa mañana? Será una fecha especial".

"Sí, como hago cada noche de sábado".

"Creí que alguien te había invitado a salir".

"Lamentablemente, no tengo esa suerte, así que deberé cenar con ustedes nuevamente".

Tras la ruptura con el imbécil de Antonio, el último novio que tuve, siento que ya no me atrae ningún hombre. No he cenado con un hombre en mucho tiempo. No quiero salir con nadie. Tal vez me siento de ese modo porque todos mis antiguos novios han sido unos imbéciles y no me dieron ningún tipo de placer. Ahora estoy soltera.

"Ya llegó tu primer paciente, Valeria". Marisa, la metiche que tenemos como secretaria, muestra su cara encima del escritorio.

"Estupendo. Pídele que vaya a mi consultorio. Mamá, nos vemos luego. Gracias, Marisa".

Repaso los apuntes cuando veo que se acerca. Es algo sencillo. Tuvo una lesión en su antebrazo por un choque que tuvo hace unas semanas. Viene a la terapia para recuperar la fuerza en su brazo. Esta será su tercera consulta. Ojalá haya hecho los ejercicios que le indiqué. Recojo mi cabello con prisa y sonrío.

Me molesta saber que la mayoría de mis pacientes no realizan las terapias en sus hogares. Si no los llevan a cabo, mis consultas son prácticamente inútiles. Las personas solo suelen empezar los tratamientos cuando el dolor es insoportable.

Me dediqué a la fisioterapia. Cuando finalicé la universidad, abrí mi consultorio en la clínica de mis padres. Ellos son oncólogos. Tienen sus propios consultorios y esta clínica en el centro de la ciudad.

Estoy feliz de trabajar con ellos cada día. Los tres tenemos una gran conexión. Además, Teresa, mi hermana menor, también está muy unida a nosotros. Somos una gran familia. Me encanta saber que tengo una relación tan hermosa con todos.

Teresa vive con nuestros padres. Estudia Gastroenterología en la Universidad de La Galera. Su plan es abrir su consultorio en la clínica una vez que concluya sus estudios. En mi caso, ya compré un apartamento, en el que vivo hace unas semanas, aunque me reúno con ellos todos los sábados para cenar.

A pesar de mi vínculo tan estrecho con ellos, no me siento capaz de contarles sobre los problemas que tengo para alcanzar el clímax. ¿Es un problema de salud? No lo sé. Tengo mis dudas al respecto.

¿Qué pasa conmigo?

Nada me resulta útil. No lo he logrado por mi cuenta, aunque use diferentes tipos de vibradores o juguetes sexuales, pequeños o grandes. Tampoco experimenté un orgasmo con ninguno de mis novios.

A veces he sentido que tengo *algo* que se parece a un clímax. Aunque siento que me estremezco ligeramente, no puedo compararla con lo que todo el mundo afirma que es un clímax: algo espectacular e intenso. No tengo esa certeza.

Paso el resto de la tarde atendiendo a mis pacientes. Casi todos han tenido fracturas o lesiones, y algunos han hecho sus terapias domésticas.

Al finalizar las sesiones, llego a la sala de estar nuevamente. Busco la revista con el artículo sobre los orgasmos y la meto en mi bolso.

"Hasta luego, Marisa", le digo para despedirme. Deseo que no haya visto cuando tomé la revista. Sé que, si da cuenta, le contará a mi mamá lo que hice. Suele ser muy rígida con el cumplimiento de las normas. Para evitar problemas, decido que el lunes pondré la revista en la sala de estar otra vez, en el mismo lugar en el que estaba.

"Hasta el lunes", responde.

Llego a mi apartamento. Tengo mis dudas sobre la efectividad de estas soluciones que ofrecen estas revistas, pero decido leer. Caigo en el sofá de mi sala de estar y busco la revista entre mis cosas. La abro nerviosamente.

Paso por delante de innumerables anuncios de perfumes brillantes y de moda hasta que llego al artículo.

¿Podría una perforación en tu clítoris ayudarte a alcanzar más orgasmos?

¿Perforación? ¿En mi clítoris? Sin duda, es una idea interesante.

Un estudio revela que las perforaciones en el exterior del clítoris sirven para mejorar notablemente la capacidad femenina de tener orgasmos. Esto sucede porque las piezas de metal estimulan los genitales. Para este artículo conversamos con cinco chicas que nos contarán sus historias.

Comienzo a leer las entrevistas. Las mujeres cuentan que las perforaciones mejoraron sus experiencias sexuales y sus vidas en general.

"Mi vida ha cambiado para siempre. No sabía lo que era tener un orgasmo antes de perforarme, pero ahora tengo por lo menos dos diarios. Con mi novio hago el amor todos los días, y tenemos sesiones extra los fines de semana".

"Les aconsejo a todas las chicas que se hagan una perforación, empezando por mis amigas. No me había dado cuenta de lo que me hacía falta hasta que me perforé".

"Es alucinante. Solo había tenido chispas orgásmicas antes de perforarme. Ahora tengo verdaderos orgasmos".

Mi respiración se entrecorta. Es la primera vez que leo sobre este tema. Me pongo de pie. Me parece algo increíble. Suelo tener dudas con asuntos como este. ¿Será cierto lo que dicen las chicas? Debo indagar más al respecto.

Enciendo mi computadora. Hago una búsqueda en internet sobre las perforaciones en los órganos genitales. Me toma una hora y media leer y analizar los datos. Muchas chicas aportan sus testimonios. Señalan que se han hecho perforaciones y afirman que se sienten mucho mejor. Toda la información apoya el artículo de la revista.

Otro artículo indica que existen tres clases de perforaciones genitales. El denominado triángulo es el mejor para aumentar la intensidad y frecuencia del clímax. Sin embargo, los labios genitales deben tener la forma adecuada para ser perforados. Pocas chicas pueden hacérselo.

Otras preguntas surgen en mi mente. ¿De verdad podré hacerme una perforación? ¿Sería doloroso? Muchas chicas contaban sus historias, pero ninguna se atrevía a afirmar que cualquier chica pudiera hacerse una. ¿Podría yo perforarme?

Una vez que hice un emparedado para cenar y que ya lo había comido, encendí mi tableta para retomar la lectura del libro. Había empezado a leerlo hacía un mes. Suelo enfocarme en la lectura de mis libros, pero ahora, cuando empiezo a leer la sección cargada de sexo, en la que se habla de un encuentro apasionado y deslumbrante, no dejo de pensar en cómo sería una perforación en mi clítoris.

Deseo tener un encuentro apasionado y deslumbrante como ese.

Cuando se hacen las diez y treinta decido acostarme, como hago cada noche a esa hora. Difícilmente haya otra persona de veintiocho años en mi país que suela dormir tan temprano, pero me siento agotada.

Cuando pongo mi cabeza en la almohada, generalmente me quedo dormida de inmediato. Pero ahora solo pienso en las perforaciones. No puedo ni siquiera puedo cerrar los ojos. ¿Podrán ayudarme a alcanzar el clímax? ¿Un clímax poderoso?

Me fijo en la pantalla de mi celular. El brillo hace que mis ojos se abran de par en par. Inicio la búsqueda en internet.

Un artículo señala que las chicas deben ser muy precavidas. *Es un procedimiento médico y si no se toman las precauciones, podría haber complicaciones.*

En otro artículo se indica que hay que ir a un centro de tatuajes para perforarse. No he ido a un sitio como ese. De hecho, no conozco a nadie que tenga tatuajes en su cuerpo. Empiezo a pensar si debo ir o no. Decido apagar el celular.

Me digo que debo hacerlo. Merezco esa oportunidad. Hay tantas posibles ventajas que sería un error no intentarlo. Son las tres de la madrugada...

Enciendo mi teléfono para hacer otra búsqueda en internet. Doy vueltas en mi cama durante una

hora y media mientras lo hago. *Lugares en la Galera para hacerse perforaciones genitales.*

Descubro que hay dos lugares: El cielo de la piel y El paraíso de los tatuajes.

El cielo de la piel no me parece el lugar más adecuado. Su nombre me parece muy romántico. Por otro lado, El paraíso de los tatuajes se encuentra más cerca de los museos y los estudios, en la plaza de la avenida Los Dorados. Eso lo convierte en un lugar más... artístico. Voy a buscar en mi alma la valentía que necesito para contactar a El paraíso de los tatuajes mañana temprano. Si no lo hago, no voy a hacerme la perforación. Y luego me arrepentiré.

Cuando me levanto en la mañana, son casi las diez. Acostumbro despertar a las seis, independientemente de que sea sábado, domingo o feriado. Me siento reconfortada.

Y lo primero que llega a mi mente es la perforación. Nunca había sentido tanto deseo de hacer algo.

Busco en internet la dirección de contacto de El paraíso de los tatuajes. Me queda algo de tiempo para convencerme... o arrepentirme. Abren al público a las once.

Como un emparedado. Tomo una taza de café. Luego otra. Me siento más animada con cada minuto que pasa. Necesito hacérmela. Ojalá puedan recibirme hoy mismo. Cuando veo el reloj y descubro que son las once y un minuto, los llamo.

CAPITULO 2: Valeria

"El paraíso de los tatuajes. Soy Ingrid", me responde una chica.

Al poder hablar con otra chica me siento más calmada.

"Buenos días. Quisiera hacerme una perforación. Una... en mis genitales". Creo que mi corazón saltará por mi boca en cualquier momento. ¿Cómo es posible que haya contado eso en voz alta?

"Perfecto. ¿Qué clase de perforación quieres?".

"Uno en el exterior de mi... clítoris", le digo, con voz aún más alta. ¿Qué es más humillante para mí? ¿Decirle lo que quiero o demostrarle lo incómoda que me siento? Sinceramente, no lo sé.

"¿Te has hecho alguna perforación?".

"Una vez quise hacerme una en mi oído izquierdo", le cuento, aunque tengo algo de dudas.

Hace silencio y luego retoma la palabra. "¿Puedo preguntarte la razón por la que quieres perforarte?".

Tomo aire, buscando el valor para contarle. Cuando me siento animada, le respondo. "Me han dicho que aumenta el placer sexual".

"Creo que esas palabras se quedan cortas. Te lo aseguro", dice. Escucho su risa.

"Supongo que tienes una en tus genitales".

"De hecho, tengo las tres que pueden hacerse en tu clítoris y dos en mis senos. Vas a volar por todo el universo. Te juro que te dan mucha satisfacción".

"Me conformaría con volar encima de mi cama".

"Te confieso que antes de hacerme mi primera perforación, no había tenido orgasmos", me cuenta en voz baja.

Estoy feliz de sentirme identificada con alguien. "Es la historia de mi vida", le cuento.

"Créeme, la perforación va a ayudarte".

Me alegra que Ingrid haya contestado la llamada. Es como una jugada del destino. "¿De verdad ayudan?", le pregunto.

"Claro que sí. Podemos recibirte a las tres".

"¿A las tres de la tarde de hoy?".

"Así es. Esta tarde". Escucho de nuevo su risa.

"¿Y sentiré dolor?".

"Ese dolor no se compara con el placer que tendrás el resto de tu vida. Y el procedimiento será rápido".

"¿De verdad?".

"Te lo juro. ¿Vendrás? Podría revisarte para ver cuál perforación es ideal para ti. Puedo ponerte el

triángulo si tus labios tienen la forma correcta. De todos modos, el corte diagonal también podría ayudarte. No tienes que preocuparte por ello".

¿Tendré el valor para hacerlo? Siento que me hace falta. No puedo retroceder ahora. Trago grueso y mi pecho se comprime.

"Iré", digo, exhalando con fuerza.

"Estupendo. Te espero a las dos".

Le doy mis datos y me recuesto en el sofá. Mis dedos están empapados. Como puedo, pongo el celular en la mesa. Pongo mis manos en mi cara. ¿Qué acabo de hacer? Mis muslos también se llenan de humedad. Por fin mi problema se solucionará. Y eso sucederá hoy mismo.

Cuando llego a mi dormitorio, busco mis juguetes sexuales favoritos. Les pongo baterías nuevas a todos. ¿Cuánto tiempo deberá pasar para poder estrenar la perforación conmigo misma? ¿O con un chico?

Aún no sé qué ropa usaré para ir al salón de tatuajes. Cuando me decido, tengo en mi mano una larga falda amarilla y una blusa. La falda me ayudará con el dolor, ya que un pantalón ajustado solo empeorará mi situación. Busco una ropa interior suave.

Paso el resto del mediodía caminando por mi sala y leyendo el libro en mi tableta. Pero no puedo pasar de dos o tres páginas.

Se acerca la hora y enciendo mi vehículo. Mis nervios están tan alterados que siento el aleteo de mariposas incluso en mis manos. Me dirijo a la tienda de tatuajes lentamente.

Como puedo, estaciono mi auto deportivo en el lugar más cercano a la entrada. Apago mi auto y me fijo en el cartel de El paraíso de los tatuajes. ¿Qué veré adentro? No lo sé.

Pienso que debí pedirle a Teresa que me acompañara. ¿Pero cómo podía hacerlo, si no pude contarle por qué quería venir aquí? Tengo algo de dignidad... todavía. No se lo diré jamás.

No pasa nada, me digo una vez más. Ingrid trabaja aquí. Pasó por una experiencia similar a la mía. Es una chica y me entiende. Ya no hay motivos para sentirme nerviosa o humillada.

Exhalo con todas mis fuerzas y abro la puerta de mi auto. Camino sin parar hasta llegar a la entrada. Paso y miro a todos lados.

No hay nadie.

En el centro hay un gran escritorio negro. Oigo música de rock, pero no es pesada. Veo figuras grandes en las paredes, lo que me hace pensar que son tatuajes que ya han hecho. También hay afiches de personas famosas con tatuajes. A la izquierda hay una puerta. Supongo que es la sala de tatuajes.

Camino hacia el escritorio. "Buenas tardes", digo.

Me siento como una tonta. No veo a nadie que me conteste. Sigo de pie, sin hacer ni decir nada más. ¿Y ahora qué hago? Me detengo a ver un pequeño estuche sobre en el escritorio. Hay joyas en él. Son para decorar las perforaciones.

Casi todas son joyas para hombres. Supongo que también perforan escrotos o glándes. Además, se nota que pesan mucho. Sin embargo, algunas son más femeninas. Tienen unos lindos detalles.

"Un minuto", responde alguien. Es una voz masculina y áspera.

Al subir mi cara, noto que sale de la puerta de la habitación. Su pecho queda ligeramente descubierto cuando su camiseta se levanta. También tiene una especie de delantal de trabajo para ponerse sobre su camiseta.

Me detengo a contemplar sus abdominales. Son perfectos. Se nota que se ha ejercitado. Hay tatuajes en todos esos músculos. Su pecho es maravilloso, muy atractivo. Y hay perforaciones en sus dos pezones. Paso mi mirada por el resto de su cuerpo mientras termina de vestirse.

¿Debo asustarme? ¿O excitarme? No lo sé.

Mi cuerpo se llena de calor. Cierro mis puños. Me cuesta respirar y controlar mis latidos. Sin embargo, intento frenarme con los pensamientos racionales que nacen en mi mente.

Ni siquiera en todos mis años de experiencia como fisioterapeuta había visto una figura como esa. Tengo claro que nunca había visto un hombre tan esbelto. No obstante, hay tantos tatuajes en su piel que me cuesta hacer un juicio prudente sobre él.

Veo su cara detenidamente. Se da cuenta de que estoy observándolo. Empieza a sonreír animadamente. Comienzo a ruborizarme instantáneamente. Y, sin embargo, no dejo de mirar sus intensos ojos oscuros y su cara llena de fuego. Termina de ponerse su camiseta y su delantal.

"Vine porque tengo una cita con Ingrid", le cuento.

"Sé que eres Valeria Valencia. Viniste porque quieres perforar tu clítoris para alcanzar más orgasmos".

Abro mis ojos de par en par. Mi cuerpo se paraliza. ¿Cómo hizo para decir eso con tanta calma?

"Así es. Me reuniré con Ingrid".

"Ella se fue. Mi nombre es Alejandro, por cierto. Y te atenderé esta tarde".

Me doy cuenta de que me mira sin parpadear. Abro mi boca, pero no puedo decir nada. Y mis manos quedan en el aire. Siento temor. También estoy estupefacta por lo que está pasando...

En realidad, no es temor lo que siento. Es confusión. Es una sensación de incomodidad. Me siento incómoda porque me quedaré a solas en una habitación con un sujeto que está lleno de tatuajes y perforaciones. No podría ser más peor. Estaré con él en un centro de tatuajes. Pero está delicioso, y mi piel dice y pide lo contrario de mi mente.

"Valeria, puedes estar tranquila. Tengo años de experiencia. Soy un profesional ", me cuenta Alejandro. Su voz empieza a oírse más seria.

"No pasa nada. Volveré para verme con Ingrid".

"Ella no regresará".

"¿Le sucedió algo?"

"Ya te dije que no regresará. No entiendo tu curiosidad".

"Vaya", le digo. "¿Hay otra chica que haga perforaciones en este lugar?". Me siento cada vez más perpleja.

"De hecho, no".

"Pero estaré más tranquila si voy a un salón de tatuajes en el que haya una mujer".

"Eso no sucederá en La Galera. No hay más mujeres perforadoras".

"En ese caso, deberé viajar a otra ciudad. Podría ir a La Heroica o a Villa Mar".

"El retorno será muy doloroso para ti".

"Pero no puedo permitir que hagas algo así. De hecho, no sé si sea seguro estemos los dos aquí, solos".

"Como te comenté antes, soy todo un experto. Es lo que hago para vivir, Valeria. No podría hacer algo que pusiera en peligro la empresa que me ha costado tanto levantar. Soy profesional. Por eso te digo que no tienes que sentir temor o incomodidad. Llevo muchos años perforando clítoris". Clítoris, dijo, justo cuando su mirada se detuvo en la mía con fuerza. Mi piel se erizó.

Vólteo para ver cualquier otra cosa. Me fijo en el estuche de las joyas. ¿Qué hago ahora? ¿Me quitaré la ropa para que un tipo, que no conozco, toque mis zonas más privadas y me perfore el clítoris?

"Creo que voy a pensarlo para decidir qué hacer", le respondo.

Iba a decir otra cosa, pero decido caminar y avanzar hacia la entrada. Tomo el pomo para abrir la puerta y salir.

"Espero que, decidas lo que decidas, no vayas con ese idiota de El cielo de los tatuajes", me indica. "Sería una lástima que hiciera una perforación incorrecta en el cuerpo de una linda chica".

"Puedes estar tranquilo. No iría a un lugar como ese", digo, y giro para verlo. De nuevo mi piel se eriza al verlo.

Sonríe ante mis palabras. "Podré perforar tu clítoris con mis ojos cerrados si me lo pides".

Frunzo mi ceño. "¿Cómo dices? ¿De qué manera lo harías?".

"No sería posible, pero podría simular que no vi tu cuerpo, si eso te reconforta".

CAPITULO 3: Alejandro

Valeria Valencia estaba entrando en mi tienda para perforarse su clítoris. Debía ser yo quien lo hiciera. No podía permitirme que otra persona la perforara. Tuve que cerrar mis ojos y tomar aire para controlarme.

Inicialmente tuve mis dudas. Tal vez no era la misma Valeria Valencia que me había lastimado durante toda la primaria. Ella era muy rígida en ese entonces, y esta chica lucía más abierta. Tal vez había otra chica con ese nombre en La Galera.

Pero luego lo supe. Lo noté al ver su larga cabellera recogida y sus profundos y grandes ojos oscuros, de un tono casi negro. Contrastaban con la blancura de su piel. Antes siempre pensaba en las muñecas de juguete que mi madre atesoraba y ponía en los mostradores de nuestra sala de estar al ver ese contraste entre su piel y sus cabellos. Era Valeria.

Había recogido esos cabellos de la misma manera que lo había hecho durante la escuela primaria. Quizás lo había hecho desde que habíamos perdido contacto.

Era mi costumbre sentarme en el asiento detrás del suyo. Tomaba un lápiz y jugueteaba con esos cabellos siempre que se presentaba la ocasión.

Pero luego empecé a odiarla. A sentir un fuerte odio por ella. Había sucedido durante nuestro último día de escuela. Luego nos mudamos a otro lugar. Siempre había considerado que debí mudarme por ella. De hecho, todo lo que había pasado en mi vida había sido culpa de ella.

No había pensado qué pasaría conmigo al verla de nuevo. Sin embargo, se había convertido en toda una mujer. Al verla, las emociones infantiles regresaron a mi mente. Sentí que el enamoramiento volvía. Carajo.

Esas emociones se mezclaban con otras más fuertes. Esas que solo podía sentir un adulto. El deseo, por ejemplo, de tomarla por su cintura y ponerla entre mi cuerpo y la pared.

No sabía qué le haría, si pudiera. Pondría ese cabello entre mis manos para soltarlo y luego halarlo. Me encantaría escuchar sus gemidos. Sabía que solo yo podría arrancar esos gemidos de placer de sus pulmones. Después cubriría su boca con mis manos y saborearía sus labios rosados. Los había adorado toda mi vida. Cada día más. Mierda.

Deseaba demostrarle cuánto quería cogerla. Ponerla a temblar como más nadie lo haría. ¿Esperaba perforarse para tener un clímax estremecedor? Yo iba a causarle uno que jamás olvidaría. Su mirada se perdería en el espacio y no podría pensar con claridad.

¿Pensar? Esa palabra me hizo preguntarme algo. ¿Ella habría pensado en mí? ¿Me habría olvidado?

Ella está frente a mí. Obviamente, está asombrada por lo que sucede.

"Una vez que te perfores, estarás feliz. Podrás tener sensaciones que ni siquiera imaginabas que podrías tener".

Todo su cuerpo se cubre de un intenso tono rojo. Es la misma reacción que tenía cuando estudiábamos en la escuela. Entonces el recuerdo llega a mi mente, instantáneamente: ella se

sonrojaba rápidamente en ese entonces. Y todo el tiempo intentaba mostrarse tranquila. Veo que es un hábito que no ha dejado. Después de que yo jugara con ella, Valeria siempre se esforzaba por mostrarse calmada. Y ese aspecto de su personalidad me encantaba.

Seguramente va a salir de mi tienda, pero luego regresará, una vez que esté decidida a dejar que yo la perforo.

Entonces cierra la puerta y se mantiene ahí. "De acuerdo. Hagamos esta mierda de una vez".

Admito que estoy en shock. Mi cara lo revela. Aunque no lo hubiera imaginado ni siquiera en mis escenarios más optimistas, Valeria Valencia dejará que yo vea su cuerpo en unos minutos. Empiezo a tener una erección.

"Bien. Debo ver cuál es la perforación ideal para ti. Supongo que deseas perforarte con un triángulo".

"Así es", dice, pero mira hacia otro lado.

"Es una excelente elección. Voy a preparar todo. Revisa las joyas y elige una", le pido. Apunto al estuche para que busque una joya.

Veo que asiente con reservas. Se fija en las joyas del estuche. Voy con rapidez al fondo y busco una toalla para ponerla sobre la silla. Busco una blanca. Cuando regreso, me doy cuenta de que Valeria no se mueve. Está impactada por alguna razón.

"¿Hay alguna joya que llame tu atención?", le pregunto.

"De hecho, estas, con flores azules, me encantan".

Está claro que así es. Bajo mis manos y mi mirada para buscar en una de las gavetas del escritorio. Hay muchas joyas que sirven como ejemplo. Entre ellas está la que tiene las delgadas flores azules que le gustan. Además, hay unos modelos más recientes. Todos están limpios, totalmente esterilizados.

"Cariño, cuando quieras".

Comienzo a caminar hacia la habitación de los tatuajes. Ella avanza detrás de mí. Luce petrificada. Le pido que se siente en la silla. Recorre todas las sillas que usamos para los clientes. Cada una de las sillas tiene un estilo distinto. Le hago una pequeña reverencia mientras le indico nuevamente con mi mano que tome asiento. Le cuesta tomar aire. Se mantiene al lado de la silla, tragando grueso. Está al lado de la silla más clásica.

"¿Y ahora?", me pregunta.

"¿De qué hablas, dulzura?".

El rubor en su cara se intensifica. "No sé qué hacer. ¿Tengo que quitarme la ropa interior?", me pregunta.

Sonríó ampliamente. Lo hago sin poder evitarlo por su franqueza.

"Sería una estupenda idea".

"¿Y qué hago con la falda?".

"Súbela a tu cintura. No es necesario que te la quites. Estará bien de ese modo", le digo, aunque

odio tener que hacerlo. Quizás hable con ella luego, para convencerla de que se perfore los pezones o se tatúe. Así lograré que se quite la blusa y verá sus tetas.

Con timidez comienza a mover su falda con ambas manos. Se mueve ligeramente para poner sus dedos debajo de ella. Luego las retira y las ubica entre sus muslos. Al cabo de unos segundos, su ropa interior está entre los dedos de su mano derecha.

¿Realmente está pasando? Estoy impresionado por todo lo que estoy viendo.

"Terminé", me informa.

"Muy bien. Ahora puedes sentarte".

Lentamente alcanza la silla. Se reclina ligeramente para subir su falda, por la cara de atrás. Entonces pone su espalda en la silla. Sigo disfrutando el panorama. Sus piernas y sus rodillas quedan cubiertas por su larga falda.

Empiezo a mover la silla. "Necesito que coloques tus pies en estos apoyos", le indico.

Hace caso a mis indicaciones. Me siento para comenzar el proceso. Uso una mano para buscar guantes en una de las gavetas. Aplico algunas gotas de desinfectante en la otra. Masajeo la palma para cubrirla. Cierro entonces la gaveta.

"No me gustan en absoluto. Hablo de esos guantes. Ese olor a látex...", me informa.

Al levantar mi cara, me encuentro con sus ojos abiertos de par en par. No parpadea ni un segundo mientras me ve.

"Te entiendo. Tampoco me gusta, pero debo respetar las reglas y hacer todo lo que indica nuestro protocolo".

Lo que le digo es cierto. Detesto tener que poner estos guantes sobre mis manos. Preferiría no hacerlo, porque lo que más anhelo es poner mi cuerpo sobre el suyo.

Al ponerme uno y luego el otro, me percato de que está concentrada en mi mano derecha. Observa el tatuaje de león con su boca rugiendo que tengo en ella.

"Es encantador", declara.

“¿De verdad? Creí que no eras una chica aficionada a los tatuajes".

"En realidad no lo soy, pero todos los animales me encantan", dice, encogiendo sus hombros.

"Entiendo ¿Te encantan los leones?".

"Así es, aunque me gustan más los tigres".

"¿El tigre es tu favorito?"

"No. Mi animal favorito es el conejo".

Río al escuchar su confesión. Está claro por qué le gustan ese tipo de animales. Es dulce. Es toda una conejita...

"Podría mostrarte el diseño de un conejo rosa para tatuártelo en tu pierna. O quizás una lluvia".

Abre aún más sus ojos y baja su cara para verme. "Jamás. Nunca me haría un tatuaje", me aclara.

"De acuerdo. Entonces solo perforaré tu fresa".

Se conmociona tanto ante mis palabras que no puede moverse. Dije esa palabra sin poder evitarlo. De inmediato me siento arrepentido por mi lenguaje. Ahora solo deseo que se quede en la habitación en lugar de salir corriendo.

"En cualquier caso, no he tomado esa decisión. Primero debo asegurarme de qué tatuaje puedo hacerme. Además, quiero saber más al respecto".

Pongo mis manos en sus piernas. "¿'Saber más'? ¿Qué más quieres saber? ¿En cuántos días sana la herida? Imaginé que Ingrid ya te había dado todos esos datos". Retomo la palabra mientras la miro. "Pueden pasar incluso seis meses hasta que sane por completo. Para evitar complicaciones, debes aplicar solución salina durante la mañana, la tarde y la noche. No hay problemas si decides tener relaciones sexuales. No obstante, debes ser cautelosa. Debes hacerlo con calma. No intentes colgarte en una liana mientras lo haces. Además, debes limpiarla. Así evitarás infecciones. Debes evitar que te hagan sexo oral si tu compañero tiene la lengua sucia".

Es obvio que la información que le doy está dejándola perpleja. Abre su boca y luego la cierra.

"Lo que digo es que le pidas a tu novio que sea cuidadoso".

"Bueno, eso no es problema. Soy soltera".

Es justo lo que quería oír, aunque no pretendo ser su novio. Lo único que quiero es cogerla.

"Entiendo. En ese caso, ten cuidado la próxima vez que te acuestes con algún novio reciente o tengas sexo casual con algún chico que hayas conocido en un bar. Debe ir con calma para que no tengas problemas con la herida".

"No voy a bares para buscar hombres y acostarme con ellos", me informa mientras se levanta.

"Disculpa. Era un chiste, Valeria", digo. Me inclino para evitar que salga.

"Pensé que habías dicho que eras un experto y un profesional".

"Y lo soy. Dije esa broma para que te calmes".

"Estoy relajada. No es necesario que lo hagas".

"¿De verdad?", le pregunto con sorpresa.

"Solo estoy un poco nerviosa. Supongo que a cualquier persona en mi situación le sucedería lo mismo".

Vuelvo a poner mis palmas en sus piernas. Masajeo sus muslos sin detenerme ni un segundo a pensar.

CAPITULO 4: Valeria

Hay algo poderoso en el aire. A pesar de que mi falda sigue sobre mis piernas y sus guantes siguen en sus manos, la tensión es enorme. Decido pensar en otra cosa. Entonces una pregunta llega a mi mente. ¿Por qué vine?

Siento que el rubor hará que mi cara estalle. "A veces estoy... a solas con mi mano?", le pregunto.

Me ve y noto la sorpresa en su cara. Al cabo de un rato, calma sus músculos: por fin entiende lo que estoy diciendo.

"¿Hablas de tocarte?", me pregunta con una sonrisa.

"Exacto", digo, y cierro los ojos.

"Los resultados variarán. Si te tocas con mucha fuerza, te dolerá".

"No me toco tan fuerte como supongo que crees".

Escucho su risa. Levanta su cara y agita sus manos. El eco de su agradable risa alivia la intensidad de la tensión. También empiezo a reír.

"Te darás cuenta del momento en el que debes parar. Debes hacer un esfuerzo para no tocar la perforación con mucha fuerza. Y no olvides asear siempre la zona. Por esa razón, en caso de que te apliques lubricante, debes asear tus órganos al finalizar tu 'sesión'".

Dice esas frases y a mi mente llega la imagen del vibrador que encabeza la lista de mis juguetes favoritos. Tiene nuevas baterías y espera por mí. Ya lo observo en la mesa. Tal vez no debería darme placer con él esta noche, si decido concretar la perforación. ¿Será muy doloroso? ¿O placentero?

Me imagino en mi sofá, dándome placer, y me convengo de que no puedo arrepentirme ahora. Repentinamente, Alejandro está en mi mente. Me siento excitada con esa imagen tan poderosa. Toma mi cuello e introduce su lengua en mi boca.

"¿Te cuesta alcanzar un orgasmo cuando te tocas como cuando estás con alguien?", me pregunta. Su interrogante me hace volver a la realidad.

No deja de verme con esa poderosa expresión. Es tan fuerte que siento que debo confesar lo que me pasa. Siento la fuerza de sus dedos entre mis piernas. Creo que me sujetan a la silla y no puedo moverme.

"Generalmente sí", reconozco.

"En ese caso, una perforación será muy útil".

Me siento ilusionada. "¿Lo dices en serio?", le pregunto.

"Podrás descubrirlo por tu cuenta cuando lo tengas en tu cuerpo. De todos modos, puedo decirte por mi experiencia que hace una diferencia notoria".

Sonríó como puedo. Se ha esforzado para calmarme, y lo ha logrado en parte, pero una parte de él no deja de producirme cierto miedo.

"Ojalá así sea".

"Voy a explorar tus zonas privadas, si me lo permites, en este momento".

Mis piernas están débiles. Me siento nerviosa, pero asiento, aunque me cuesta. Siento el vuelo de las mariposas en mi vientre.

Empieza a escudriñarme. Baja su rostro. Creo que, si se esfuerza un poco más, sabrá lo que pasa por mi mente y lo que siento en mi alma.

Se aleja de mis piernas ligeramente. Ya no siento el fuego de sus dedos. Ansío de inmediato que vuelva a tocarme. "¿Ya te conté sobre las diversas joyas que tenemos?" me pregunta.

Voltea su silla para acercarse a una de las mesas. Toma dos pequeñas cajas, las mismas que antes buscó en su escritorio. Empieza a mostrármelas.

"Tienes la opción del arete o la pequeña barra. Si te haces una perforación vertical, el arte será más útil para que obtengas placer. Pasará lo mismo si te haces el triángulo. Es tu decisión. También tenemos el denominado 'trueno' por la forma de zigzag que tiene. En cualquier caso, casi todas las chicas que deciden hacerse el triángulo prefieren ponerse el arete. Si lo deseas, mantendremos esto de esta manera para que te veas en el espejo. Así podrás decidirte por alguno de los dos. Sabrás cuál es tu favorito".

Niego con mi cara. "No me hace falta verme en un espejo", le digo.

Él ríe una vez más: "Respeto eso, pero no olvides que siempre tendrás esto en tu cuerpo. ¿De verdad no te gustaría verlos para saber cómo lucirán?".

"El aspecto es secundario para mí. No me interesa saber cómo lucen. No me importan si son ondulados o rectos. Lo único que me importa es que el accesorio es lindo. Es una linda joya. Fin".

"De acuerdo, cariño", responde, y encoge sus hombros.

"Como es mi decisión, me voy por el arete".

"Es la mejor decisión si vas a hacerte una perforación e insertar un triángulo. Puedo ver tu cuerpo ahora. ¿Te parece?".

Siento más seguridad que nunca. "Muy bien", le respondo.

Sonríe y alcanza mis manos para tomar las joyas de muestra. Las pone otra vez entre sus instrumentos de trabajo de la mesa.

Gira de nuevo sobre la silla. Me ve fijamente. ¿Levanto mi falda? ¿La dejo allí? No sé qué hacer o qué hará él. Podría ponerla como una carpa. De ese modo, no veré su rostro cuando vea mis órganos. Siento que mi pecho late como un animal salvaje.

Mi falda alcanza mis talones. La dejo ahí, para no intentar subirla y quedar como una torpe e ingenua jovencita.

Alejandro toma mis talones con sus palmas enguantadas. Me estremezco con ese movimiento. Guarda silencio. Obligo a mi cuerpo a tranquilizarse.

Pasa por mis muslos con sus dedos. Sube mi falda, cada vez más arriba. Me palpa ligeramente, aunque siento la firmeza de sus manos. Sus movimientos son lentos y comedidos. Al parecer, sí es

un profesional, pero eso no impide que las cosquillas inunden mi piel.

La mirada intrépida de su cara secunda los ágiles movimientos de sus dedos. Con cada segundo que pasa, descubre más y más con sus ojos. Mi falda sigue subiendo, lentamente, pero sin parar, con sus manos.

Está claro que puede observar cada célula de su piel desde su silla, porque finalmente, mi falda solo cubre la parte más alta de mis piernas.

"Necesito que bajes un poco tus nalgas", me pide.

Obedezco de inmediato. Mis muslos se levantan un poco, al igual que mis rodillas. Creo que este es el doctor más atractivo y atrevido que ha revisado mi cuerpo alguna vez. Su codo golpea ligeramente mis muslos y los separa levemente.

Muerdo mi labio inferior. No puedo evitarlo. Sube sus ojos y nuestras miradas se cruzan. Está poseyéndome con la ferocidad de sus profundos ojos.

Aprieta mis piernas suavemente. Luego aleja sus manos. Baja otra vez su cara y deja caer mi falda sobre mi cintura. Deja de verme después de unos segundos.

Reclino mi cara. La apoyo y me fijo en el techo sobre nosotros. Me imagino a mí misma en otro lugar. Creo que debo pensar en otro sitio, como un hotel en la montaña. Sí. Estoy allí tomando un café. Pero rápidamente sus dedos y la realidad me hacen reaccionar. Él está frente a mí, y ahora no paro de pensar en sus dedos tocando mis piernas.

Ansío que vuelva a poner mis dedos en mis piernas. Tomo aire una vez más.

"Se ve muy lindo", afirma. Creo que se habla solo a sí mismo.

Palpa mis labios vaginales con uno de sus dedos. Me aferro a la silla. Una onda de alto voltaje sacude todas mis células. Trago grueso.

Debo controlar mi nerviosismo. Lo que está pasándome es absurdo. Tengo que calmarme. Sé que él está comportándose de modo muy profesional, así que debo estar a la altura. No puedo permitirme tener estos espasmos.

Siento una ligera presión. Son los dedos de Alejandro. Con su índice pasa por mis labios vaginales, camina por la piel exterior y alcanza la que circunda mi clítoris. Usa dos dedos más para separar los labios levemente. Mi clítoris ahora está frente a él.

Acaricia mi clítoris y rápidamente me empapo. Me siento afortunada de que haya buscado una toalla. *Todo esto es normal*, me digo. *Supongo que ocurre con todas las chicas*.

Dibuja una línea imaginaria con su índice. El trazo es horizontal y lento. "Un triángulo quedaría sujeto de este modo en tu clítoris", me informa. "También caería horizontalmente, de este modo".

Gimo larga y profundamente. Ya no son solo mis mejillas las que se ruborizan. Ahora es todo mi cuerpo. Ya no puedo pensar en algo que no sea la mano de Alejandro en mi clítoris. Esa reacción es totalmente inesperada para mí.

"Valeria", me dice Alejandro. Su voz ahora es seria. Entonces reacciono y me percató de que no ha dejado de hablar en un rato.

"Dime", le pido. Mi dignidad está yéndose por un barranco. El tono de mi voz demuestra lo que

me pasa.

"Creo que tienes suerte. Podrás hacerte la perforación triangular. De todos modos, haré una comprobación adicional. Dime si te sientes preparada, ¿de acuerdo?".

Asiento sin decir nada.

Palpa la piel inferior de mi clítoris con dos de sus dedos.

"Ubicaré la perforación en la piel del clítoris. Lo pondré sobre él. Entonces la perforación se frotará contra tu clítoris de este modo", dice, moviendo sus dedos. Emula el movimiento que haría la perforación, justo en el lugar en el que estaría.

Es la primera vez que un hombre me toca de ese modo. Y la sensación es increíblemente deliciosa. Aprieto mis puños y respiro profundamente. Es el esfuerzo que hago para no gritar de placer.

¿Por qué Antonio no lo hizo, si era mi novio? ¿Por qué me tocaba como si tuviese una enfermedad contagiosa? ¿Por qué no me dio placer?

No deja de tocar mi clítoris. "Tu cuerpo es perfecto. Con tus músculos, podrías hacerte incluso las tres perforaciones que suelen hacerse en el clítoris, pero lo correcto es hacer solo una al principio. Y como quieres tener el placer que nunca has tenido, el mejor es el triángulo", señala.

Ve detenidamente a Alejandro. Recuerdo su abdomen. Sus tatuajes. No permitiría que un sujeto con esa tinta y ese metal en su piel me tocara de ese modo. Pero ahora que él lo ha hecho, no quiero que deje de hacerlo nunca.

"¿Qué opinas?", me pregunta.

"¿Sobre qué?".

Mi piel no deja de estremecerse. Mis músculos están cada vez más rígidos. Respiro salvajemente. Ya no me preocupa el rubor en mis mejillas. Solo quiero que Alejandro siga haciendo lo que hace. La habitación queda en silencio. Es una pausa larga y profunda, pero él no deja de acariciarme con sus dedos mágicos.

Tras unos segundos de gloria, él abre su boca. "Tal vez una perforación no es lo que te haga falta para lo que quieres".

CAPITULO 5: Alejandro

Tengo una gran erección. Es tan intensa que mis bolas me duelen. Debo llevar mi pecho adelante para que Valeria no note lo que me pasa. Mi pene se siente atrapado.

Ella no necesita una perforación. Lo sé porque se agita cada vez que toco su cuerpo con mis dedos.

Jadea y le cuesta abrir la boca. "¿De qué rayos... hablas?", me pregunta con vacilación.

"Hablo de que no tienes inconvenientes para estimular tu cuerpo y sentir placer".

Me escucha sin decir algo. ¡Mierda! Sé que tengo muchas ganas de provocarle un orgasmo en este mismo instante, pero no podré hacerlo si ella no está de acuerdo. Decido dejar mis dedos en ella.

"¿Cómo estás tan seguro?".

Busco la toalla con mis ojos y la sujeto con mi mano libre. Recojo con ella algunas de las gotas que salen de su vagina y muestran lo excitada que está.

"Porque apenas te toqué y te empapaste".

"Supongo que a todas las chicas les sucede".

"De hecho, es la primera vez que me pasa algo así". Sonrío mientras la veo fijamente.

Aunque pensé que no podría ruborizarse más, sus mejillas ahora lucen más rojas que cualquier cosa que haya visto antes.

"Mierda. No sabes lo apenada que me siento. Por Dios".

Por Dios. Quisiera escucharla decir esa frase una y otra vez, antecediendo a mi nombre y su orgasmo.

"Podría enseñarte aquí y ahora, si quieres", digo. Dejo mi mirada sobre la suya.

"¿De qué hablas?".

Mantengo mis dedos en sus genitales. Ella se levanta un poco.

"¿No dijiste que serías profesional?".

"Para mí, sería como ayudar a una vieja amiga a resolver un problema", digo, encogiéndome los hombros.

Dejamos de vernos con su movimiento. Cierra sus ojos. "Sigo sin entender", afirma. Sus ojos continúan cerrados.

"¿Olvidaste lo que acostumbraba decirnos la señora Yaguas? ¿Eso de 'ayuden siempre a sus amigos si está a su alcance'?".

Sé que estoy cerca, muy cerca de su vagina. Podría hundir mi rostro en ella para saborearla, pero me contengo, aunque me cuesta muchísimo. Pellizco ligeramente su clítoris otra vez. Acaricio sus labios y vuelvo a subir por ellos.

Abre ampliamente sus ojos. Sé que está hurgando entre sus recuerdos. Me ve fijamente.

"¿Señora Yaguas? ¿De quién estás hablando?".

"No me digas que me olvidaste. Sé que tienes buena memoria", le cuento para burlarme de su reacción.

"Supongo que estás diciendo que estudiamos juntos. ¿Puedes decirme de nuevo tu nombre?".

"Me llamo Alejandro".

Se detiene de nuevo a pensar. "¿Eres Alejandro Suárez?".

"Exactamente".

"Sé quién eres. Te sentabas en el asiento detrás del mío cuando estábamos en séptimo grado", dice. Sonríe ampliamente mientras pone una mano en su frente.

"Así es. Era la clase de la profesora Yaguas".

"Pero te mudaste, ¿no?", me pregunta. Frunce su ceño al hacerlo.

"Me mudé. Después regresé a La Galera".

"Supongo que te das cuenta de que me siento incómoda".

"No hay motivos para que te sientas de ese modo", respondo.

"Claro que lo hay. Un hombre que apenas conozco tiene su mano en mi clítoris. Ahora descubro que estudiamos juntos en la primaria. ¿Entiendes lo vergonzoso que es?", le pregunto con ironía.

"Nunca supe qué había pasado contigo".

"Mis padres tienen una clínica. Tengo un consultorio allí. Me convertí en fisioterapeuta. ¿Te enteraste de que ambos son médicos?".

"Me enteré hace un tiempo", respondo. Al escuchar que habla de ellos me siento agitado.

"Recuerdo que en las clases siempre estabas dibujando. Siempre te castigaban porque no prestabas atención".

Comienzo a reír. Valeria dice eso y recuerdo a nuestra profesora, la señora Yaguas, diciendo que si no me concentraba en las clases nunca tendría éxito. Al dibujar, pude empezar a labrarme un camino en el mundo de los tatuajes y convertirme en lo que soy ahora.

"Me alegro de haber ignorado sus palabras".

"Sí. Recuerdo que dibujaste una serie de leopardos una vez. Los hiciste para mí y me lo obsequiaste. Los puse en la portada de mi libreta de apuntes. Cuando me promovieron de grado, los puse en mi nueva libreta de apuntes. Allí estuvieron todo el año escolar".

Recuerdo esos leopardos. Quería que fuese mi novia, pero estaba tan nervioso que armé un astuto plan para conquistarla. Si le dibujaba algunos leopardos, a ella le encantaría tanto que diría de inmediato que éramos noviecitos. Si bien le gustó y lo recibió con gusto, jamás se convirtió en mi novia.

"¿Lo conservaste, aunque yo ya no vivía en esta ciudad?".

"Sí. Eran muy lindos", me cuenta mientras ríe.

Tomo su pierna con mi mano libre. "Podría hacer otro leopardo, si lo deseas, pero en vez de hacerlo en papel, lo ubicaría en este muslo", le indico.

"Como te comenté, no quiero tatuajes en mi cuerpo".

"¿Y la perforación?".

Lo deseo profundamente. Quiero perforar su clítoris. Sin embargo, lo que más quiero es que tenga un orgasmo. Conmigo. Pero no me gustaría que creyera que lo había hecho gracias a la perforación. Mi intención es que se dé cuenta de que alcanzó el orgasmo... por mí. Y que luego de sentir ese placer, me ruegue para que vuelva a hacérselo. Una vez. Y otra. Y otra...

"¿Consideras que será útil para mí?".

"Te ayudará, sin duda, pero me parece que la causa de tu problema es otro. No has tenido la oportunidad de estar con el sujeto adecuado. Ninguno ha sabido lo que hace. Son unos inexpertos".

Escucho su sonora risa. "Lo cual, está claro, no es tu caso".

Me mantengo en silencio. Mi mano, en cambio, empieza a moverse. Entiendo que no me pedirá que me detenga. Aclara su garganta y se fija en el techo una vez más. Al parecer, es la primera vez que experimenta tanto placer con un hombre.

Sí, definitivamente permitirá que la toque. Y le haga otras cosas que se me ocurran. Sus exhalaciones son jadeantes. Ahora, sin embargo, no estoy seguro de avanzar. La idea en mi mente es hacer algo glorioso, placentero para ambos. Y para ello, deseo sentir su pecho sobre el mío y quitarme estos guantes de látex de mierda que me impiden disfrutar.

Deseo ver su cuerpo agitarse bajo mi poder.

Y si avanzo para hacer la perforación, deberé esperar que sane su herida. La salud va primero. Carajo.

"Podríamos comer juntos".

"¿Hablas de salir a comer?", me pregunta. Deja de ver el techo y me mira con sorpresa.

"Sí. Lo tomaríamos como una comida que comparten dos viejos amigos. Luego te haría el amor de una manera que jamás olvidarías".

Hace silencio. Su cara no me ofrece señales de lo que piensa.

"¿Y en cuanto a mi perforación?".

"Espero que entiendas que, durante el próximo semestre, esa perforación va a cambiar mucho tu intimidad. Me gustaría comprobar primero que quieres hacerlo y que has analizado con calma todas las consecuencias".

"No entiendo tu interés repentino en mi vida sexual".

"Me siento interesado cuando comprendí que la causa de tu problema es distinta a la que supones. Además, la perforación no solucionaría algo así".

"En ese caso, ¿qué crees que causa esa dificultad para alcanzar el clímax? ¿Que no he tenido relaciones con un hombre que sepa lo que hace?".

"Es posible, aunque has tenido dificultades cuando te tocas. Eso no tiene explicación aún".

"Te haré una pregunta y quiero que me respondas como experto del área. Trátame como tu paciente. ¿Cuál crees que es la razón de este inconveniente?"

"¿Te gustaría que sea honesto contigo?"

"Absolutamente. Quiero que seas completamente honesto".

"Creo, por los años que llevo conociéndote, que te sientes ansiosa por lograrlo. Esperas que todo salga de maravilla, que todo sea estupendo, perfecto. Esas expectativas y ese torbellino de pensamientos te impiden disfrutar. Te sientes nerviosa en lugar de relajarte".

"¿Es eso lo que me sucede?"

Sonríó ampliamente y veo sus ojos. "Así es. Está muy claro. Creo que ya te disté cuenta de que ahora tu respiración y tus músculos están más relajados. Me di cuenta de que cambiaste cuando empecé a hablar de este asunto. Además, desde ese momento, no he vuelto a usar la toalla para secarte".

"Oh. ¿Ahora usarás ese argumento? ¿Te percataste de que no es necesario que hagas lo que aseguraste que harías para ayudarme?"

"¿No me crees? ¿En serio te interesa saber si tengo la razón? Podría apostar contigo si lo deseas. Dime qué piensas. ¿Crees que eso haría este asunto más atractivo?"

CAPITULO 6: Valeria

Es totalmente insólito. Me cuesta creer que esté sucediendo. ¿Cómo puede estar pasando algo así? Pero sí está sucediendo. Me encuentro en una tienda de tatuajes. Estoy a la merced de este tipo, lleno de tatuajes y perforaciones, con mis muslos ampliamente separados. Él intenta convencerme de que hagamos el amor. Y hace poco me recordó que estábamos en la misma escuela, en la misma clase.

Sé que Alejandro Suárez estaba en nuestra clase. Era distraído, lo que le ocasionaba problemas con nuestros maestros. Y siempre intentaba que me fijara en él, halando ligeramente mis cabellos y tocando mis hombros con sus lápices de colores cada veinte segundos.

Sus acciones no me gustaban. Me esmeré por obtener buenas calificaciones para convertirme en una excelente estudiante, la mejor de la escuela.

Y ahora estamos frente a frente. Nunca hubiera creído que nos veríamos de un modo como este.

Sin embargo, sigo sintiendo que lo que está pasando es increíble. Es la primera vez que alguien despierta mis sentidos de esta manera. Sus manos me tocan, y me hacen creer que esto no puede ser cierto.

¿Cómo se supone que debo reaccionar?

Ofreció una apuesta para demostrarme que tendría un orgasmo si me acostaba con él. El clímax, según él, sería espectacular. Se compararía con las historias de mis libros.

"De acuerdo. Hagámoslo", le digo con firmeza.

"¿Apostamos entonces?", me pregunta con sorpresa.

"No. Si realmente piensas estar conmigo, hazlo ahora".

"Creo que en este momento... no podría".

Mis músculos empiezan a tensarse. "¿Cómo dices?", le digo en voz alta.

"Que no puedo ayudarte porque sé que estás nerviosa y tu mente está inquieta. Debes calmarte".

"Tienes que estar bromeando".

"No. Debes concentrarte, olvidar esos pensamientos".

"¿Otra vez con ese discurso? Creo que no puedes hacerme acabar".

"Solamente la práctica, y no la teoría, nos permitirá descubrir eso", dice, y sonrío ligeramente.

Estoy decepcionada. "Entonces quítate la ropa", digo mientras subo mis pies y mis manos.

"No puedo hacerlo porque estás muy tensa".

"Hace un rato dijiste que lo harías y ahora te arrepientes. ¿Te das cuenta del modo en el que estás actuando?", le pregunto. Abro mis ojos ampliamente y agito mis manos.

"No estoy arrepintiéndome. Solo digo que este momento no es el adecuado".

"¿Dices eso para convencerme de que comamos?".

"Lo hago para que experimentes sensaciones que sé que nunca has vivido".

"Para eso está la perforación".

Esa perforación que me hizo venir a este centro de tatuajes. El objeto que va a ayudarme a alcanzar el clímax que no he tenido. No llegué a este lugar para que un sujeto tatuado, un sujeto cualquiera, me diga qué hacer.

"Sí, la perforación es de gran ayuda, pero no va a ser tan útil contigo. Te lo aseguro".

"Y eso sucederá porque estoy agitada", digo con ansiedad.

"Eres tú quien asegura eso, no yo".

Saldría de este lugar si no estuviera excitada. Sus palabras recientes no me gustaron. Además, no pasa nada de lo que había planeado. No obstante, él tiene su mano en mi clítoris. No puedo escabullirme, aunque quisiera.

Adicionalmente, nos conocimos en la escuela.

Y con cada segundo que pasa, pienso más y más en todo lo que pasó y lo que está sucediendo. Eso solo me llena de vergüenza. Nada de eso ocurriría si no hubiéramos estado en la misma clase.

¿Por qué me lo contó? No debió haberlo hecho.

Mantiene su mano sobre mí y lentamente lleva la otra a mi muslo. La sube hasta la parte superior. Supongo que va a apuntarme con su índice. Anticipando su movimiento, decido mirar al techo.

Veó que hay una marca de humedad en él. Está a la derecha, casi sobre mí. Aunque no recuerdo si el edificio tiene otro nivel, supongo que así es. En esta zona, la mayoría de los edificios tienen dos o tres pisos.

Cualquier cosa que se encuentre encima de este nivel tiene un problema con el agua. ¿Qué habrá en la parte superior? ¿Un depósito?

"Cariño, no hay forma de que esto salga bien", asegura con seriedad. El tono serio y firme de su voz hace que mis células se agiten.

"¿Por qué?".

"Porque si de verdad deseas que lo hagamos, tienes que observar mi rostro. Mis ojos. Así me daré cuenta de que no piensas en otra cosa para alcanzar tu orgasmo".

"Creo que tienes un problema con el agua", le informo mientras apunto con mi mano al techo.

Alejandro ve hacia donde apunta mi dedo. "Sí. Hubo un asunto con el lavaplatos".

"¿Tu apartamento está en la parte superior?".

"Así es. Compré el edificio completo".

Hala ligeramente mis labios vaginales. Me quedo en silencio ante su acción. "Esto será sencillo...", dice después.

Apoyo mi cabeza en la camilla. Suelto mis cabellos y él no quita sus ojos de mi cara en ningún momento. Al cruzar mis ojos con los suyos, siento que entra en mi cuerpo. Y lo llena de tensión

instantáneamente.

Sé que no debería suceder algo así.

Es muy atrevido.

Sin embargo, no puedo contenerme. Deseo vivir lo mismo que experimentan las chicas libres de los libros que leo. Por eso sigo aquí, aunque mi mente ya me indica que lo de Alejandro se limita a las palabras en lugar de empezar con las acciones. Pero mi piel ya está erizándose de nuevo.

"Te diré la verdad", me asegura a continuación. "Si hago con mi boca lo que estoy haciendo con mis manos, tendrás más placer. Soy más hábil con mi lengua que con mis dedos".

Los latidos de mi corazón se aceleran y empiezo a sudar. "No estoy segura de eso. Creo que tus dedos son muy ágiles", aseguro mientras mi cerebro se llena de pensamientos: le permitiré tocar mi clítoris con su lengua.

¿Qué dejaré que me haga para sentir la excitación que quiero experimentar?

"Estarás complacida toda tu vida. Y vas a estar agradecida conmigo por siempre".

Veó la puerta mientras escucho fuertes pasos afuera. Los zapatos golpean intensamente la cerámica del piso. Me mantengo sobre la camilla, pero muevo mi cara para ver de qué se trata. Alejandro está tranquilo.

"Es Daniel. Es mi socio. Y no deja de caminar como si quisiera golpear el piso. No sé por qué no levanta sus pies", me indica Alejandro.

Alejandro continúa masajeando mis labios vaginales con su mano. Todos mis músculos están tensos.

Alguien abre la puerta. Es un tipo que se quedó calvo. Su cabeza está llena de tatuajes. Entra sigilosamente. "Veó que no te tomas una pausa para descansar ni siquiera a la hora de almorzar".

Alejandro quita sus dedos para bajar mi falda. Lo hace con prisa. "Daniel, ¿por qué no sales a comprar un billete de lotería o algo así?".

"Me gustaría, pero no puedo hacerlo. Recibiré a mi próximo cliente en quince minutos. Voy a prepararme", asegura con calma Daniel.

"¿Por qué rayos no le dices que espere?", le pregunta Alejandro.

"¿Por qué no le haces la maldita perforación a la chica?", le pregunta Daniel.

"Por todos los cielos, Alejandro. ¿Daniel sabe por qué quiero perforarme el clítoris?", le murmuro.

Sonríe. Sabe lo que te harás, pero desconoce el motivo". Cómo quisiera eliminar esa sonrisa de su rostro cuanto antes. "

"Parece que de nuevo estoy alterándome".

Acaricia mis talones. "Así es. Por lo que veo, te alteras fácilmente", me responde.

"Carajo, sería mejor que fuesen a un hotel. Venimos aquí a trabajar. Lo que hacen me produce asco".

"Anda al carajo, Daniel. Siempre haces cosas peores y nunca digo algo al respecto", le responde Alejandro. Lo ve detenidamente y espera su respuesta.

"Me disculpas, pero me cuesta procesar lo que veo. Será mejor que me vaya".

Veo a Alejandro y decido levantarme.

Busco mis zapatos y me los pongo. "No tienes que apurarte", me dice al ver que me levanto.

"Nena, ¿qué tienes? ¿Dije algo que te asustó?", me pregunta Daniel.

Alejandro me causó algo de miedo, pero Daniel me causa un profundo pánico. Abandono con prisa la habitación y me dirijo a la puerta para salir. Como puedo, saco las llaves de mi bolso, abro mi auto y lo enciendo para salir de allí.

Todo fue muy abrupto, aunque ahora que lo pienso, tal vez ese cambio me benefició. Estaba excitada y no pensaba con claridad. Cuando Daniel entró, pude reaccionar. Estaba actuando de nuevo como la chica que soy, y no como ese personaje lujurioso que estaba interpretando en esa habitación.

Conduzco por la autopista y una única pregunta atraviesa mi mente. *¿Qué carajos estaba pasando contigo?*

CAPITULO 7: Valeria

Al llegar a mi apartamento, abro la puerta y me recrimino mentalmente por mi actitud. Quisiera regresar el tiempo y evitar que todo eso sucediera, pero entiendo que no puedo hacerlo. Ansío que ni Alejandro ni Daniel le cuenten a alguien lo que sucedió. Especialmente a Ingrid.

Además, Alejandro me estremeció de una manera totalmente nueva para mí. Sé que pronto va a complacerme y darme el placer que he estado buscando.

Camino por mi sala de estar y suelto un suspiro. Voy a la cocina y abro mi nevera. Encuentro una gaseosa y la destapo. Está casi congelada. Tomo algunos sorbos y después pongo la lata en mi cara. La temperatura de mi cuerpo baja rápidamente.

Entonces me percaté de algo. Olvidé mi ropa interior en la tienda de tatuajes.

Estupendo. No podría ser “mejor”.

Es obvio que no regresaré a buscarla. Supongo que Alejandro las pondrá en la basura y no se atreverá a atesorarlas en una de las paredes de su tienda, como si fuese un premio por algo que no hizo.

Pienso que podría masturbarse mientras la tiene en su mano. Imaginar eso me produce náuseas. Carajo.

Regreso a la sala de estar y caigo en mi sofá. Tomo otro trago, y tomo aire.

Sorbo una vez más y siento cómo las burbujas llegan a mi garganta y refrescan mi pecho. Recuerdo las caricias de Alejandro y las cosquillas que produjeron en mi vientre, mis muslos, en todos lados. Todo mi cuerpo se estremeció con él.

Intento pensar en otra cosa, pero no puedo hacerlo. El fuego dentro de mí es poderoso. Subo mi falda y la llevo, tal como sucedió en la tienda de Alejandro, sobre mi cintura. Entonces pongo mis dedos entre mis muslos y los subo.

Palpo mi clítoris. Aún está estremecido por el contacto con Alejandro. Froto y pellizco la parte inferior con algunos de mis dedos. Trato de imitar los movimientos atrevidos de Alejandro.

Evoco el fuego que había en su mirada mientras me acariciaba. Pero la sensación no es tan placentera. Entonces cierro mis ojos.

Mis labios vaginales se agitan cuando esa imagen llega a mi mente. Su dedo se aproximó a mi vagina. Yo ansiaba que no se detuviera, que avanzara para que entrara en mi cuerpo. Afortunadamente no lo hizo. No suelo permitirle a un hombre que haga algo tan inusual.

Pero no dejo de pensar lo que podría haber pasado si se lo hubiera permitido. ¿Habría logrado que yo alcanzara el clímax?

La interrogante atraviesa mi cerebro en miles de ocasiones. Entonces recuerdo sus palabras y me percaté de que comenté una vez más el error que Alejandro me señaló: *pienso en exceso en lugar de actuar.*

Me levanto sin pensarlo. Camino con prisa a mi habitación. Luego me lanzo a mi cama. Busco con

prisa el vibrador que más me gusta.

Lo inserto con rapidez. Tomo mi clítoris con mi mano izquierda. Está empapado. Aunque me esmero, la sensación no es tan potente como la que produjo Alejandro con sus caricias.

Lo recuerdo al salir de la habitación, mientras se ponía su camiseta y el delantal. Sé que es difícil encontrar un hombre que sea tan atractivo. Tiene unos músculos tonificados, llenos de hermosos y sexys tatuajes. Y las perforaciones en sus pezones le daban un aire de pecado y sensualidad que no había experimentado antes.

Cuando me tocó, sentí que estaba haciendo algo que no debía hacer. Eso solo aumentó mi deseo. Y ahora estoy recordando ese momento.

Veo a Alejandro, sosteniendo mi ropa interior. Toca el borde rosa y se imagina mi cuerpo.

Siento las palpitaciones aceleradas de mi cuerpo. Es lo mismo que experimenté al estar en su tienda. Mi cerebro se desenfrena con tantos pensamientos. ¿De verdad va a pasar esto? Sin embargo, dejo de pensar en ello rápidamente. Alejandro está de nuevo en mi mente y me ordena que no piense tanto y me concentre en mi placer.

Luego recuerdo lo que me propuso a continuación: *cenar*.

Intentaría sacar esa palabra de mi mente, pero sé que no podría. El placer que empezaba a sentir se esfuma, porque entiendo que no puedo tener nada con él. Estamos en mundos distintos, aunque nos conocemos hace muchos años.

El vibrador suena tan fuerte que creo que me quedaré sorda. La molestia que siento hace que lo apague.

La rabia me supera. Es lo que entiendo, a pesar del sentimiento de ira. Todo empezó cuando leí ese artículo en la revista de la sala de estar. He tenido un día completamente irreal.

Me siento tan cansada y molestar por el insomnio de la noche anterior, que me lanzo a la cama a dormir.

Solo duermo un rato. Me siento perdida, abrumada por mis pensamientos. Entonces recuerdo la cena con mis padres. Sé que ellos ya me esperan y debo llegar en menos de media hora.

Entro a la ducha para bañarme rápidamente. Luego salgo con prisa. Al salir, seco mi cabello y lo recojo con una trenza. Cepillo mis dientes, me visto y me aplico perfume.

Enciendo mi auto. Llego poco después a casa de mis padres y lo estaciono detrás de la camioneta de mi madre y el sedán de lujo de papá. Teresa tiene un pequeño deportivo, y está estacionado cerca de la entrada de la casa.

Me invade la nostalgia. Cada vez que llego a este lugar, los recuerdos flotan en mi mente. Estoy feliz por entender que puedo volver y mis padres me recibirán siempre con los brazos abiertos. Me quieren. Y me aman.

"Buenas noches, mamá, papá", les digo para saludar mientras entro.

"Dulzura, te esperábamos hace rato. ¿Por qué la demora? Supongo que estabas haciendo algo muy emocionante", dice mamá.

El rubor enciende mi cara. ¿Por qué me sonrojo tan rápido?, me reclamo mentalmente.

"No hice nada. Me relajé en el apartamento. Eso fue todo".

Frunce mi ceño ante mi respuesta. Está claro que está pensando en la verdadera razón de mi rubor. Papá se acerca a mí unos segundos después. Me siento salvada por él. Aproxima su cara y me da un beso tierno en mi mejilla derecha. Siento la tela áspera de su suéter en mi antebrazo cuando se acerca.

Teresa y mi padre tienen ojos azules y las pieles muy blancas. Cuando era una niña, envidiaba esos rasgos físicos de mi hermana. No me gustaba el color negro de mis cabellos, sobre todo al recordar que mi piel era casi tan blanca como la suya. Ella notó mi molestia y la usó para mofarse de mí durante toda la infancia.

"Comeremos en un rato", nos informa mamá.

"¿Me dirás qué vamos a cenar?", le pregunto.

"Tu comida favorita: pasta a la carbonara".

"¿La acompañaremos con ensalada rusa?", le pregunto. Ya siento apetito ante su revelación.

"Adivinaste", me cuenta papá mientras me guiña su ojo.

Damos algunos pasos para sentarnos en el gran sofá de la sala de estar. Mis padres hicieron muchas remodelaciones en la sala hace unas semanas. Aún todo resplandece y luce como nuevo. Es tan hermoso que siento temor de estropear algo con algún movimiento desprevenido.

Charlamos con alegría. Olvido qué hora es mientras espero la cena. Es nuestra costumbre hablar y creo que nunca la abandonaremos.

"Buenas noches", dice Teresa cuando llega a la sala. Con solo veinticinco años está llena de vigor y alegría, como si acabara de nacer.

Se sienta junto a mí, pero no se preocupa por no dañar el nuevo sofá, como yo.

"Menos mal que llegaste. Podrás buscar la pasta en la cocina", le indica mamá a Teresa.

"Vamos. Voy a ayudarte", le dice papá.

"De acuerdo. Ya puse la mesa, cariño", le cuenta mamá.

La mesa es grande. Está hecha de madera gruesa llegada del exterior. Todos tomamos asiento. Me encanta la comida y el sabor que le aporta mi madre. Dejo de hablar para enfocarme en el encantador sabor.

"Voy a lavar todos los platos", les informo cuando terminamos.

"Voy a ayudarte", me dice Teresa. Se levanta para acompañarme.

Con su ayuda recogemos los platos sucios y ponemos los tenedores y los cuchillos sobre ellos. Es Teresa quien los lleva a la cocina. Yo tomo la gran olla en la que estaba la pasta.

Cuando ambas llegamos, mi hermana ubica los platos en el lavavajillas. Busca una cerveza en la nevera y la destapa. Sirvo la pasta restante en una bandeja. La idea es que se enfríe para guardarla luego en la nevera.

"De acuerdo. Será mejor que me lo cuentes", me indica Teresa.

"¿Qué rayos dices?"

"Por favor, Vale. Sé cuándo estás pensando algo. No olvides que soy tu hermana menor. Además, me considero tu amiga número uno. Cuando te vi cenar en silencio, supe que escondes algo. Y es inmenso. Lo sé por tu cara".

"No es 'inmenso' como dices", le aseguro, y encojo mis hombros mientras la veo.

"De acuerdo. Pero si no lo es, igualmente quiero que me lo cuentes".

"Como te dije antes, no pasa nada, Tere".

"Sé que pasa algo. Debes contármelo. Y quiero que sea ahora mismo".

"¿Qué pasará si no lo hago?"

Sonríe y toma un trago. "Le contaré a nuestra madre que me siento preocupada. Que creo que están escondiéndonos algo. No te dejará en paz hasta que muera", dice.

"De acuerdo. Por un descuido, olvidé mi ropa interior en una tienda de tatuajes".

MI hermana deja caer su vaso en el piso. Busca servilletas con prisa para limpiar el desastre. Se mueve tan rápido que sus pies golpean los platos sucios en el piso. Rompe algunos de inmediato.

"¿Pasa algo?", nos pregunta nuestra madre desde la sala.

"No pasa nada. Solo rompimos los platos", responde Teresa.

"¿'Rompimos'?", le pregunto, cruzando mis brazos.

"Cuéntame todo. Ahora. Y apúrate".

"Lo haría, pero debo recoger el desastre que acabas de hacer. Chica torpe".

"De acuerdo. Pero no me pidas que te cuente dónde dejo mi ropa interior todas las noches".

Hago silencio ante lo que dice.

"¿Dónde dejas tu ropa interior?"

"Empieza a contar tu historia".

"Lo haré cuando me sienta preparada. No es el momento oportuno".

"Bien. Cuando eso suceda, búscame. Espero que sea pronto. Puede ser durante la cena del próximo sábado".

La despido con mi mano. Me dirijo después al depósito de la limpieza. Entre ambas recogemos los platos rotos. Teresa evita hablar nuevamente sobre nuestra ropa interior. Me encanta que reaccione de ese modo. Pero no puedo contarle todo lo que sucede, al menos por el momento.

Al salir de casa de mis padres, enciendo mi auto y no dejo de pensar si puedo contarle a mi hermana mis problemas sexuales. Tenemos una relación muy profunda, pero me cuesta decirle algo tan privado como esto. Además, aún me siento apenada por haber involucrado a un tipo tatuado en este caos.

CAPITULO 8: Alejandro

"Cielos, Ingrid, no voy a darte un bono de indemnización", le digo con fuerza por mi celular.

"Estarías dándome un monto extra por los años que trabajé. Por lo que más quieras, me hace falta ese dinero", me responde Ingrid. Su voz es una súplica.

"Eso no va a pasar jamás. He tenido muchos problemas por ti".

"Mientes. Simplemente querías despedirme".

Decido ignorar sus palabras.

"Mañana voy a depositarte tu dinero por el último mes de trabajo. Eso será todo", le indico.

"Me imagino que la pasaste bien haciéndole una perforación a la chica que atrajo toda tu atención".

Ignoro de nuevo sus palabras.

"¿Tienes alguna otra pregunta?", le digo.

"De hecho, sí. Acabo de percatarme de lo raro que es me hayas despedido justo ayer".

"Esa no es una pregunta".

"Pero voy a hacértela ahora. ¿Me habrías despedido si esta chica, Valeria Valencia, no hubiera pedido un turno para perforarse?".

"Tendrás tu dinero mañana temprano", le recuerdo, y termino la conversación.

Nunca me gustó trabajar con Ingrid. Decidí dejarla más tiempo simplemente porque algunos de nuestros clientes, especialmente las mujeres, se sienten más cómodas al perforarse con otra chica. Además, tiene talento para hacer tatuajes y perforaciones, pero siempre evité decírselo.

Veo la pantalla de mi celular. Son las tres en punto. No trabajo los miércoles ni los jueves. Durante esos días, Daniel es el jefe del salón. Estoy a punto de irme.

Ayer fue miércoles. No hice absolutamente nada. Tenía una cita con una esbelta morena, una chica que conocí hace unos días, pero la llamé para cancelar la cita. Ya no me atrae para nada.

No obstante, no perdí todo el día. Usé parte de la tarde para concertar una cita. Quiero que un doctor revise mi brazo. He querido por mucho tiempo que alguien lo haga.

Esa parte de mi cuerpo se entumece y duele cada vez que hago un tatuaje. Siento que mi brazo se tensa cada vez más. El dolor se ha intensificado recientemente.

Busco unos vaqueros entre mi ropa desordenada. Los subo por mis piernas y luego me pongo una camisa azul claro. Está en medio de mi ropa clara.

Decido manejar mi motocicleta. Hay un sol agradable afuera.

Al llegar a la clínica, noto que no ha cambiado en absoluto. Los recuerdos me aturden.

Me siento molesto al entrar aquí, pero vacío mi pecho de esa sensación y lleno mi mente con la imagen de la vagina de Valeria. Su órgano se estremeció cuando la toqué. Ansío calentarla más lo

de que ya lo hice. Tanto, que ahora no quiero parar. Quiero ver cómo reacciona cuando despierte sus sentidos.

Paso y noto que sí hay algunos cambios adentro. Es como si hubieran comprado mobiliario. Además, el piso es de madera y hay grandes cuadros con paisajes en las paredes. Hay dos que llaman mi atención, por lo que me detengo frente a ellas.

En el primero se ve una calle. Es de una gran ciudad. La vía es larga y hay grandes árboles. La mezcla de elementos urbanos como la luz y las aceras con la vegetación me encanta. En la segunda pintura aparece una chica. Se encuentra en un lago. Al fondo se ve el atardecer. Ella está sentada en un muelle y sus pies se acercan al agua de la playa. Luce pensativa, aunque está en una playa espectacular. ¿Qué está pasando por su mente? No dejo de pensar en la expresión de su cara.

Finalmente, estoy frente a la gran recepción. Allí todo es de madera gruesa. La recepcionista está sentada y tiene un auricular en su oreja. Está escribiendo cosas en una computadora. Su nombre está escrito en una placa en su pecho. Marisa, se llama. Pero creo que su nombre no es el ideal. Una chica con ese nombre no usaría lentes ni tendría rizos en su cabello.

Observo a los lados e intento olvidar la imagen de Valeria en mi mente. Decido quedarme en silencio.

"¡Vaya!", dice Marisa en voz alta. Pone sus dedos en su corazón. "No sabía que estabas frente a mí".

"Vine porque tengo una consulta con la fisioterapeuta".

Ella se queda en silencio. Ve mis brazos y pareciera que está saboreándolos. Es obvio que le cuesta respirar. Pasa por mi cuerpo con su mirada. Sus dedos se mantienen sobre su corazón.

Es lo mismo que hacen todas las mujeres cuando me ven por primera vez. Ahora espero que diga alguna frase, como hago siempre en estos casos.

Agita su cara y luego cierra sus ojos. Al rato vuelve a abrirlos.

"¿Cómo te llamas?".

"Me llamo Alejandro. Alejandro Suárez".

"Por favor, siéntate un minuto. Anunciaré tu llegada".

"De acuerdo, pero, por favor, no menciones cómo me llamo". Luego le sonrío y le guiño mi ojo derecho.

Marisa deja de moverse. Supongo que retomará el aliento en cualquier momento. Para ayudarla, dejo de verla y busco un asiento disponible en la sala de espera.

Bajo la mirada y descubro que hay algunas revistas. Me fijo en la portada de una de ellas. Aunque dos revistas cubren sus titulares, puedo leer la palabra *orgasmo* en medio de ellas.

Aparto las dos revistas que la aprietan. La tomo y puedo ver toda la frase.

¿Tienes dificultades en la cama? ¿Te cuesta alcanzar el clímax? ¡Entonces debes leer nuestro artículo!

Paso por las páginas hasta llegar al artículo en cuestión. De todos modos, ya supongo de lo que

habla. Descubro cómo Valeria, la gentil e inocente chica que fue a mi salón, obtuvo información sobre las perforaciones en el clítoris. Sonrío y subo mi rostro.

"Puede pasar a...", empieza a decir una voz femenina. Es Valeria. No dice nada más.

Aparto mis ojos del artículo al escucharla. Paso por su cuerpo con mi mirada. Tiene unos vaqueros negros que se ciñen a su cintura y una blusa que revela lo grandes que son sus senos. Tengo una erección al mirarla. Creo que luce más sexy, incluso más de lo que la recreado todos estos días mientras me toco pensando en ella.

Me levanto, dejo la revista en la silla y camino para ponerme a su lado.

"¿Puedo pasar a... tu interior?"

"¿A qué rayos viniste?", me pregunta, con sus ojos ampliamente abiertos. Nota que Marisa nos ve sin moverse. "Será mejor que me acompañes", dice.

Valeria empieza a caminar de prisa. Camino detrás de ella, sin dejar de pensar en tomarla por la cintura y hacerle el amor. Sus pasos son como los de una gacela.

Se detiene y abre una habitación. Dentro de ella hay una mesa para masajes. Ocupa el centro del lugar. Cuando pasamos, ella cierra la puerta con prisa.

Su mirada es inquietante. "¿A qué rayos viniste?", dice, reiterando su pregunta.

"A qué revises mi hombro. Está muy lastimado. También vine a traerte esta ropa interior", le informo. Pongo mi mano en el bolsillo de mi pantalón e izo sus bragas en mis dedos como si fuesen una bandera.

Se ruboriza de inmediato. Es la reacción que imaginé que tendría. Se mueve para alcanzarla y me la quita rápidamente.

"Lo mejor hubiera sido que los dejaras en la basura", me dice. "¿Cuál es el verdadero motivo de tu visita?". Pone sus bragas en una gaveta de un escritorio, a la izquierda.

"Como te dije antes, la molestia en mi hombro".

Su mirada arde cuando me ve. "No debiste venir a la clínica. No sabes cuánto quisiera sacar de mi mente lo que pasó entre nosotros el fin de semana", revela mientras avanza.

Quisiera subir mis dedos y tomar su mejilla, pero me controlo. "Quieres olvidar, pero solo tú has mencionado el tema".

"¿Viniste por la terapia? ¿Tienes que estar bromeando!"

"Ya te dije que me duele mucho el brazo. ¿Por cuánto tiempo más tendré que decírtelo?"

Mierda. Cierra su boca mientras exhala. Me ve detenidamente. Decido dejar mis ojos sobre los suyos. Es una especie de reto para mí. Ya sé que revisará mi hombro, tocará todo mi brazo y lo relajará. Ya quiero que empiece.

"Sube tus brazos. Levántalos lo máximo que puedas", me dice. Obedezco de inmediato. "Déjalos allí por un rato. Luego ponlos frente a ti. Luego déjalos a los lados".

Realizo cada uno de los movimientos que me indica. Deja sus ojos sobre mis antebrazos. Hace una pausa y llevo los brazos a mi pecho cuando termino.

"¿Qué te parece?", le pregunto.

"Está claro que tu brazo derecho tiene menos movilidad que el izquierdo. ¿Te duele?".

"Sí. Tengo mucho dolor".

"Del uno al cinco, ¿cuánto te duele?".

"Quinientos".

Abre sus ojos ampliamente y suspira. "¿Te duele un poco? ¿Bastante? ¿Solo duele cuando trabajas? ¿También duele cuando te acuestas?".

"Cuando me acuesto sé cómo calmar el dolor. Y tú podrías incorporarte en la próxima".

"¿Viniste para que revise tu hombro o para intentar llevarme a la cama?".

"Quizás por ambas razones".

"Voy a tratarte, pero tienes que mantener la compostura".

"De acuerdo, jefa".

"Quiero que te quites la camiseta".

Sus palabras hacen que mi pene se levante. Tomo aire y empiezo a subir la camiseta por mis hombros. Aunque no puedo ver su cara porque la tela cubre mi rostro, siento cómo su mirada descarada atraviesa mi piel.

Se acerca a mí. "¿Te molesta si toco tu hombro?", pregunta. Ya está a solo unos centímetros.

Cualquier cosa que le diga la molestará, por lo que me limito a asentir.

CAPITULO 9: Valeria

Todo mi cuerpo está incendiándose. El fuego se inició en mi ropa interior. Afortunadamente, Alejandro me devolvió las que dejé en su salón, pues deberé cambiarme las que tengo puestas una vez que haya terminado con él.

Ya había visto su pecho desnudo en su tienda, cuando salió de la habitación, pero en ese momento yo estaba lejos. Ahora estoy a solo unos centímetros, y puedo descubrir cuántos tatuajes tiene en su pecho. Los contemplo sin pensar cuánto tiempo paso observándolos. Todos me maravillan.

Su cuerpo es una delicia. Hay tantos tatuajes que no sé en cuál detenerme. Además, sus músculos son espectaculares. Intento no ver las perforaciones en sus pezones, pero me resulta sumamente difícil.

Las ganas de lanzarme sobre él son poderosas. Alejandro no me toca como hizo en el salón de tatuajes, pero mi cuerpo igualmente reacciona como cuando estuve allí. Me estremezco y la temperatura sube.

Retrocedo y recupero el aire. Parpadeo mientras busco la manera de controlarme.

"Ahora, ponte en la cama. Quédate boca arriba", le ordeno mientras apunto a la cama con mi índice.

Alejandro no dice ni una palabra. Lo examino y luego le pido que se voltee. Rompo el papel fino de la camilla, en la parte que cubriría su rostro. Lo hago para que se sienta más relajado al poner su cara sobre ella.

Llevo mis ojos por su cuerpo. Comienzo en su cabello y llego a su cintura. Hay más tatuajes en su espalda. Tiene tantos que no puedo contarlos. Ya he visto a muchos pacientes con unos cuantos tatuajes, pero él es diferente. Me siento calmada al ver que no tiene perforaciones en esta parte de su cuerpo.

Me concentro en su hombro adolorido, en un esfuerzo por ignorar la humedad entre mis piernas.

Froto las palmas de mis manos para tratar de frenar mis temblores y que mi mente piense en otra cosa.

Me obligo a tomar aire y dejo mis dedos sobre su espalda. Me acerco a su hombro. Llevo mis manos a la unión entre el cuello y el brazo. La tensión es tan fuerte que siento recibo una descarga de alto voltaje. Debo despegarme de él de inmediato.

Al parecer, su cuerpo también recibió la onda eléctrica, o eso supongo.

"¿Pasa algo?", me pregunta. El tono de su voz es tan calmado que me hace sentir peor.

"Nada. Simplemente reviso tu brazo, es todo".

"Ojalá disfrutes el panorama".

"Oye, cuando estábamos en la primaria eras más introvertido".

"Era un jovencito entonces".

"¿Qué eres ahora?".

"Me convertí en un hombre".

"Sí. En *todo* un hombre", suelto sin pensar.

Reacciona con una larga risa. Noto cómo se mueven sus músculos. Se asemejan a las olas del mar. No entiendo cómo logra hacer que yo actúe de esa manera. Debo mantener la compostura, como le pedí a él.

"¿Lo disfrutas? ¿O me equivoco?".

"No olvides que debemos ser profesionales".

"Es verdad. No lo recordaba. De todos modos, creo que eres tú quien no está actuando de modo muy profesional en este preciso instante".

Llevo mis dedos a su músculo cuadrado lumbar antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. "¿Por qué no haces silencio?", le pregunto.

Toda mi piel está caliente. Me contagio con la temperatura de su cuerpo. Los dedos de mis pies están ardiendo por el calor que me transmiten sus músculos.

No olvides que tienes que calmar su dolor. Debes mantener la calma.

Paso mis dedos por su espalda. Noto la rigidez de sus músculos.

"Esto se siente muy duro", le informo.

"MI cuerpo está más *duro* de lo que te imaginas", me responde, acomodando sus muslos.

"Estoy hablando del brazo que te duele".

"Lo sé".

"¿De verdad? Espero que lo tengas claro", le recuerdo.

"Imagino que no has olvidado las frases de nuestra maestra, la señora Yaguas".

"No. Recuerdo que tenía una frase para cada situación", digo, y sonrío.

"Exacto. Por ejemplo, ahora te diría que debes concentrarte en lo que haces".

"Esa era la frase que siempre te decía, ¿no?".

"Sí. Es increíble que no lo hayas olvidado. Nunca te fijabas en mí. Tu atención estaba siempre en tus apuntes o el pizarrón".

Alejandro estaba todo el tiempo intentando que me distrajera. Ocupaba la mayor parte de la clase en mí. Se ubicaba detrás de mi silla. No tenía problemas para hacerlo, ya que nuestros apellidos se sucedían, y nuestros maestros nos colocaban en función del orden alfabético.

"Pero sí recuerdo que halabas mis cabellos y tocabas mi brazo".

Me aplico gel en ambas palmas. Tengo que hacer algo para calmar su dolor. Retomo el masaje en la zona afectada, aunque mi cuerpo me pide pasear mis dedos por toda su piel.

"Me encantaba escuchar tus quejidos y gritos".

"Eran gritos y quejidos de enfado".

"Bueno, no los consideraba así".

Mis dos pulgares trabajan en su hombro. Los dos dejamos de hablar. Recuerdo que me invitó a cenar. Trato de sacar ese pensamiento de mi mente. Sé que será imposible rechazar su oferta si la plantea por segunda vez.

No he tenido sexo casual. Tampoco he tenido una relación que se fundamente exclusivamente en las relaciones sexuales. Ninguno de mis amigos ha tenido sexo conmigo.

Y Alejandro no se parece en absoluto a los novios que he tenido. Pero eso no me parece suficiente para tener relaciones sexuales con él, aunque solo sean para saciar mi deseo.

Sé que ya me ha tocado, pero no me basta, aunque haya hecho que mi cuerpo se agitara de una manera que no había logrado nadie.

En cualquier caso, ¿a qué vino? Oh, ya lo recuerdo. Por el dolor en sus músculos. ¿Pero por qué acudió a mí? ¿En este instante? No me parece el mejor momento.

Debe ser una broma. Tengo que mantener eso en mis pensamientos.

"Ahora necesito que te sientes", le pido.

Entonces me obedece. Separa sus piernas y las pone a ambos lados. Intento concentrarme. Como sus pantalones están ceñidos a sus piernas, descubro la estupenda masa muscular de sus muslos.

Me digo que debo olvidar cuanto antes lo que pasó con él durante la tarde del sábado. Y también lo que pasó en mi apartamento, con mi vibrador favorito.

"El dolor es fuerte. Necesito hacer otra cosa para calmarlo. Levanta tu brazo derecho".

Acata mi orden. Lo llevo sobre mi espalda lentamente. Inclino mi pecho, voy adelante y luego retrocedo. Repito el movimiento para relajar su hombro adolorido.

Sus músculos se relajan. El dolor se calma. Es evidente.

Y los pensamientos decididos que tenía abandonan mi mente, aunque estaban allí un minuto antes.

Sus músculos están cerca de los míos, pero sé que debo mantener la calma. Aunque estamos casi unidos, debo ser profesional.

Su mirada intensa y fogosa hace que el rubor encienda mi cara. Bajo mis ojos para no verlo.

O eso trato de hacer.

Es peor, porque mi mirada choca con su erección. Es difícil no fijarse en esa carpa.

"¿Esto realmente es una terapia muscular?".

"¿A qué te refieres?".

"A qué estás sobre mí. Te acercas cada cinco segundos a mi pecho".

"Es parte de la terapia, Alejandro".

"Pero se asemeja a algo...", dice, y hace una pausa, "sexual".

"No lo es. Apaciguo el dolor de tu hombro. No puedo hacerlo si no estoy cerca de ti".

"Si mal no recuerdo, también he tenido algo de dolor en mi pene".

Exhalo bruscamente, retiro mi brazo de su cuerpo y retrocedo.

"Esto es suficiente por hoy. Voy a darte algunas indicaciones para que realices unos ejercicios en tu apartamento".

"¿Por qué no continuamos con esos masajes?".

"Los ejercicios también son necesarios para acabar con el dolor".

"Ya no tengo dolor. Creo que contigo, todos los dolores se van".

"¿Por qué no te levantas", le digo, aunque muero por decirle que se desvista por completo?

Me muestra una cálida sonrisa. "Si tú me lo pides", responde.

Encojo mis hombros y lo veo fijamente. Lo hago para simular que sus palabras no causan ningún efecto en mí. Levanta sus brazos y lleva su camiseta sobre su cara. Luego la baja por sus hombros. Contemplo la pared de sus abdominales. Finalmente, su pecho está cubierto por su camiseta. Me cuesta tomar aire. Y siento que no puedo moverme.

Escucha mis indicaciones mientras le indico las imágenes de los ejercicios de lo que debe hacer. Asiente, pero está claro que no va a realizarlos.

"¿Vengo la próxima semana?", me pregunta.

Escribo algunos apuntes en su historia clínica. Lo que plantea es interesante. Mi mente recorre las posibles respuestas a su interrogante.

Sonríe ligeramente. "Podríamos comer juntos antes de la próxima consulta", me sugiere.

Supuse que estaría lista para contestar cuando me hiciera esa pregunta, pero siento que los latidos de mi corazón cesan rápidamente.

Niego con mi cabeza y pongo la punta de mi lápiz en mi boca para morderla. "No vamos a cenar", respondo.

"Claro que cenaremos juntos. Solo falta saber cuándo sucederá. ¿Prefieres que pase más tiempo en lugar de aceptar mi propuesta y que luego explotes de placer?".

No puedo responder. Trago grueso con su pregunta. Tomo aire. ¿Cómo es posible que me ruborice, a tal punto que parezco un banco de sangre?

Da unos pasos para aproximarse a mi cara. Coloca sus labios cerca de mi oído. "Estaré listo cuando tú lo pidas".

Intento con todas mis fuerzas fingir que no pasa nada. Creo que voy a desmayarme. Él retrocede y pone la mano en el pomo de la puerta.

"Tal vez pasará mucho tiempo antes de que acepte", le digo al ver que empieza a salir.

Sigue caminando, pero voltea para responderme. "Puedo esperar el tiempo que sea necesario por una chica como tú", afirma, y luego se va.

CAPITULO 10: Valeria

Nuestra camarera golpea ligeramente la barra con su puño. "Ginebra para las chicas", indica.

Me encanta escuchar esa frase. Quizás una dosis de alcohol me dará el valor para contarle a Teresa lo que sucede. Llevo dos tragos, pero es obvio que el tercero será de mucha ayuda. Me permitirá relajarme por completo.

Como es sábado, no tengo que trabajar. Los días libres no son muy útiles para sacar a Alejandro de mi mente. Él está en ella desde que fue a la clínica por su dolor en el hombro. Marisa tampoco me ayuda. Estuvo toda la tarde de ayer hablando de él como si fuese el hombre más atractivo del mundo.

La mañana de hoy no fue más placentera. Como estaba sola en mi apartamento, mis pensamientos estaban fijos en sus músculos y sus palabras.

No pude más. Decidí llamar a Teresa cuando terminé de almorzar. Me limité a comentarle que le contaría sobre el asunto de la ropa interior que había olvidado en la tienda de tatuajes, pero que necesitaba algo de licor para abrir la boca.

Ella tuvo la genial idea de sugerirle a papá que llevara a nuestra madre a cenar y luego al cine, a ver el estreno más reciente. Fue firme. Les recalcó que debían salir, pues es algo que no suelen hacer, y que ella pagaría los boletos y la cena.

Mamá no estuvo de acuerdo inicialmente. Dijo que nos extrañaría mucho y que teníamos que acompañarlos, pero mi hermana mantuvo su postura. Les reiteró que debían ir solos y aseguró que todos nos encontraríamos mañana, a primera hora.

Teresa toma lo que queda de su segundo trago. "Suéltalo todo", me pide.

Veo mi vaso vacío, buscando un inicio. ¿Cómo comienzo a narrar mi historia? Al subirlo, reclino mi cara y cierro mis ojos. Tomo las últimas gotas de ginebra que quedan.

"El sujeto con el cuerpo tatuado fue a la clínica. Quería que revisara su brazo. Oh, y llevó mi ropa interior", digo. Abro mis ojos y dejo mi vaso en la barra.

Teresa deja su boca abierta ampliamente. "Carajo", responde. Sé que el licor hace que diga groserías.

Al cabo de un minuto reaparece la camarera con dos vasos de whisky. "Estas son sus ginebras, cariño". Ubica ambos vasos frente entre nuestras manos separadas.

Tomo mi vaso y sorbo por unos cuantos segundos. Mi idea es tomar bastante para reunir la valentía que me hace falta para contar todo.

"El tipo tiene dolores en su brazo".

Abre sus ojos ampliamente. "¿Y le diste una terapia real?".

"Así fue. Por todo su cuerpo".

"Supongo que es muy atractivo".

"Lo es. De hecho, Marisa aún está comentando cosas sobre él. Y eso me hace sentir muy enfadada".

"¿Cómo es él? ¡Necesito que me hables de su apariencia!".

"Su cabello es castaño. Sus ojos son bastante oscuros", le informo mientras sonrío.

"¿Sus músculos son fuertes?".

"Exactamente".

"¿No hay nada más que me quieras contar?".

"No. Es todo hasta ahora".

"Carajo, no me mientas. Cuéntame el resto, Vale. Podría pedirle a Marisa que venga en este momento. Sé que nadie la invita a salir jamás. Si llega aquí, no tengo dudas de que me estará feliz de contarme todos los detalles sobre el hombre con los tatuajes. Puedo llamarla".

Sorbo mi whisky nuevamente. Levanto mis dedos al ver que nuestra camarera camina cerca de nosotros. Teresa ni se imagina que solo he contado la parte más sencilla de la historia, y que falta la sección más intensa.

"Trae más ginebra", le pido.

"Seguro. Espero que estés disfrutando esta estupenda noche", dice, y sonrío.

"¿En serio tienes que tomar tanto para contarme sobre su cuerpo?".

"Oh, claro. Este hombre me ve con sus profundos ojos y siento que voy a derretirme. Y es de gran estatura. Cada uno de sus músculos es poderoso. En cada una de las partes de su anatomía hay tatuajes, cada uno más fogoso que el anterior. Oh, y se perforó ambos pezones".

"Mierda, Vale. Imagino que Marisa se llenó los pantalones de líquidos al verlo".

"Así es. Y habló con nuestros padres. Les contó que el nuevo paciente intimida a todo el mundo. Les dijo que seguramente ha involucrado en asuntos de drogas".

"Qué chica tan tonta", responde. Mira al techo y cierra los ojos mientras ríe a carcajadas.

"Hablé con ellos para decirles lo contrario. Les conté que tiene un salón de tatuajes. Marisa se quedó en silencio y suspiró".

"¿Y mamá qué dijo? ¿Y papá?".

"Los dos la vieron con recelo. Nunca había visto esa expresión de molestia en sus ojos. Le recordaron que debía ser profesional con él y todos los pacientes. Le pidieron que fuese cortés y recordara que era una empleada".

Marisa siempre le ha desagradado a Teresa. Sé que está feliz de que le cuente algo como esto. "¿También te pidieron que mantuvieras la compostura con este sujeto?", dice, y baja la mirada nuevamente. Aún está riendo, aunque menos que antes.

"Obviamente no. No tienen que hacerlo".

"Claro que sí. Tuvo tu ropa interior. Está claro que tu relación con él no es muy profesional".

Alzo mi mirada y levanto mi pecho. "Nunca he rebasado los límites con mis pacientes".

"Él tenía tu ropa interior. Además, quiero que me expliques qué carajos hacías en una tienda de tatuajes".

¿Cómo le cuento la otra parte? Tomo lo que queda en mi vaso, pero aún no sé qué decir a continuación.

"Habla", me pide. "Si me cuentas todo, pagaré el resto de nuestros tragos".

"No voy a permitirlo. Sé que no tienes dinero para esto".

"Claro que tengo", afirma mientras me guiña su ojo.

¿Cómo es posible que una estudiante universitaria tenga dinero a borbotones? Espero que ese dinero no provenga de la billetera de mi padre, porque estaría derrochándolo.

"¿Y cómo lo ganaste?"

Me apunta con su índice. "Sé que esto va a consolarte, así que voy a contarte lo que hago con mi ropa interior. Solo te pido que no me juzgues", dice.

"Tranquila. Ya sé quién eres".

"¿Te gustaría que te cuente de qué modo gano mi dinero?"

"Por supuesto. Nunca me lo has contado, aunque siempre he querido saberlo".

"Entro en internet todas las noches para vender mi ropa interior. He vendido unas cuantas. Hay una página privada. Funcionan como un club. Subastan o venden directamente sostenes y bragas que las chicas hayamos usado durante el día. Eso me ha hecho ganar una gran cantidad de seguidores. ¡Es increíble, Vale! ¿Puedes creer que ellos estén dispuestos a pagar grandes cantidades por un sostén empapado?"

¿Por qué lo hace? De solo pensarlo siento asco. Si nuestros padres se enteran, se pondrían furiosos. "Y me da miedo", digo.

"Sí, tengo claro son unos depravados. No tengo duda. Tienen problemas, pero lo que hacen me permite pagar mis cuentas y tener dinero en mi bolso. Además, no es un sitio público. Hay que pagar una suscripción alta".

Abro los ojos ampliamente. "Estás mal de la cabeza, hermana". Siento un leve mareo. Supongo que el licor está afectándome.

Me mira con asombro. "Lo sé. Bueno, cuenta el resto".

"De acuerdo. Quería hacerme una perforación en el clítoris, Por eso fui a la tienda de tatuajes", lanzo.

Teresa desparrama el trago. ¿Por qué está vendiendo su ropa interior?, me pregunto, al tiempo que espero que se calme. Luego empieza a toser. Nuestra camarera trae agua una toalla para limpiar y agua. Teresa finalmente recupera la calma y la bebe.

"¿Me dices que perforaste tu clítoris?", me pregunta con seriedad.

"No lo hice", digo, negando con mi cara. "Era mi intención, pero Alejandro, el sujeto del que te hablé, no quiso hacerlo".

"Porque...".

Levanto mi copa y veo los hielos chocar. "Esperaba perforarme el clítoris para que me ayudara a alcanzar el clímax, sentirme satisfecha, pero él aseguró que puede hacer el amor para que yo me venga. Que esa perforación no será necesaria. Ahora tengo tantas dudas", digo, y luego sorbo en dos ocasiones mi whisky. Me quedo viendo el licor para no observar la cara de Teresa.

Mi hermana menor está viéndome fijamente y sé que no puede creer lo que le digo. Se queda en silencio. Dejo mi vaso nuevamente en la mesa. Se mantiene en silencio, por lo que vuelvo a probar mi trago.

"No entiendo, Valeria. ¿No sabes lo que es el clímax? ¿No lo has vivido?"

Asiento ligeramente.

"Muy bien. Voy a decirte esto no como hermana, sino como estudiante de Gastroenterología. Conozco el cuerpo humano, y la evidencia indica que a muchos hombres no les importa si las mujeres alcanzan el orgasmo. De hecho, casi todas las lesbianas llegan al clímax cuando tienen relaciones. Eso no sucede con las mujeres heterosexuales. ¿Qué piensas al respecto?"

"¿Que debo tener sexo con otra chica?"

"No sería necesario, pero si lo deseas, hazlo", dice mientras encoge sus hombros. "Solo digo que busques a un hombre que sí desee que tengas un orgasmo".

"Supongo que me dirás que debo darle la oportunidad a Alejandro de hacerlo".

"Podrías. De esa manera, comprobarás que es verdad lo que dice. Estarás feliz si lo hace. No te imaginas cómo es el placer que no has tenido", dice, enfatizando cada palabra de su última frase y apuntándome con el dedo.

"Estaría con él solo por sexo. Sería la primera vez que hago algo así".

"Siempre hay una primera vez".

¿Cómo es posible que seamos hermanas si somos tan distintas?

"Otra cosa...".

"¿Falta algo? ¿Te tocó en su tienda?"

Me ruborizo y le pido a Dios que mi hermana no lo note.

"Un poco, aunque dijo que podía hacer más si yo quería".

"Carajo, Valeria. Creo que estás loca, pero ya no importa. ¡Cuéntame lo que no me has dicho!"

"¡Estudiamos juntos en la primaria!"

"¡No puede ser!"

"Sí. Es Alejandro Suárez. Tal vez ya lo olvidaste. Yo estudiaba séptimo grado con él cuando se mudó".

"Oh... creo que sí", dice mientras me muestra una expresión pensativa. "Creo que tenía una hermanita. Estudiaba con ella, pero se mudó en julio. Se llamaba Andreína Suárez, o algo así".

"Así es. Aún no sé por qué se mudaron".

"Tampoco tengo idea. Solo la recuerdo porque decía que su madre estaba muy enferma, o algo así."

Siempre estaba llorando cada vez que entraba al salón. No recuerdo nada más. Solo sé que luego se mudaron".

"Vaya. Es una historia interesante".

"Pero él te atrae. Eso es lo importante. Que lo hayas conocido en la primaria no significa nada. Además, el sujeto desea hacer todo lo posible para que alcances tu orgasmo. Su placer sexual no le importa tanto. ¿Por qué no te acostarías con Alejandro? No veo razones de peso para no hacerlo".

"Sería sexo casual. ¡Y tiene perforaciones en sus pezones! ¡Por Dios!".

"Eso lo hace más atractivo".

"Igualmente, me siento confundida. No se parece a ninguno de mis exnovios".

"Saca a tus exnovios de tu mente. Es sexo y ya. No te casarás con él. No estarás a su lado el resto de tu vida. Solo se acostarán para que tengas un orgasmo", dice, encogiendo sus hombros. "No sabes lo mal que me siento por ti. No sabes lo que es el clímax. Hay que hacer algo pronto para que lo descubras". Suspira y toma mi mano con la suya.

CAPITULO 11: Alejandro

Levanto mi mano y la llevo a la pared. Lo hago del mismo modo en el que me explicó Valeria. He dedicado parte de mis mañanas a realizar todos los ejercicios que me indicó. Incluso los hago con una frecuencia mayor a la que me dijo.

Y he notado el cambio. No había experimentado tanta calma en mi brazo desde el año pasado. Debo encontrarme de nuevo con ella esta tarde. Aunque es miércoles, pedí que adelantaran la cita de mañana. De hecho, también iré mañana a la clínica. Sé que, con dos terapias, hechas por Valeria, me sentiré mejor que con una. Me muero de ganas de verla nuevamente.

Escucho mi celular. Giro para tomarlo. Se trata de Ingrid otra vez. ¿Por qué quiere hablar conmigo? Presiono el botón rojo para no responderle. Coloco una vez más mi celular donde estaba. Por mí, Ingrid puede mudarse a otro planeta. Ya le di todo el dinero que le adeudaba.

Estiro mi brazo de nuevo para continuar con los ejercicios. Escucho otra vez mi celular. Se trata de un mensaje de texto. Tomo mi celular para ver de quién es: Ingrid.

Empecé a trabajar para Jaime como asistente. Supuse que te interesaría saberlo.

De hecho, no me interesa. Ya no formas parte de mi empresa ni de mi vida. Que trabajes ahora en El cielo de los tatuajes es algo que no deseo saber. No tenemos que hablar. Por eso no te responderé.

Llevo otra vez mi celular a la mesa de estar. Sé que pronto me veré con Valeria y quiero estar listo, por lo que camino al baño. Quiero darme una ducha.

Abro el grifo y el agua empieza a caer sobre mi cabello. Algo me inquieta. ¿Tal vez debería hablar con Jaime y contarle sobre Ingrid? Pero ese pendejo es el mayor idiota que he conocido. Que se vaya a la mierda también.

Empiezo a pensar nuevamente en Valeria. De inmediato mi pene se levanta. Decido tomarlo con mi mano mientras pienso que mis dedos están halando el cabello de Valeria para soltarlo. Tal vez deba darle algunos masajes para que no suba durante la sesión con ella.

Luego imagino los dedos de Valeria acariciando mi espalda, como lo hizo en la sesión anterior. La sensación es maravillosa: disfruto cada segundo que pasamos juntos. Comienzo a reír.

¿Qué es lo que me gustaría más? ¿Cogerla o pedirle que seamos novios?

Sigo pulsando mi pene, y creo que lo que deseo es estar con ella, tenerla. Será toda mía. Me adueñaré de ella.

Mis células se agitan. Pienso en su vagina, en cómo se abrió para mí cuando nos vimos en mi tienda. Cuando la imagino de nuevo sobre la silla, alcanzo el orgasmo, y mis líquidos caen, mezclándose con el agua. Por fin siento que me liberé.

Espero que ahora pueda estar con Valeria sin que mi pene se levante contundentemente mientras ella me toca.

Es el momento de ir a la terapia. Salgo de la ducha, me seco con una toalla y me visto. Tomo mi

celular, las llaves de mi casa y mi auto.

Ingrid me escribe otro mensaje.

¿Ya leíste mi mensaje sobre mi nuevo empleo?

Me sorprende su descaro. Abro mis ojos ampliamente. Decido enviarle un mensaje corto.

Ya no tienes que escribirme. Espero que te vaya bien. Voy a bloquearte.

Es lo único que hago. Debería sentirse afortunada. Podría acudir a la Policía, pero no lo haré. ¿Debo decirle a Jaime?

Que se jodan. Tomo el celular. Tras entrar en la configuración, logro bloquear a Ingrid.

Enciendo mi auto. Voy a encontrarme con la linda Valeria, esa dulzura.

Llego a la recepción. Marisa, la secretaria, empieza a temblar. Las carpetas que tiene en sus manos caen al piso.

Jadea y le cuesta respirar. "¿Viniste otra vez?", me pregunta.

¿Está intentando conquistarme? Honestamente, no tengo idea. Recoge sus cabellos. Sí, está coqueteando conmigo. Pero no logrará nada.

"Mejor tomo asiento", le digo mientras le guiño mi ojo y golpeo ligeramente el escritorio.

Después de unos segundos veo a Valeria. Ella sonríe al verme. Siento que mis sentidos se emocionan. Me costará mantener la calma. Lo sé.

"Por favor, acompáñame", me pide.

Me imagino diciéndole que quiero acompañarla a otra parte, pero decido continuar con mi intento de mantenerme bajo control.

"¿Cómo te sientes?", me pregunta. Luego cierra la puerta. Ambos estamos dentro.

"Me siento muy bien. Los ejercicios que me indicaste han sido muy útiles".

Está asombrada por mi afirmación. "¿De verdad los has hecho?", me pregunta.

"¿Por qué te asombras?".

"Pocos pacientes lo hacen", dice, encogiendo sus hombros mientras me ve fijamente.

"Soy uno de esos pocos pacientes".

"Veamos qué tal está tu brazo".

Me muestra una expresión de profesionalismo y seriedad. Me pide que levante los brazos, lo que hago rápidamente. Veo cómo su boca se mueve ligeramente. Está pensativa. No se imagina cuánto deseo tomarla y besar esa boca sugestiva, acabar con esta tensión.

"Ahora quítate la camiseta. Ponte boca abajo, como en la sesión anterior", me ordena.

Sonríe ampliamente con sus palabras. Siento que está haciendo exactamente lo que recreé en los pensamientos fogosos que tuve con ella. No ha salido de mi mente durante los últimos días. Afortunadamente me masturbé mientras pensaba en ella. De lo contrario, mi erección en este momento sería impresionante. Al menos ahora es leve.

Se fija en mí cuando empiezo a levantar mi camiseta. Trato de atraer su mirada con la mía, pero no deja de ver mi vientre. Cuando subo mi ropa un poco más, mi pecho aparece frente a ella. Veo que sonrío nerviosamente. Entonces se fija en sus apuntes rápidamente.

Voy a decir algo por su reacción, pero decido contenerme. Debo hacer todo lo posible para que se relaje y el ambiente entre nosotros sea confortable.

Veo que se fija en mis movimientos. Me quito la camiseta completamente. Finalmente me ve y ambos hacemos silencio.

Mi pene no puede más. Decido acostarme para que no se percate de la carpa que crece bajo mi estómago. La erección es enorme.

Puedo ver sus zapatos por el pequeño hoyo que hay en la parte superior de la camilla para que mi cara descanse. Veo que se dirige al mostrador y una música relajante empieza a sonar. Se ubica cerca de mí, por lo que puedo ver los dedos sus pies justo frente a mi cara.

Sé que pronto los dedos de sus manos pasarán por mi piel, como la vez anterior. No obstante, no hace nada. Tampoco se mueve. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa por su mente? ¿No tiene el valor suficiente para volver a tocarme? Decido aguardar con calma.

Al parecer, ondas eléctricas atraviesan la habitación. Hay una tensión cada vez mayor en el ambiente.

Finalmente empieza a masajearme.

Me estremezco por completo. Me agito levemente, y la tela que cubre la camilla se rompe cuando lo hago.

Mantiene sus dedos en los músculos de mi espalda. Parece que no puede moverlos. Es como si no pudiera separarse de mí ni un segundo.

Desplaza ligeramente sus pies. Mi brazo empieza a sentir el calor de sus manos. Aunque trato de controlarme, mi erección es cada vez más grande y poderosa. Trato con todas mis fuerzas de pensar en otra cosa que no sea su cuerpo. En algo que no sea mis manos tocándolo y sus manos tocando el mío.

Pero ya no hay forma de mantenerme bajo control. Sus dedos ágiles hacen que me estremezca cada vez más. "¿Ya sabes de qué manera solucionarás tu... inconveniente?", le pregunto.

"Así es".

Me siento asombrado. "¿De verdad?", le pregunto.

"De verdad. Desde que nos vimos, he analizado todo lo que me pasa. Estoy convencida de que lo que dices es cierto".

"¿Estás diciendo que vas a dejar que te ayude?".

Deja de tocarme por un momento y hace silencio. Luego abre su boca. "Así es. Supongo que dejaré que me ayudes. Pero nada de apostar".

Carajo. Mi erección es más fuerte que antes. Siento que mi pantalón va a romperse en cualquier momento. Y si me muevo, siento que estallará y todo se convertirá en un caos. ¿En serio lo dijo? Es increíble.

Guardamos silencio. Ella sigue tocando mi hombro derecho. Entendía que Valeria sucumbiría ante mis encantos, pero la revelación que acaba de hacer me ha causado un gran impacto.

No dejo de pensar en algo: ¿y ahora qué va a pasar?

"De acuerdo. Terminé por aquí. Quiero que te sientes", me pide mientras golpea ligeramente mi espalda.

Ya mi pene no me preocupa. Entonces obedezco.

Me toma por la espalda. Todos mis músculos se tensan cuando se acerca más a mí. Está repitiendo los movimientos de la sesión anterior. Sin embargo, recuerdo algo que decidí mantener en mi mente desde el principio: lo nuestro es simplemente sexo casual.

Ambos cerramos nuestros ojos en el momento en el que ella se retira de la camilla. Sonríe ligeramente y siento que está burlándose de mí.

Quiero desnudarla y ver sus tetas, su culo, pero mantengo la compostura. Y me siento bien al respecto, pero entiendo que mi cuerpo me pide que actúe pronto.

La erección se mantiene. Llevo mi brazo a su hombro y la acerco. Su cara queda a unos centímetros de mi nariz. Siento la frescura que me brinda su aroma de gardenias. Por Dios, cuánto ansío soltar sus cabellos recogidos. Que caiga sobre su nariz y su boca, y desprender de mi mente esa imagen de dulzura e inocencia que siempre me muestra.

A solo un paso está su boca. Siento que su aliento se agita. Mi brazo recibe sus exhalaciones. Si me acerco, tocaré sus labios con los míos

Por primera vez desde que nos conocimos, las ganas de poseerla son más fuertes que yo.

CAPITULO 12: Valeria

Veo sus poderosos labios y siento que en cualquier momento me besar. No obstante, estoy equivocada. No est besndome. Su cara se aproxima a la mía y aunque estoy empapada, no pasa nada. Mi piel se estremece. Ha sido así desde que llegó a la clínica. Es como si mi cuerpo lo reclamara.

Me llen de valentía para aceptar su propuesta y contarle que estaba dispuesta a hacer lo que me pidiera. Toda la semana he estado preparándome para este momento.

Teresa había insistido para convencerme. Me asegur una y otra vez que el sexo casual era lo que me hacía falta. Me envi mensajes de texto a mi celular, me llamó en innumerables ocasiones. Incluso me envi correos electrónicos. Lo logr. Me convencí de hacerlo.

"Desea hacer todo lo posible para que alcances tu orgasmo", me dijo ella. Y creó en sus palabras.

Aunque nos encontramos a mitad de la semana, puedo pedirle que vaya a mi apartamento a cenar. S qué allí estar cómoda, lo que, según él, necesito para alcanzar mi orgasmo.

"Debemos tener esa cena", me indica.

Su frase me abruma. Frunzo mi ceño.

"Lo que dijiste sobre la cena era en serio?"

"Exactamente. Quiero que cenemos antes de estar juntos".

"Pens que era yo, una mujer, la que debía pedirle a un hombre que la llevara a cenar. Ests comportndote como una chica?"

Sonríe antes de responder. "Claro que no. Ya lo verás cuando te desnude".

El tono de su voz es tan firme que mi cuerpo se tambalea. Aunque intento retroceder, me mantiene cerca de él, poniendo sus brazos en mi cintura. S que todo lo que dice es cierto.

"Si quieres que cenemos, estar de acuerdo", le aclaro. Sin embargo, algo me preocupa: podrían vernos juntos. Podría ser cualquier persona que me conozca.

Y si alguna de esas personas, especialmente alguna de mis amigas, me ve con él, empezra a gritar. Nunca me han visto con un hombre que tiene el cuerpo lleno de tatuajes. Tal vez si estuviemos en pleno invierno, Alejandro cubriría su pecho con una chaqueta. Pero estamos en verano. Rayos.

Podría pasar algo peor: mis padres podrían vernos. Enloqueceran inmediatamente. Y no solo por sus tatuajes, sino porque además es un cliente de nuestra clínica. Mi reputación se iría por un barranco. S que ellos ya no me respetarían. No lo soportaría. Me verían con molestia cada vez que me encuentre con ellos. Sería terrible para mí.

"El viernes est bien para ti?", me pregunta.

Estoy frustrada. No puedo evitar mostrarlo con la expresión en mi rostro. Vólteo mientras suspiro para ocultar mi frustración. Intento simular que no me sucede nada.

Empieza a reír ante mi reacción. "Qué ansiosa eres. Bueno, podremos vernos mañana, o esta noche, si te sientes cómoda. Estoy disponible".

Me alejo de él y doy varios pasos por el consultorio. "Me siento cómoda. Y preparada", digo, con mi voz quebrada.

"Estupendo. Entonces nos vemos esta noche".

"De acuerdo", le respondo en voz baja.

"A las siete y treinta pasaré a buscarte".

"Esa hora está bien".

"¿Dónde vives?", dice, y luego sonrío.

La anoto en un trozo de papel que encuentro en el escritorio y extendiendo mi mano. Antes de que se la ofrezca, la toma con su mano y la guarda en un bolsillo de su pantalón. Luego se pone su camiseta y se retira.

¿Qué acaba de suceder?, me pregunto. Tomo aire, me siento y veo al techo.

Tendré sexo con él más tarde. Además, hará que acabe. *Eso* acaba de suceder.

Sé que Teresa se sentirá feliz cuando le cuente, pero eso no sucederá hoy, sino mañana.

"¡Por Dios! ¡Ese paciente pasó por esta recepción casi desnudo!", exclama Marisa. Llega a la puerta de mi consultorio. Su expresión es de puro asombro. "¡Nunca había visto a un hombre tan sexy! Por favor, dime que tocaste su cuerpo". Está agitada y camina en círculos.

"Marisa, debes calmarte. ¿Olvidaste dónde estamos? Toma en cuenta las palabras que dijeron mis padres en cuanto a ser profesionales", le recuerdo, con un tono bastante serio.

Se queja con fuerza. Luego abandona mi consultorio. Está claro que quiere decirle a otra persona lo que acaba de ver. ¿Cómo es posible que Alejandro se haya quitado la camiseta y haya paseado sin ella por la recepción? Es todo un bombón, pero no debió hacer eso.

Veó a los pacientes, con calma, pero no dejo de pensar en Alejandro y lo que pasará en unas horas. Paso la tarde totalmente agitada.

Faltan unos minutos para las seis. Llego a mi apartamento. Me quedan unos noventa minutos antes de la cita. Debo estar lista entonces. Tomo una ducha y luego salgo, me seco y me fijo en mi ropa. ¿Qué debo usar? ¿Qué perfume me aplico?

Aún me parece increíble que le haya hecho caso a Teresa. ¿Cómo debo vestirme para una ocasión de este tipo?

La temperatura afuera es agradable. Me pruebo algunas faldas y blusas, hasta que decido usar una falda roja con una blusa negra corta. Y mi perfume habitual.

Mi exnovio Antonio se sentía feliz cuando veía que había recogido mi cabello. Eso era importante para él, y también para mí, porque luego lo desataba con sus manos.

Sé, no obstante, que hoy se trata de otro asunto que va más allá de mi apariencia y mi cabello. Se trata de mostrarme como una mujer diferente a la que he sido hasta ahora. Porque tendré sexo casual. Y eso será todo. Así que recoger mi cabello no sería lo ideal, o al menos eso creo.

Abro la gaveta inferior de mi mesa de noche. Encuentro en ella un secador de cabello, que podré usar para rizar mis cabellos. Teresa me lo dio el año pasado. Fue su obsequio por mi cumpleaños. Aunque no lo he utilizado en muchas ocasiones, porque me ha costado adaptarme a usar el cabello rizado, creo que esta noche lucirá perfecto una vez que esté lista.

Tengo tiempo suficiente para cepillar mis dientes, maquilar mi cara y revisar mi apariencia en el espejo antes de las siete y treinta.

Son los siete y veintinueve minutos cuando oigo el timbre de mi apartamento. Mi vientre se agita con el aleteo de miles de mariposas dentro de él. Sé que estoy a punto de tener sexo casual por primera vez en mi vida. Pongo las palmas de mis manos en mi estómago, en un intento por calmarme.

Salgo de mi habitación para abrir la puerta principal. Es Alejandro. Está frente a mí. Mi boca se abre de par en par. Está más lindo y atractivo que nunca. Usa una camiseta azul oscuro que aprieta su abdomen. Y luce unos ricos pantalones ajustados. Su barba está recortada.

Ve fijamente mis ojos y luego pasea por todo mi cuerpo con su mirada. Al observar mi cara otra vez, muerde su labio inferior mientras exhala. Luego agita su cabeza de lado a lado. Me ve y me agito...

Pasan unos segundos mientras vemos nuestros cuerpos. Nos miramos sin decir nada.

"Luces hermosa. De hecho, estás más linda que antes, porque tu cabello finalmente está suelto. Aunque siempre me has parecido una bella mujer, al verte ahora de ese modo, creo que eres espectacular".

Mis mejillas se llenan de rojo. Me molesta sonrojarme rápidamente, pero no puedo impedírmelo. Carajo.

Aunque quisiera decir un halago también, decirle que me encanta cómo luce, no puedo. Las frases se ahogan en mi garganta. "Qué lindo. Muchas gracias", le respondo. Es lo único que puedo decir.

Saca una mano de su espalda y me muestra una rosa roja como mis mejillas. "Es para ti", me informa.

"Oh... gracias de nuevo. Qué detalle tan hermoso".

Extiendo mi mano para alcanzar la rosa. Me emociono tanto que siento que quiero estar en este lugar por el resto de la noche, en lugar de cenar con él. Me inclino para darle un ligero beso en su mejilla izquierda. Él pone algunos dedos en mi cintura, y me transmite su calidez.

Se inclina un poco y lleva su boca cerca de la mía. Su boca llega al extremo izquierdo de la mía. Me aprieta con fuerza. Se queja suavemente y acerca sus labios, ahora con más contundencia. Decido abrazarlo y quedarme allí, disfrutando su musculatura. Mantengo la rosa en mi mano.

Mis bragas empiezan a mojarse. Mi cuerpo se llena de cosquillas. No entiendo qué sentido tiene esa cena. No somos novios ni queremos serlo. Además, ya mi cuerpo y mi mente están preparados para llevar a cabo lo que planeamos.

Se aleja un poco, por lo que su beso fugaz termina. Al ver sus ojos, me doy cuenta de que mi corazón late con fuerza y estoy jadeando.

"Salgamos de aquí", me pide.

"¿De verdad debemos salir? Olvidemos esa parte y comencemos con la acción. No creo que haga falta cenar".

"Eso no sucederá", afirma. "Acordamos que primero comeríamos juntos. Y aunque no lo creas, no estás lista todavía para ese momento estupendo que esperas". Su sonrisa está llena de malicia.

Me parece increíble lo que dice. Siento que estoy completamente preparada. Tanto, que quiero gritárselo, pero me parece que quizás diga la verdad. Tiene más experiencia que yo en esto. Entonces doy un paso atrás.

"Buscaré algo para ponerla", le digo, y le muestro la rosa con mi mano libre.

Camino a la cocina y él va detrás de mí. Encuentro en el mostrador un pequeño jarrón. Pongo agua en él y luego introduzco la rosa.

"Sé que te encantan las flores", le recuerdo mientras sonrío. Tiene varios tatuajes de esas flores en su espalda.

"Así es. Han significado mucho durante toda mi vida", afirma. Su tono se torna repentinamente serio.

"A mí también me gustan mucho. De hecho, son las flores que más me gustan".

Con mi revelación, me muestra una amplia sonrisa. "Parece que esta será una linda noche. Salgamos", me pide mientras sigue sonriendo.

CAPITULO 13: Alejandro

Caminamos de la mano por el estacionamiento hasta que llegamos a mi camioneta. La veo subir, y una preocupación surge en mi mente: ¿la habré limpiado lo suficiente como para que Valeria suba a ella? Sé que al menos me deshice de los restos de comida y ella puede estirarse sin problemas.

Subo a mi asiento para manejar y enciendo la camioneta. Las luces se encienden, pero antes de empezar a manejar, veo su rostro. Cuando la vi con su cabello suelto por primera vez, enmudecí de inmediato. Lo que le dije era totalmente cierto: me parece una mujer espectacular. La más atractiva que he visto en toda mi vida.

Sé cuánto va a costarme llevar a cabo lo que tengo en mente. Quiero que cenemos para que se dé cuenta de que esto no se trata simplemente de tener relaciones. Quiero que estemos juntos y ella quiera seguir a mi lado. Que seamos una sola persona.

¿Cómo carajo logra hacerme sentir así? Nunca me había pasado con otra chica. Siempre he tenido relaciones fugaces. Cuando alguna chica sigue conmigo, lo hace porque quiere. Y cuando se va, también.

Sin embargo, con Valeria espero seguir y seguir. Porque nunca me aburro al estar con ella.

Salgo del estacionamiento y empiezo a manejar por la carretera.

"¿Qué tal comida callejera?", le pregunto.

"Es una estupenda elección".

"Muy bien".

Se queda en silencio, lo que me hace pensar que se siente asustada. La entiendo perfectamente. Es casi seguro que no ha tenido citas con hombres de mi tipo. Además, ya le aseguré que la cogeré espectacularmente.

"Salchichas y Sazón es el lugar ideal para llenar nuestros cuerpos de grasa", le digo, con tono de broma.

"Solía ir allí, pero no lo hago desde que me gradué", dice, y luego ríe. "Me encantan las hamburguesas y los perros calientes, pero me cuesta digerirlos".

"Era un chiste. Jamás te llevaría a comer allí. Es nuestra primera cena. Relájate".

"Vaya...", responde. Noto que su voz se apaga. ¿Por qué dije 'nuestra primera cena'? Solo logré que se alterara más.

Extiendo mi mano y la pongo sobre la suya. La mantiene allí, por lo que decido apretarla ligeramente. Lo hago para calmarla.

"¿Por qué te los hiciste?", me pregunta.

"¿De qué hablas?".

"De las flores. Te hiciste varios tatuajes de ellas. ¿Por qué? ¿Por qué significan tanto para ti?".

No quisiera hablarle sobre ese asunto en este momento. "A todos en mi familia nos encantaban. El

jardín de la casa de mis padres tenía muchos rosales y claveles. Mamá las tomaba cuando florecían y las ponía en la mesa de la cocina", digo.

"Supongo que te traen muchos recuerdos".

"Puede decirse".

"¿Y te dolieron?", me pregunta. Se queda en silencio y luego prosigue. "Hablo de los tatuajes en tu pecho".

"No me dolieron tanto. De lo contrario, por supuesto que no me los hubiera hecho".

"Yo no podría pasar algo así. Me aterroraría por el dolor".

"Es una sensación que solo está en tus pensamientos. No olvides que ibas a hacerte una perforación en tu clítoris, un órgano muy sensible".

"Sí, pero sería un dolor momentáneo, una experiencia rápida. Supongo que tardaste mucho para hacerte tantos tatuajes".

Sonrío. "¿Te gustan?", le pregunto. Giro y veo su rostro.

Encoge sus hombros. "Empiezan a gustarme".

Río sonoramente con su ocurrencia. Ella se une a mí.

"Voy a hacer que mi estilo de vida te encante. Amarás las perforaciones".

"Eso jamás sucederá".

Le cuento chistes durante el trayecto y ella no para de reír. Decido llevarla a un restaurant de sushi. Es un sitio agradable y familiar. Es un lugar con excelente reputación, y al menos allí no hay tanta grasa.

Cuando sale de mi camioneta, llevo mi brazo a sus hombros. Parece que le gusta estar en un lugar como este. Siento que está relajada. Aparentemente está más tranquila y se siente cómoda con mi compañía.

Alcanzamos la puerta de la entrada. Sostengo la puerta para que pase. Lo hace y luego entro. Llegamos al lugar en el que debería estar la anfitriona, pero no está. Aguardamos por ella para pasar a las mesas.

Observo a los comensales y las mesas durante la espera. Sin duda, el lugar tiene más categoría que los sitios callejeros donde suelo comer. En lugar de taburetes hay sillas y mesas. La salsa está en envases en lugar de sobres. Y también hay servilletas y platos de metal, en lugar de papel y tenedores de plásticos. Oh, y hay camareros.

Carajo.

Veo que en un extremo del restaurant está Jaime. No quiero cruzarme con él. Solo quiero salir de aquí cuanto antes. No me gustaría darle explicaciones a Valeria.

Si le cuento que aquí está un sujeto que no puede acercarse a mí por orden judicial, seguramente no se sentirá cómoda, aun cuando yo le contará por qué.

Alejo mi mano de sus hombros. "Cariño, salgamos de aquí. Ya no deseo cenar en este lugar", le digo.

"Si estamos llegando, ¿por qué nos vamos?".

"Ese sujeto no me agrada", le revelo mientras muevo mi cabeza en su dirección.

"No esperarás que nos sentemos a su mesa a comer, ¿o sí? Podemos sentarnos del otro lado. Estaremos lejos".

"No. Salgamos de aquí. No quiero estar en el mismo lugar que él".

Camino de regreso a la puerta. Valeria está a mi lado. Cuando sujeto la perilla, siento que el remordimiento aturde mi mente. Debo acercarme a Jaime y contarle que Ingrid representa un problema. Es lo que esperaba que él hiciera conmigo en esta situación.

Pero no puedo acercarme a él ni tener ningún tipo de contacto. De todos modos, creo que debe proteger a sus clientes, aunque acudan a mis rivales en la industria.

Veo encima del hombro de Valeria. Jaime se percató de mi presencia. Su mirada es desafiante. Salgo del restaurante y enciendo de nuevo mi camioneta. Prefiero que se vaya al carajo.

Valeria me ve. Su ceño está fruncido y sus brazos cruzados sobre su pecho. "¿Cuál es el problema con ese tipo?", me pregunta.

"No hay ningún problema. Solo quiero que vayamos a un restaurante mejor. Creo que una chica especial como tú lo merece".

"Pero este es un buen restaurant, o al menos eso parece". Su expresión es de profunda molestia e incertidumbre.

"Recuerda la frase de la señora Yaguas: 'Si alguien merece algo, hay que hacerlo correctamente'".

Cuando empieza a reír, imagino que se convenció de lo que le digo. Por lo menos frenó sus interrogantes y su molestia. Me dirijo a un acogedor restaurante de comida europea en el sur de la ciudad. Veo hacia los lados y sonrío.

"¿Y nuestro sushi?".

La miro y le muestro una gran sonrisa. "Podremos comerlo en nuestra próxima cita", le indico.

Guarda silencio. Imagino la pregunta que está surcando su mente: ¿tendremos una próxima cita?

Entramos al restaurante. La anfitriona está en su lugar. Levanta su mano y sonrío.

No deja de mirarme. Supongo que siente que no soy bienvenido a este solemne lugar. "Qué gusto recibirlos esta noche. ¿Quieren una mesa para dos personas?", nos pregunta.

La veo, pero rápidamente miro a los lados. "Exactamente", le digo.

"Acompáñenme. Por acá, por favor".

Toma un par de cartas. Avanzamos y llegamos a una mesa con dos sillas. A nuestro lado hay una fuente con detalles del siglo pasado.

"¿No crees que este lugar es más lindo que el anterior?", le pregunto mientras le guiño mi ojo izquierdo.

Llamamos al camarero para ordenar. Pido paella y Valeria pasta con una porción de ensalada.

Nuestra cena llega después. Reímos mientras nos acordamos de la primaria. Contamos historias

sobre nosotros. Es la primera vez que me encuentro con una antigua compañera de escuela desde que llegué de vuelta a esta ciudad. Al recordar cómo pasé mi niñez. Me siento feliz. Además, me alegra evocar esas imágenes mientras ceno con Valeria.

"Cuando te fuiste de La Galera, ¿adónde fuiste?", me pregunta.

Preferiría no hablar de este tema, sobre todo en este lugar y en este momento, pero abro mi boca. "Nos fuimos a Colinas del Viento", respondo.

"¿Y qué te pareció?"

"Terrible", respondo. Tomo un gran bocado. De este modo, me concentro en masticar y no tengo que responder más preguntas sobre ese tema.

Observa mi boca mientras pruebo mi comida. Se niega a hacerme más preguntas por el momento. Ahora se trata solo sobre nuestro presente.

Me ve fijamente y sé que volverá a hablar. "Aparentemente, tu hermana estudió con la mía durante la primaria", asegura.

Busco una manera de cambiar el tema. Termino de pasar la comida por mi garganta y tomo la palabra. "¿Tu hermana está estudiando?"

"Sí. Gastroenterología. Su objetivo es abrir su consultorio en la clínica de nuestros padres una vez que se gradúe".

Cuando los menciona o habla sobre esa clínica, todo mi cuerpo se entumece. No quiero hablar para nada sobre su madre o su clínica. Es el tema del que menos querría conversar. Tomo aire y veo fijamente su cara. Me deleito con sus cabellos sueltos. Además, empiezo a tener una erección al ver cómo se aparecen sus senos en esa sugerente blusa.

"Planeé soltar tus cabellos mientras lograba que tuvieras tu primer orgasmo", le cuento. Lo hago porque ansío cambiar rápidamente el tema de nuestra conversación.

Abre ampliamente sus ojos. Sonríe con su reacción.

"Tal vez deje que lo hagas. ¿Qué más planeaste hacer?"

"Muchas cosas. Comenzaré besándote en la boca para probar esos ricos labios. Luego morderé tu cuello. Después pasaré mis dedos por las zonas que recorrí cuando fuiste a mi salón. Te tocaré tanto que vas a empaparte. Las gotas caerán por tus piernas y te quedarás sin aliento. Cuando lleguemos allí, comenzaré a darte todo lo que tengo. Te penetraré. Lo haré con calma inicial, para que tu vagina se adapte al grosor y tamaño de mi erección. Así sabrás lo que es un verdadero pene. Cuando note que ya estás preparada para la acción, te cogeré tan duro que empezarás a gritar. Cuando te vengas, no sabrás dónde estás ni cómo te llamas. Arderás de placer".

¿Está respirando? No tengo idea. No dice nada. Sus ojos están abiertos ampliamente, igual que su boca. Tomo otro bocado con mi tenedor y lo llevo a mi boca. Quiero ver su reacción.

Aclara su garganta. "Espero que esto no sean solo palabras".

Sonríe ligeramente. "No lo es. Y lo sé porque te humedeciste, ¿cierto?"

Mueve un poco sus caderas. "Me encanta esta pasta". Sonríe y me ve fijamente.

Conversamos tranquilamente durante el resto de la cena. Comemos el postre lentamente. Tomo la factura y la pago. Lo hago para que no pueda decir que va a pagar la mitad de la comida.

Caminamos para regresar a la camioneta. "¿Iremos a mi apartamento?". Noto que la seguridad que mostró en el restaurante ha desaparecido. El tono de su voz expresa su ansiedad.

"No por los momentos", le respondo después de hacer una pausa.

"¿Entonces adónde iremos?".

"Tal vez sea una buena idea ir por unas copas".

"¿No acordamos cenar?".

Sí, es una idea estupenda y me cuesta rechazarla, pero no quiero dejar de disfrutar el mágico momento que estamos viviendo. Quiero ir con ella y desnudarla en la sala de estar de su apartamento, pero espero continuar con lo que planifiqué y terminarlo. Comienza a hacerme otras preguntas. Está agitada. La llevo a uno de mis bares favoritos. Es un lugar sencillo.

"Aún no estás preparada. Y aparte de eso, no me dirás que no estás pasándola bien, ¿o sí?".

Sonríe cálidamente. Hay una suave curva en su boca. Palpo suavemente su rodilla. Llegamos y estaciono la camioneta. Avanzamos hacia el bar. Caminamos de la mano para entrar.

"¡Carajo! Aquí está Teresa, mi hermana menor".

CAPITULO 14: Valeria

Voy de inmediato adonde se encuentra Teresa. "¡Valeria! ¡Acá estoy!", exclama al verme.

El bar es grande. Apenas hay algunos clientes y camino con rapidez. Tal vez una noche de mitad de semana no es la mejor para lugares como este. Supongo que Teresa es una de las pocas personas que se siente cómoda viniendo aquí un miércoles.

Veo que está sentada. La acompañan otras chicas. Son tres en total. Cuando llego, me ven fijamente. Hacen un profundo silencio.

"No esperaba verte aquí", me dice mientras se levanta, me abraza y me besa en la mejilla.

"Yo no esperaba verte aquí. Se supone que deberías estar en tu habitación, preparando tus apuntes para las clases de mañana. Hoy es miércoles".

Encoge sus hombros y sonríe. "Tenemos clases de anatomía cada miércoles. Vemos muchos cadáveres. Solemos venir a este bar para tomar algunos tragos. Eso nos permite olvidar esas imágenes y hablar de otras cosas".

Me siento feliz de no haber optado por estudiar Gastroenterología. No tuve que ver cadáveres cada miércoles.

Paso mis ojos por las caras de sus amigas. "Parece una historia de terror", respondo.

"¿Por qué viniste?".

Alejandro se acerca. Toca algunos de mis dedos con los suyos. Teresa abre ampliamente sus ojos. Los de sus amigas también están a punto de estallar.

"Alejandro vino conmigo", respondo.

"¿Alejandro? ¿Este sujeto es Alejandro?", me pregunta, bajando su voz.

Sonríó suavemente. Asiento mientras abro un poco mis ojos.

"Debo ir al baño, Vale. ¿Me acompañas?", pregunta. No tengo tiempo de responderle. Toma mi mano y me hala hacia el baño.

"Espero que no te moleste, Alejandro".

"Para nada. Iré por unos tragos", me indica, retirándose.

Caminamos para llegar al fondo del bar, donde se encuentran los sanitarios. Avanzamos por las mesas vacías. Teresa está delante de mí. Voy tras sus pasos. Ella abre la puerta y pasamos. El espacio es pequeño y se ve antiguo. Me alegra saber que por lo menos está bastante aseado.

"¿Por qué viniste con Alejandro? A esta hora deberían estar en un hotel o algo parecido".

"Quiso que cenáramos antes".

"Vaya. Es muy dulce".

"Sí, pero quiero que esto acabe pronto. Y yo también quiero *acabar*".

"¿Por qué no se lo dices?".

"Ya lo hice. Y me respondió que aún no estoy preparada. Que primero debo relajarme".

Empieza a reír a carcajadas. El sonido es tan fuerte que retumba en las paredes.

"¿Cuál es el chiste?", le pregunto seriamente.

"Que quizás dice la verdad. Tal vez esa sea la razón por la que cuesta tanto venirme. Siempre estás nerviosa, rígida", dice, cuando las carcajadas se lo permiten.

Quiero arrancarle los cabellos, pero me contengo. Me molesto tanto que mi cara se enrojece.

"¿Por qué mejor no te callas?".

Teresa acaricia mis cabellos sueltos y sonrío. "Creo que deberías soltar tus cabellos con más frecuencia, hermana. Luces estupenda".

"Ricé mis cabellos con lo que me regalaste el año pasado".

¿'El año pasado'? Deberías usarlo siempre".

Frunzo mi ceño. "El olor de tu cuerpo es horrible. Es como si te hubieras bañado en licor". Retrocedo y cruzo mis brazos.

"No le veo la gracia. Tomé una larga ducha antes de venir".

"Al parecer, olvidaste aplicarte perfume".

"Concéntrate", me pide Teresa. "Sabes que estarás con Alejandro solo para que te haga el amor. Cuando haya completado su misión, quiero que me des su número telefónico". Su voz suena más firme.

"Creo que es muy salvaje para ti".

"Precisamente por eso lo quiero: porque sé que es salvaje. Me gustaría estar con él pronto".

"Marisa ya 'pidió un turno'".

"Por mí que se joda Marisa. Como somos familiares, debo estar con él antes que ella".

¿Teresa teniendo sexo con Alejandro? Esa imagen me perturba. De hecho, también me altera la idea de que esté con Marisa, pero estoy convencida de que debo cuidar a Teresa. Es mi hermana y no me gustaría que él le hiciera daño.

"No. Debes buscar a un hombre por tu cuenta".

"Me gustaría que por lo menos vaya a la universidad. Nos serviría como modelo en las clases de anatomía. Sé que mis compañeras y yo estaremos encantadas de estudiar su abdomen. Está claro que nuestro único propósito sería la investigación con propósitos clínicos".

"Jamás. Como te dije antes, me pertenece".

"Entonces esto no se reduce a una cogida, por lo que veo", dice. Sonríe y lleva su mano a su pecho.

"Claro que sí. Carajo, Tere, solo mira sus tatuajes. También está perforado. No hay forma de que se lo presente a nuestros padres".

"No solo son sus tatuajes. Ya se enteraron de que es tu paciente. En cualquier caso, eso no

importa. Deberías recordar el objetivo inicial de todo esto: tener relaciones".

"Siempre lo he tenido en mente. Es solo que imaginé que a estas alturas ya habría sucedido. Imaginé que luego de comer lo haríamos, pero mírame: estoy con él en un bar".

"¿Y cómo la has pasado?".

"Bastante bien, de hecho", le digo rápidamente.

"Entonces tómate tu tiempo para relajarte. Sigue pasándola bien. No pienses tanto en lo que vaya a pasar después. Vive el presente. Disfrútalo".

"Es imposible. ¿Cómo podría hacerlo? Quiero acabar con esto cuanto antes. Y *acabar*".

"¿Quieres que te recuerdes lo que dije sobre el desarrollo fluido del sexo, los datos que tú misma citaste? Sigue pasándola bien con Alejandro. Olvida tantas preocupaciones. Mereces disfrutar".

Creo que mi hermana dice la verdad. No debo pensar en lo que sucederá esta noche, o mañana. Hasta ahora lo he disfrutado, y creo que debería seguir haciéndolo.

"Tal vez es el momento de regresar. No quiero demorarme más y que empiece a preocuparse".

Doy la vuelta y suspiro. Salgo y doy algunos pasos para buscarlo. Alzo la mirada y me doy cuenta de que ya se sentó. Está solo. Buscó el extremo más distante de la mesa de Teresa. Es una mesa pequeña.

"Discúlpame. Ya sabes cómo son las hermanas", le digo. Él encoge sus hombros.

Hay dos vasos en la mesa. Ambos tienen cervezas. Halo una silla y me pongo frente a él.

"Ese es para ti", dice, indicando el que está frente a mí.

"Te lo agradezco".

Levanta su vaso. "Brindemos por nosotros", dice.

"De acuerdo. Salud". Chocamos nuestros vasos y sonreímos.

"Me surgió la duda. Creí que tal vez querrías quedarte en la mesa de tu hermana".

"Claro que no. No hay forma de que me quede con ella y sus amigas esta noche".

"Oh, me alegra saberlo. Tal vez indica que le simpatizo a tu hermana menor".

"¿Es importante para ti simpatizarle a mi familia?".

"Sí. Si no les simpatizo, tal vez quieras alejarte de mí".

"Pero regresé para sentarme contigo, ¿cierto?".

"Es cierto. Y me encanta lo que estoy viendo".

Vuelvo a ruborizarme. "Alejandro, ya me convenciste de estar contigo. ¿No crees que debes dejar de decirme esas cosas?".

"Quizás no quiero tener sexo una sola vez. Quizás no quiero solo sexo".

Mi mente solo había recreado el encuentro que tendríamos hoy, y creí que su propuesta se restringía a un encuentro sexual que me ayudaría a solucionar mi inconveniente sexual. ¿Qué debo decirle? No tengo idea, así que tomo mi vaso y sorbo mi cerveza.

No pensé que quisiera acostarse conmigo más de una vez. Creí que me indicaría cómo alcanzar el clímax, y luego yo podría hacerlo por mi cuenta gracias a su "lección". No creí que quisiera acostarse conmigo unas cuantas veces.

Considerando, claro está, que yo pudiera hacer todo lo que me pidiera.

Empiezo a hacerme preguntas. ¿Por qué vine? ¿Por qué salí a cenar con un hombre que me aseguró que me ayudaría a tener algo que no he tenido nunca, un orgasmo? ¿Realmente lo tendré? Son tantas dudas que me inquieto.

Teresa y sus amigas están contentas. Lo sé porque oigo sus carcajadas. Son las únicas risas que rompen el silencio del lugar. Las veo, y todas se fijan en mi cara.

Entonces me percató de lo que estoy haciendo: preocuparme. Me digo que debo calmarme, no pensar en nada y disfrutar. Estoy haciendo exactamente lo que le dije a Teresa que no iba a hacer por el resto de la noche. Así que debo dejar de hacer eso y pasarla bien, como le dije.

Él bebe su último sorbo y coloca el vaso vacío en nuestra mesa.

"¿Pedimos otra ronda?", me pregunta.

"Sí, pero luego me gustaría ir a otro bar".

"Excelente idea".

Tomo lo que queda de mi bebida. Pedimos otra y la bebemos. Luego me levanto y alzo mi cara. Él secunda mis movimientos y busca mi mano, tomándola y dejándola entre la suya. Giro para ver a mi hermana. Ella sonríe y asiente ligeramente. Yo le respondo con otra sonrisa. Él y yo vamos lentamente hacia la salida.

Subimos a la camioneta de Alejandro de nuevo. "Parece que nuestro recorrido es largo".

"Quizás en nuestro próximo encuentro debamos quedarnos en mi apartamento".

No, no habrá próxima vez, me digo mentalmente. Pienso en Teresa, y sé que estaría satisfecha de que yo destierre esos pensamientos de mi cerebro.

"El sujeto que viste en el primer restaurante, ¿quién era?".

"Es Jaime, el propietario de El cielo de la piel. Oh, y un idiota".

"Entonces forma parte de la competencia".

"Sí. Me alejé para que no hubiera problemas. Es un competidor que no tiene principios".

Maneja sin decir nada. ¿Podría Alejandro tener problemas en público con otro sujeto?, me pregunto. Me resulta raro pensar en ello. Sería horrible para mi padre saber que una persona cercana a él arme un lío en un restaurante.

"Hay un lugar cerca de aquí. Tienen mesas de billar. Me gusta. ¿Lo has jugado alguna vez?".

Pienso decirle que hay una mesa en casa de mis padres, pero decido no hacerlo. Sonrío tímidamente. Jugué mucho billar con Teresa cuando era niña. Y aún lo jugamos algunos sábados en casa de mis padres.

"No lo he jugado, pero se oye interesante".

CAPITULO 15: Alejandro

Estoy feliz de haber salido del otro bar. Llego y me doy cuenta de que apenas hay algunas personas. Me da igual. Solo puedo estar cerca de un integrante de la familia Valencia, y es Valeria. Ella me comentó que su hermana también estaba allí. Sentí deseos de retirarme rápidamente y regresar a mi apartamento. Recordé a mi padre, molesto y con su cuerpo lleno de alcohol, gritando que todos debían morir. No obstante, cuando puse la mano de Valeria sobre la mía y ella la dejó, me sentí feliz y decidí seguir con ella el resto de la noche.

Nos sentamos y pido una gaseosa. También ordeno una gaseosa ligera para ella.

"¿Y el alcohol?", me pregunta.

Guiño mi ojo. "Ya fue suficiente. Debemos mantenernos sobrios para lo que pasará después", respondo.

Tomo las latas de gaseosas, pongo mi otra mano sobre la cintura de Valeria y avanzamos por el bar para llegar a la zona de las mesas de billar.

¿Es solo una corazonada o de verdad está calmada? De todos modos, espero que esté disfrutándolo tanto como yo estoy haciéndolo.

Cuando digo que quizás nos veamos de nuevo, noto que se altera un poco. Espero que, si se siente algo incómoda, supere esa sensación cuando hagamos el amor. Y también espero dejar atrás mis pensamientos sobre la familia Valencia una vez que tome sus cabellos y la haga venirse con mi pene.

¿Por qué quiero volver a estar con ella? No lo sé. Por una parte, solo quiero hacerle el amor y olvidarme de ella. Pero la otra parte de mí está tan feliz con su compañía como cuando era un niño y estudiaba con ella. En ese momento estaba convencido de que tenía que poseerla. Me sentía del mismo modo que me siento ahora. Solo debo sacar de mí ese pensamiento que me dice que debo estar lejos de un miembro de la familia Valencia.

Puedo recrear a Valeria inclinando su cuerpo, con su falda levantándose lentamente mientras yo la empujo por sus caderas cuando veo las puertas que dan a una sala. En ella se encuentran las mesas de billar.

Sin embargo, recuerdo que debo seguir el plan que ideé.

Ordeno las bolas y tomo unos palos. Ella oye todas las indicaciones que le doy sobre el desarrollo del juego. Una vez que le he dicho todo y arreglado la mesa, la veo fijamente.

Sin duda, es una mujer muy atractiva. Hemos pasado toda la noche juntos, pero aún me estremece cuando me ve a los ojos.

Abre ligeramente su boca. Tomo aire y doy un paso atrás. Recuerdo la suavidad de sus labios en el momento en que llevé mi boca sobre la suya.

"Es hora de empezar", le digo, entregando el taco para que juegue con él.

Lo toma y lo ve. Se toma un tiempo para estudiarlo minuciosamente. Me ubico en su espalda y

entrelazo nuestras manos. Llevo su mano derecha a la parte baja del palo y su pulgar izquierdo a la parte superior.

"Ponlo en tu pulgar, impúlsalo y retrocédelo con tu otra mano".

Apoyo mi cuerpo contra sus caderas, la llevo a la mesa de billar y empujo hacia adelante. Reitero el movimiento. Mi intención es que sienta mi cuerpo.

Me mantengo sobre ella y continúo moviendo el palo en varias ocasiones.

"Ya comprendí lo que tengo que hacer", me indica.

"Hago esto para cerciorarme de que lo entiendes".

Ríe ligeramente y cierra mis ojos. Me fijo en su larga nuca. Es encantadora. No puedo decir nada. Mi pene se levanta. Decido retroceder para no tener una gran erección. El deseo de chupar esa garganta me inquieta.

"Voy a quedarme aquí".

Lanzo la bola blanca en la mesa. Cae en una esquina. El resto de las bolas están en el medio. Golpeo la blanca y las bolas se mueven alrededor.

"Ahora vienes tú. Dale a la bola a la que creas que puedes darle el mejor golpe".

"Deberás ayudarme para eso".

Espero que mi pene no se levante por completo. Me ubico de nuevo detrás de ella y tomo su mano otra vez. Le indico una vez más cómo empujar el palo de billar.

"¿Ya sabes cómo hacerlo?", le pregunto.

"Creo que debes ayudarme más".

No puedo estar tan cerca de ella sin poder hacer nada. De hecho, ningún hombre, por fuerte que fuese, podría aguantar un deseo tan fuerte. Mierda.

"Ya puedes tirar. Da igual si no aciertas".

"De acuerdo. ¿A cuál debo intentar darle?".

"A cualquiera, excepto a la bola negra. Creo que la amarilla, como es la más cercana, es la elección indicada".

Siento la intensidad de su mirada. Gira y me sonrío discretamente. ¿Qué carajo sucede?

Veo que está tomándose su tiempo para apuntar. Se ve segura de sí misma. Se apoya en la mesa. Se inclina un poco para golpear la bola blanca. Esta golpea la amarilla, la que le indiqué. Se desplaza por el centro de la mesa y en un segundo entra en uno de los hoyos.

"¿De verdad no has jugado billar? No parece". Está claro que ya ha jugado billar.

"Supongo que tengo un buen profesor. Y ahora, ¿golpeo de nuevo?".

"Sí. Continúa".

"Me gustaría que me explicaras otra vez cómo golpear la bola".

"Te ayudaré, aunque no creo que te haga falta".

Avanza hacia mi cuerpo y coloca sus dedos en mi pecho. "Necesito muchísimo que me ayudes. No olvides que por eso estamos aquí". Su mirada se sostiene en la mía.

"Siempre lo he tenido en mente".

Gira y da unos pasos. Me ubico otra vez cerca de su espalda. Cuidadosamente mantengo un espacio entre nosotros, evitando que se percate de mi erección. Ella mantiene el palo entre sus manos.

"Hazlo de este modo, fuerte y sencillo".

Reclina su cara y sus cabellos acarician mi mentón. "Fuerte y sencillo", dice, repitiendo mis palabras.

Me doy cuenta de que esta cita no acabará como lo planifiqué. Por ello decido alejarme. Busco mi lata de gaseosa y la sorbo. Cuánto lamento no haber ordenado algo de licor.

Ella apunta y respira calmadamente. Sus ojos están fijos en la mesa. La bola blanca golpea una azul, que cae en uno de los hoyos. Luego golpea una verde y está también cae.

"¿Esto es en serio?", le pregunto antes de reír.

"Sin duda, sabes cómo enseñar, como te mencioné antes".

"Esto parece un castigo, pero no entiendo por qué", le digo. Aunque es una broma, le digo las palabras con seriedad, como si realmente estuviera afectado.

Frunce su ceño. Sigue de pie, con la cabeza firme. La expresión en su cara es inescrutable. Aunque espero una sonrisa o una broma, sigue enfocada en el juego y las palabras que le dije.

"Era una broma, Valeria. Estoy feliz de que tengas experiencia en el billar. Así, el juego es más emocionante".

"Me acabo de dar cuenta de algo. Lo recordé hace un momento. Esas palabras que dijiste. Son exactamente las mismas que usaste antes. Ya las recuerdo", dice. Retrocede y apoya su trasero en la mesa de billar.

No entiendo nada. "¿En serio?", le pregunto.

"Sí, justo antes de que te marcharas, cuando estábamos en la escuela. Me aseguraste que te mudabas por mí. Que por mi culpa te ibas. Ahora recuerdo todo".

"Te juro que no recuerdo nada".

Miento. Claro que recuerdo todo. La responsabilicé por mi mudanza yo todo lo demás. Era el miembro de la familia Valencia que tenía más cerca de mí. Era sencillo culparla.

"¿Por qué me dijiste que yo era culpable?".

"Te juro que no tengo ni la más remota idea. ¿Por qué es importante lo que haya dicho un chico de doce, trece años? Quizás dije cosas como esa porque me tropezaste sin intención de hacerlo".

"Al parecer te molestaba mucho que alguien te tropezara sin querer", dice. Frunce su ceño aún más.

Encojo mis hombros. "Tal vez sentí que mi cuerpo me dolió mucho por ese golpecito".

"En cualquier caso, me gustaría saber cuál fue el motivo de tu mudanza".

Valeria está empezando a hacerme preguntas que preferiría evitar.

"Mi padre se divorció de mi madre", lo cual es cierto, pero no estoy contando toda la historia.

"¿Es la razón de tu mudanza?"

"Nos fuimos de aquí con rumbo a Colinas del Viento. Allí vivían los familiares de mi mamá. ¿Harás otra pregunta o ya puedo despedarte en el billar?"

"Eso jamás pasará", me dice. Empieza a reír. Me siento aliviado.

Golpea una de las bolas. Es un disparo complicado para cualquier jugador, por la ubicación de la bola. Como golpea tres que no corresponden, pierde su turno.

Aplico tiza en mi palo. "Me toca", le digo.

Golpeo algunas bolas, haciendo que se introduzcan en las troneras. Después de tres aciertos, fallo. Mi juego es similar al de ella en cuanto a los aciertos y errores. Es insólito, pues pasé buena parte de mi juventud entre bolas de billar y discotecas.

Valeria me derrota al meter las bolas que faltan. Decidimos jugar otra vez. La venzo y jugamos de nuevo. Gano una vez más, pero ella triunfa en el siguiente. En ningún momento paramos de reír y charlar distendidamente. No se parece en nada a la chica que fui a buscar temprano. Es una persona mucho más tranquila.

"Ambos tenemos dos victorias. ¿Jugamos uno más de muerte súbita?", me pregunta.

"De acuerdo", respondo. Quiero ver su reacción.

Reclina su cara y empieza a reír. "Mejor no. Cuando ya me sienta más preparada, lo haremos. No llegarás a meter ni una bola". Sostiene su taco.

Es una frase mágica: "Lo haremos". Ya sé que me pertenece, aun cuando no hemos hecho el amor.

Apoyo mi palo en la pared. Me dejo llevar por lo que siento. No lo había hecho en el transcurso de la noche. Avanzo sin pensar para alcanzarla.

La tomo por la cintura y la acerco a mí.

CAPITULO 16: Valeria

Siento la fuerza de su pecho, la fortaleza de sus hombros y sus brazos. Me toma por mi cintura y de inmediato su erección se apoya entre mis muslos. Finalmente está ocurriendo lo que tanto esperé.

Quiero que abandonemos este lugar cuanto antes. Anhele que me desnude y me lance sobre el sofá, la cama o cualquier sitio que le apetezca. Mis células se alteran.

"No te imaginas cuánto he tenido que soportar. Tuve que aguantar mientras veía esas nalgas ricas asomándose ligeramente, tu cuerpo apoyándose en esta mesa de billar, reclamando que lo tomara con mis manos", me dice en voz baja en mi oreja.

De nuevo, las alas de las mariposas vuelven a moverse en mi vientre. Mis sentidos se agitan. Mi estómago está lleno de nervios.

"Quería que te acercaras".

"Parecía que solo querías burlarte por lo que yo sentía", dice. Hay lujuria en el tono de su voz y su aliento.

Separa sus manos de mi cuerpo, pero rápidamente las llevo a mi rostro. Nos vemos fijamente, sin hacer ni decir nada más. Cuatro de sus dedos alcanzan mis mejillas. Hay tanto poder en sus ojos oscuros que siento que está atravesando mi corazón. Olvido dónde estoy y qué he hecho en toda mi vida.

Estoy tan agitada que empiezo a respirar con dificultad y a jadear. Me cautiva con todo lo que está haciendo, pero increíblemente no se detiene allí. Deja caer sus manos sobre mi cuello y las pasa luego a mi cabellera. Está ardiendo.

Sus instintos más primitivos aparecen cuando me besa apasionadamente en la boca. La temperatura de mi cuerpo sube. Retira sus labios para introducir su lengua en mi boca. Mi lengua choca con la suya, en un movimiento rápido y sensual. Siento la humedad entre mis piernas.

Se aleja un poco de mí, me voltea rápidamente y me arrastra cerca de los tacos. Gimo sin poder evitarlo.

"Me encanta cómo se ve la piel de tus hombros con este atuendo", declara. "Y también disfruto ver el rubor en tus mejillas cuando te hablo de este modo", dice. Luego besa mis labios y los muerde ligeramente.

Siento la aspereza de su lengua sobre mi sien. Me apoyo en uno de los hoyos de la mesa. Mi vagina reacciona, empapándose más, ante el paso lento de su boca gruesa por mi cuello.

Lleva sus dedos allí, a mi cuello, bordeándolo y dejándolos caer por mi espalda. Después se detiene en mi cadera. Levanta mi falda lentamente y los pone sobre mi cintura. Separa mis piernas con su otra mano y toca mi clítoris.

"Estás tan mojada que tu ropa interior se empapó", dice. Escucho cómo gruñe.

Reclino mi cara y la dejo caer en la palma de su mano. Deberíamos volver a mi apartamento.

Toma mis nalgas y sujeta mi ropa interior. Siento el paso de sus dedos por mis piernas. Todos mis músculos se entumescen ante su osadía. Sube mi pie derecho rápidamente para subir mis bragas. ¿De verdad está pasando? Creo que no deberíamos hacer esto aquí.

"Alejandro, ¿qué rayos haces?", le pregunto con dificultad.

"Te relajo".

"No olvides dónde estamos. No deberías hacer esto".

Impulsa mi espalda para que mis senos lleguen a la mesa. "Tranquila. Nadie va a descubrirnos", asegura.

Velozmente lleva su mano por mis labios vaginales hasta llegar al mismo sitio en el que me tocó mientras estuve en su tienda. Flexiono mis piernas para apoyar mi cuerpo en la mesa y él me ayuda a equilibrarme con su mano. Voy a sugerirle otra cosa, pero no me permite hacerlo con sus movimientos.

Decido cerrar mis ojos. Toda mi piel se llena de cosquillas. Sigue tocando mi clítoris, en la zona más baja, tal como hizo en la tienda. Pero la sensación es aún más placentera. Tal vez eso está sucediendo porque somos conscientes de lo que sucederá después. Y, además, me siento más relajada. No me importa que esté boca abajo en la mesa de billar de un bar, en medio de la ciudad. Ya mi mente está perdida.

Y mi cuerpo está reclamando las próximas acciones. Quiero calmar mis pensamientos, la inquietud que siento por permitirle que me toque de este modo en este lugar.

Siento las gotas en mi vagina. También siento cuando inundan mis muslos. Es la reacción que me produce cada vez que me toca. No puedo evitarlo.

Sigue moviendo su mano. Luego se inclina y besa mis nalgas suavemente. Me muerde con fuerza. Mis pensamientos me dicen que le impida actuar de ese modo para que no marque mi piel. Sin embargo, la sensación es tan poderosa que no logro controlarme. El deseo me abruma.

Comienza a bajar su boca y siento sus labios tomando mis piernas. Me doy cuenta de que sus exhalaciones son más fuertes y frecuentes. El aliento que sale de su boca hace que mi cuerpo se llene de escalofríos. Nota lo empapada que estoy, y escucho cómo reacciona, gruñendo con suma fuerza.

Lleva su boca a mi pierna izquierda y empieza a lamer mi muslo. En cualquier momento voy a desmayarme ante el placer que siento. Deja sus labios por un rato, y la tersura de mi piel contrasta con la fuerza de su boca. Pasa su lengua por mis piernas para llenarse con mis líquidos. Después sube nuevamente, toma mi clítoris con su boca y lo succiona suavemente.

Creo que no podré aguantar mucho tiempo.

Fantaseo con la idea de que me ponga de espaldas mientras me penetra. Mis pensamientos hacen que mi respiración se corte. Cuando besa mis labios vaginales y luego inserta su lengua en mi clítoris, el éxtasis me devuelve a la realidad.

¡Carajo! No quiero que pare.

Separo mis muslos y subo mi trasero para recibirlo y que pueda llegar con más comodidad al fondo de mi ser.

Golpea suavemente mi clítoris con su otra mano. Luego lo aprieta poderosamente y mantiene sus dedos allí. Entiendo que dejará su marca en mis nalgas, al igual que el rastro de sus labios en mi vagina. Pero me da igual. También me da igual que estemos en un lugar público. Es mi primera vez en un sitio como este. La primera vez que me excito de este modo con alguien que no es mi novio. Pero solo puedo pensar en el placer que Alejandro está causándome.

Mantiene su mano en mi interior y lame mis labios vaginales. Introduce su lengua en mi vagina por segunda vez. La retira y unos segundos después. Dibuja trazos imaginarios con su lengua, cada vez más grandes y poderosos. Intento mantener la calma, pero no puedo, porque un momento después chupa mi trasero.

Mi respiración se entrecorta. Abro mis ojos de par en par, al igual que mi boca. No puedo moverme porque su mano en mis nalgas me impide hacerlo. Escucho sus gruñidos salvajes mientras lame mis nalgas por segunda ocasión. Ahora sus azotes son más intensos. Estoy hecha añicos con tanto placer.

Su otra mano se afina en mi clítoris. El movimiento es fuerte. La excitación que sentí con su lengua se calma. Sin embargo, mantiene su boca en mi culo. Me asombra saber que esa zona de mi cuerpo es tan sensible a sus acciones.

Quita su mano de mi nalga para introducir un dedo en mi entrada. Su toque es leve. Luego agrega otro dedo. Deja ambos a los lados de mi entrada. Con su mano libre camina por mi clítoris mientras su lengua chupa mi ano.

Todo mi cuerpo está desbordado.

Alejandro me ocasiona un placer que nunca había sentido. Lo hace de una manera que jamás olvidaré.

Mis músculos se contraen y luego parece que se despegaran de mi piel.

Luego... ocurre.

Es la primera ocasión en mi vida.

Siento que el orgasmo levanta todas las células de mi piel. Es como si el placer lanzara un misil sobre el centro de mi vagina y luego la reacción se dispersará por todo mi cuerpo.

Siento los latidos orgásmicos en cada parte de mi cuerpo. Las paredes de mi vagina comprimen sus dedos. El clímax me atraviesa por completo, tal como sucede con las chicas de la revista que leí.

Grito con todas mis fuerzas. No lo hago para provocar. Simplemente no puedo evitarlo.

"¿Qué carajo pasa aquí?", escucho. Es una voz masculina, pero no es la de Alejandro.

Abro ampliamente mis ojos. Se trata de un camarero. Está en la entrada de la sala de juegos. Y su cara está llena de ira.

"¡Salgan de aquí! ¡Ahora!".

No puedo caminar ni pensar. El intenso placer que aún recorre mi piel me lo impide.

Alejandro retrocede. Se incorpora y me ayuda a acomodarme. Ya sus dedos no están dentro de mí.

"Oye, relájate. Es nuestra primera cita y queríamos disfrutarla".

"Me importa un carajo. Sal del bar ahora, o los denunciaré a la Policía".

Intento moverme, pero mis pies no responden. Con la ayuda de Alejandro doy algunos pasos.

"No hará falta. Creo que lo que sí necesitas a alguien que asee el desorden que dejamos en el piso", le indica Alejandro. Pasamos a su lado y salimos del lugar.

Llegamos al estacionamiento y tomo aire. Abre las puertas de su camioneta y me ayuda a subir al asiento, a su lado.

"Quiero penetrarte. Es la primera vez que mi pene exige penetrar lo más rápido posible a una chica. Tiene que ser en este momento, carajo".

"Podemos ir a mi apartamento, si quieres".

"No puedo hacer eso, carajo. Está lejos de aquí. No aguantaré".

Cierra mi puerta. Luego se sienta del lado del chofer. Pasa la llave y enciende la camioneta. Salimos del estacionamiento en unos segundos.

"¿Adónde me llevas?".

"No te lo diré. Pronto te darás cuenta". Golpea ligeramente el volante con sus palmas y cierra los ojos. "No te imaginas lo molesto que estoy".

Supongo que no soy la razón de su enojo. "No entiendo. No deberías estar molesto", le digo.

"Azoté tu trasero. Al hacerlo, interrumpí tu orgasmo".

"No importa. Y honestamente, es increíble que hayas hecho todo lo que prometiste", y que además haya sido en un bar, pienso.

Sonríe ampliamente y gira momentáneamente para ver. "Lo increíble es que no hayas creído que lo haría".

Estoy emocionada. Satisfecha. Feliz. Siento las cosquillas en mi cuerpo todavía. Todavía hay descargas eléctricas sobre mi pecho.

"Y ahora te prometo", continúa, "que te llenaré de placer, sin interrupciones de ningún tipo".

"¿Lo harás en este momento?".

"En este momento".

Creo que no podrá hacerlo esta noche. Tal vez sucederá en unos días, pero no esta noche. "¿Y cómo lo harás?", le pregunto.

"Será muy sencillo. Para eso está mi pene grande y grueso. Créeme, cariño. Lo que viviste fue solo un preámbulo".

CAPITULO 17: Alejandro

Mis sentidos empiezan a calmarse. Me molesté cuando el camarero interrumpió nuestro momento de placer. Qué hombre tan imbécil. Pero ya eso terminó. Es hora de retomar todo lo que planifiqué. Seguiré con Valeria por el resto de la noche, disfrutando cada segundo a su lado.

Tomo la autopista con la intención de llevar a Valeria al Parque de las Rosas. Es el lugar al que he querido llevarla desde el principio.

Busco una pequeña cobija en medio de nuestros asientos. Al bajar la mirada, la encuentro. Me alegra saber que sigue allí. Cubro las piernas de Valeria. Quiero que esté comfortable en el parque al que iremos.

"¿Cómo te sientes?", le pregunto en voz baja.

Sé cuál será su respuesta. Ya la anticipó con sus gritos en el salón de juegos.

"Acabo de recordar que olvidé mi ropa interior en la mesa de billar", me informa antes de reír.

"No te preocupes. No te harán falta a partir de ahora, pero creo que estás olvidando tu ropa interior con mucha frecuencia".

Ríe con más fuerza.

Estaciono la camioneta y la apago. Tomo la mano de Valeria para llevarla a un lugar solitario y remoto, para que estemos solo nosotros.

Está sorprendida. "¿Ya llegamos?", me pregunta.

"Sí. ¿Sabes? Antes quería comentarte que tenía muchas ganas de que me acompañaras a este parque a contemplar el cielo en lugar de concentrarte en la humedad del techo de mi apartamento. Supongo que ya no tiene importancia". No la tiene, porque ahora entiendo que mis caricias hicieron que olvidara todo lo que había pasado previamente.

Toma aire y levanta su cara. "Todo lo que hiciste es increíble, Alejandro", dice, y sonrío discretamente.

¿Estará hablando de su clímax, lamer su ano o de hacerlo en un bar? No lo sé. Estoy seguro de que ningún hombre se había atrevido a tocar esa parte de su cuerpo. Y también estoy seguro de que le encantó. Lo sé por la reacción de su cuerpo.

Ahora anhelo más y más. Apago el auto, giro para tomar mis condones y la cobija. Veo el panorama. Me refresco con el silencio del parque y la brisa fresca. Me acerco a ella rápidamente. Solo se oye el sonido lejano de algunas aves.

"¿De verdad crees que este es un buen lugar?", me pregunta. Abro su puerta al escucharla.

Pongo la cobija bajo mis zapatos. La tomo con ambos brazos y la ayudo a bajar. Cuando la sujeto, siento cómo la tensión se acumula en mi cuerpo.

Está claro que no está convencida de hacer el amor en este parque. Abre sus ojos de par en par y me ve con inquietud. Entonces la beso fogosamente. Mi intención es persuadirla rápidamente.

Sucumbe ante el poder de mi boca. Llevo mis dedos a su delicada cintura. Cuando recuerdo que no tiene ropa interior, me lleno de calor. Subo su falda para palpar el exquisito trasero bajo ella. Oigo sus gemidos.

Empiezo a desabrochar la blusa que cubre su pecho. Alejo mi boca lentamente. Me reclino un poco, con la idea de separarme para que su blusa caiga bajo nuestros cuerpos. Descubro rápidamente que su sostén está desprovisto de tiras. La tentación que siento es grande y me dejo llevar por ella: dejo que mis dedos pasen por esa tela delicada. Podría contemplar el espectáculo por un rato, pero estoy muy excitado.

Desabrocho el resto de los botones, retiro su sujetador y los veo caer bajo mis rodillas. Tengo que ver sus senos. Por esa razón, me retiro totalmente de su cara.

La penumbra de la noche solo me regala la luz de la luna y algunas estrellas, pero eso no me impide darme cuenta de que sus tetas son estupendas. Sus pezones ya se levantan. Llevo mis manos a ellos. Son algo grandes, pero caben en mis manos. Es el tamaño ideal para mí.

Levanto mi cara para ver su rostro. Ella pasa sus ojos por mi nariz, mi pecho, mi pene. Luego de unos segundos suspira y su mirada se sostiene con la mía.

La beso suavemente mientras levanto tiernamente una de sus tetas. Una fuerte descarga eléctrica agita mi pecho. Valeria responde sujetándose a mis antebrazos.

Debo moverme rápidamente, por lo que empiezo a quitarme la camiseta. A pesar de la oscuridad, Valeria ve mi pecho y abre su boca ampliamente. Niega con su cara y creo que su mandíbula va a caer.

"¿Te sientes bien?"

"Sí. Es solo que tu cuerpo es perfecto. Pareces un dios. Quiero... tocarte", dice, y estira sus brazos. Sus manos llegan a mi vientre.

Sonrío con su movimiento. "No olvides que no soy tu paciente en este momento. Estamos en tu clínica. Espero que no me pidas que haga algún ejercicio".

Ríe cálidamente con mis palabras. No puedo ver muy bien sus mejillas, pero sé que ya está ruborizada. Entonces tomo su mejilla con la palma de mi mano derecha. Levanta sus ojos y se encuentra con los míos.

Se da ánimo con una sonrisa más ligera. Sube su mano un poco y alcanza mi pecho. Noto que está nerviosa. Está temblando un poco. Permanezco inmóvil. Pasa por el resto de mi pecho con sus manos y alcanza mis brazos.

La erección que tengo sube los decibeles ante sus movimientos intrépidos. Debo despojarme de mi pantalón, sacar mi pene y adueñarme de Valeria, pero tengo que esperar un poco. Aferra sus manos a mi pecho y lo aprieta con fuerza. Cuánto deseo que siga tocándome.

Me acaricia con cautela. Cuando se acerca a mis pezones, su cuerpo se paraliza.

Está jadeando y le cuesta hablar. "¿Me permites... tocarlos?", me pregunta.

"Claro que sí. Tócame donde desees".

Pero no me toca. Lo que hace me sorprende. Hunde su nariz en mi pecho y su lengua juega con una

de mis perforaciones. Lo lame suavemente y luego pasa a mi otra perforación.

"Mierda", digo en voz alta.

Mi cuerpo se agita. Mi pene se levanta más, por lo que trabajo en mis pantalones para desabrocharlos y quitármelos rápidamente. Entonces arqueo mi espalda.

Valeria lleva algunos dedos de su mano izquierda a mi vientre otra vez y se acerca a mi cinturón. Al llegar allí, mi glande se estremece. La erección es tan intensa que me obligo a retroceder.

Iba a hacerle muchas cosas para que ella tuviera un orgasmo, pero ahora está tocándome y causándome un profundo frenesí. Es claro que mi plan está quedando a un lado.

Recorre mi pecho con su lengua, bajando desde mi pezón hasta mi ombligo y deteniéndose luego en mi cinturón. Bajo la mirada y veo que se arrodilla. Sus ojos están cerrados.

Toma mis pantalones para que caigan por completo. Luego sujeta mi ropa interior y la saca con fuerza. Mi pene aparece frente a ella. Mis bolas están cerca de su boca. Por fin me siento libre. Baja por completo mi ropa interior, hasta los talones, y sujeta mi erección con fuerza, con sus dos manos.

Toma la base con una mano y lleva la otra a mis pelotas. Empieza a chupar la piel sobre mi glande. Siento la calidez, la suavidad y la humedad de su boca instantáneamente. Abre ampliamente su boca e introduce mi glande en su garganta.

Mi cuerpo está inundado por el placer. Me dejo caer y apoyo la espalda en la puerta de mi camioneta. Está abierta, y escucho el suave golpe que le doy con mi cuerpo. Me estremezco por completo.

Lleva su lengua a mi glande. Lo succiona y creo que voy a estallar en cualquier momento.

Sé que la hice vivir la mejor experiencia que ha tenido en su vida, y ahora creo que está dándome el mismo placer que le di.

Cierro mis ojos para deleitarme con sus ágiles movimientos. Me apoyo por completo en mi camioneta.

Mi pene está cada vez más cerca de su boca. Tomo sus cabellos para alejarla de mí.

"Calma", le pido. "Debo penetrarte".

Aparto mi pantalón y me concentro en la cobija. No queda muy bien bajo su cuerpo, pero no importa.

Ella sube para quitarse su falda. Mierda. Al levantar mi cara, me doy cuenta de que su cuerpo ya no está cubierto por nada. Me hubiera gustado estar en otro lugar que no fuese este parque. Un sitio con una iluminación adecuada. Así podría disfrutar la vista de su cuerpo.

La tomo por la cintura y la acerco con fuerza. Se desata el calor en mis entrañas cuando siento su pecho libre sobre el mío.

La beso con fuerza. Mi beso es tan fogoso que siento que nunca he besado de esta forma. De hecho, nunca había saboreado unos labios tan deliciosos como los suyos. Luego bajo mis dedos por su espalda. Luego los subo para tomar sus cabellos. Los empujo con fuerza y su cabeza se reclina.

Subo su cuerpo y escucho sus gemidos mientras la acomodo sobre la cobija.

Me arrodillo mientras la beso por todos lados. Con mis dedos llego a sus pies y recorro sus piernas. Me aproximo a su vagina. Separa sus piernas, pero decido pasar por alto el gesto. Subo más y más, llegando a sus caderas.

Unos segundos después alcanzo su cara. Para no caer, me apoyo con mis codos. Pongo mi rostro cerca del suyo. Mi pene se acerca a su clítoris.

La tentación es poderosa, así que froto mi erección con su clítoris.

"Alejandro", me dice en voz baja, "no me siento cómoda".

Su voz se oye como un estruendo en mis oídos.

CAPITULO 18: Alejandro

Carajo. Siento una ligera náusea. Me parecía que el momento era estupendo, que se sentía maravillosamente bien. No entiendo qué sucedió.

"Cariño, ¿qué tienes? ¿Por qué no estás cómoda?", le pregunto. Tomo su mejilla y la veo fijamente.

"No lo sé, pero es una sensación extraña".

"¿Extraña como si te sintieras mal?".

"No. En realidad, me siento algo nerviosa".

Volteo y acomodo mi cuerpo al lado del suyo. "Eso no está bien. ¿Olvidaste lo que mencioné sobre la noche? ¿Qué quería que vieras las estrellas? Quiero que subas tus ojos", le pido.

Ella levanta su cara. Sé que nuestras bocas están cerca. Muy cerca.

Suspira y deja su boca abierta. "Estoy feliz ahora. La sensación es muy agradable", asegura.

"Te aseguro que me sucede lo mismo. Me vuelves loco".

"No pares, por favor".

"¿De verdad quieres que siga?".

Deja caer sus dedos en mi vientre. Luego los sube y juega con una de mis perforaciones. Luego asiente mientras levanta ligeramente su cuerpo. La erección vuelve al instante.

Me equilibrio apoyándome sobre mi brazo. Llevo mis dedos a sus caderas. Luego los bajo para alcanzar su vagina. No pierdo tiempo, pues hundo un par entre sus labios vaginales y los inserto en su entrada.

Trazo un círculo con ellos y luego los retiro. Sus gemidos son música para mis oídos. Mis dedos se llenan con sus líquidos calientes. Mi erección empieza a latir, pero no quiero parar. Su cuerpo se retuerce. Me satisface tanto la reacción de Valeria que no puedo detenerme ni un instante.

Flexiona sus piernas y las separa para recibirme. Sus nalgas ricas se separan de la sábana. Puedo penetrarla con más comodidad con mis dedos.

Mi pene está desesperado por entrar en sus profundidades. Pienso en cogerla sin protección y llenarme con el calor de su vagina. Es un pensamiento intenso. No obstante, con Valeria no puedo ceder ante la tentación, por muy fuerte que sea. Lo haría con cualquier otra mujer que se atravesara en mi camino. Me daría igual, pero con ella no puedo.

Me levanto rápidamente para buscar mis preservativos. No recuerdo dónde los puse, pero tras unos segundos consigo el empaque. Saco uno de su envoltura y lo deslizo por mi erección.

Me yergo en medio de sus muslos separados. Luego me acerco a ella y beso sus labios.

"¿Comenzamos?", le pregunto susurrante.

"Hazlo", me dice, con voz tan baja que apenas la oigo.

Beso su boca con más fuerza. El movimiento es caluroso, pero Valeria no me corresponde. El fuego en su cuerpo ya es tremendo.

La temperatura de mi cuerpo sube rápidamente. Avanzo y mi boca se sujeta a sus labios. Mi glándula está cerca de su entrada. La tensión en el ambiente es enorme. Debo apoyarme en mis codos para no caer. Mi piel se eriza.

Oigo los quejidos que salen de su boca. Inserto el resto de mi pene en su vagina. Voy con calma, para que su cuerpo me reciba con facilidad.

Creo que soy el hombre más dichoso del planeta. Estaba convencido de que disfrutaría aún más al penetrar su vagina que al tener mi pene en su boca, pero creo que me quedé corto. La sensación es fenomenal. No es solo placer físico. Es un éxtasis que sacude mi cerebro y lo embriaga totalmente.

Me recuerdo una vez más que debo controlarme.

Comienzo a balancearme lentamente.

Carajo.

Sí, la sensación es espectacular, pero quiero prolongar el placer. Por primera vez, no quiero hacer el amor solo para tener un orgasmo. Espero que la dicha continúe por el máximo tiempo posible.

Ella retuerce su cuerpo bajo el mío, bajo la intensidad de mis vaivenes. Quiero que disfrute al menos la mitad de lo que yo estoy disfrutando.

La penetro una y otra vez, y escucho sus alaridos mientras su cuerpo se entumece. Mis balanceos continúan, al igual que los suyos.

Comprime mi erección con fuerza. Levanta su cuerpo y de su garganta escapa un grito más poderoso que los anteriores. Sé lo que ocurrirá pronto: tendrá un orgasmo.

Al saberlo, mi pene reacciona antes que yo. Se libera rápidamente. Mis músculos se ponen rígidos. Me molesto de inmediato. No esperaba que esto sucediera.

"Qué mierda", grito. Lo digo tan fuerte que parece que es otra persona la que habla.

Tomo aire y bajo mi cara. Al ver sus ojos me percato de que llora con fuerza.

"Cariño, ¿qué pasa?"

Se niega a responder. Su llanto, además, se incrementa. Su tristeza destruye mis sentidos. Es la primera vez en mi vida que hago que una mujer rompa en llanto. Me siento derrotado.

Saco mi pene de ella, me quito el condón y lo arrojo a un pote de basura.

Juego con sus rizos, suspiro y me pongo lo más cerca que puedo de ella. "Solo dime qué sucede".

Sigue en silencio. Unos segundos después usa su mano para secar sus lágrimas.

"¿Te lastimé? ¿Sucedió algo?"

Seco el resto de su llanto suavemente con mi boca y paseo por sus caderas.

Empieza a temblar. La abrazo con fuerza, aguardando sus palabras, y se calma un poco. La toco tiernamente mientras espero que me revele qué ocurre. Sé que se percata de los latidos acelerados de mi corazón y mi inquietud.

"Discúlpame, por favor", me pide unos segundos después. "Seguro crees que estoy actuando como una idiota". Su voz está quebrada.

"Cariño, por supuesto que no. Dime qué te ocurre. Lo único que creo es que algo te sucede y eso me preocupa".

"No tienes que preocuparte. Lo único que me ocurre es que me parece que es un sueño. Estoy tan feliz, que nunca imaginé que me sentiría de este modo. Me cuesta asimilarlo".

Dentro de mí, siento un inmenso alivio. Beso cálidamente su mejilla derecha. No me había detenido a pensar de qué manera diría lo que siente o qué sentiría. Seguramente es complicado para una chica experimentar tu primer clímax a su edad. Te das cuenta de que te perdiste mucho placer por casi tres décadas.

Acomodo mi cuerpo para que su cara caiga en mi pecho. La sostengo entre mis hombros. Sé que una neblina de dolor se cierne sobre su alma, porque continúa llorando.

Me alejo un poco unos segundos después. Seca su llanto con sus manos y se sienta.

"Tal vez soy la única mujer en el mundo que llora después de tener sexo casual. Qué estúpida soy".

Tengo ganas de vomitar. Para ella, lo que acabamos de tener sexo casual. Para mí, es la mejor experiencia sexual de mi vida. Nuestros cuerpos siguen desnudos y no paro de pensar en ello mientras la veo. Siento que su frase es una bofetada.

"Cariño, créeme cuando te digo que eso no se parece en nada a lo que acabamos de tener".

"Es como si nada hubiera pasado, ¿no crees? Tuvimos sexo una vez".

"No lo creo. Para ti, es como si nada hubiera pasado antes de que estuvieras conmigo. Es como si tus novios no te hubieran hecho sentir nada".

Ella me escucha atentamente y se queda en silencio. Toco su mejilla derecha con mi izquierda y sonrío. Tomo uno de los rizos en su espalda para atraerla hacia mi rostro. Intento cruzar su mirada con la mía.

"Que alcanzaras tu primer clímax me resultó sencillo. Lo mismo digo del bar, cariño".

"Lo sé. Me encantó estar contigo en el bar, aunque admito que aquí me sentí mejor".

"Te aseguré que también fue especial para mí. Y si soy sincero, eres la primera chica con la que estoy que me hace sentir de ese modo".

Dos lágrimas más salen de sus ojos. Ella las seca con sus manos.

No decimos nada. Vuelvo a abrazarla con fuerza. ¿Cuánto tiempo pasará? No lo sé. Quisiera permanecer de este modo el resto de la noche y que se sienta segura.

Unos minutos después abre la boca. Sé que dirá algo. "Creo que ha llegado el momento de regresar a mi apartamento".

Desearía levantarme, romper algunos bancos y lanzar algunas cosas, pero no puedo. "Seguro, cariño. Haremos lo que te haga sentir mejor".

Levanta su falda y su blusa. Se las pone y omite su sujetador. Supongo que está apurada.

Ella sube del lado del copiloto y luego se pone sus sandalias. Tomo la cobija. Sin doblarla, la lanzo a la parte trasera de mi camioneta.

"Agradezco todo lo que has hecho por mí hoy", me dice.

"Espero que se repita".

"Bueno, tengo mis dudas al respecto".

"¿Me dirás por qué?".

"Puse no lo sé. Creo que aún me cuesta adaptarme a la idea de tener relaciones casuales".

"Casuales". De nuevo dice ese adjetivo que me irrita.

Me lleno de furia. Empiezo a vestirme. Omito mi camisera. Me pongo mi ropa interior y mis pantalones. Luego cubro mis pies con mis medias y mis botas.

Subo al lado del chofer. "Parece que no te pondrás tu camiseta".

"Exacto", le respondo mientras enciendo mi camioneta.

La tensión es grande. Los diez minutos siguientes transcurren sin que ninguno diga algo. Pero analizo su reacción, y entiendo que la experiencia va a repetirse. Sé que cederá ante el deseo. Además, estará contenta de estar conmigo. Espero que se percate pronto.

Giro para llegar a la calle de su apartamento. "Si quieres tener otra noche agradable como esta, solo escíbeme o llámame".

"Alejandro, debo pensar algunas cosas primero. No estoy segura de que te busque".

"¿Qué es lo que vas a pensar?".

"Si quiero acostarme contigo una vez más. Tal vez me dejé llevar por la idea de que solo lo haríamos en una ocasión, y que no me ayudarías, como el resto de los tipos con los que tuve sexo".

"Espero que ya te hayas dado cuenta de que no soy como 'el resto de los tipos'", le digo, interrumpiéndola.

"Exacto. Ese es justo el inconveniente aquí".

Estamos llegando a la entrada de su apartamento. "¿'Inconveniente'?", le pregunto.

"Sí. Es inconveniente presentarte a mis padres. No eres la clase de hombre que llevaría a su casa".

"Soy la clase de hombre que hará que tu cuerpo enloquezca".

"Lo sé, pero no sé si pueda continuar con esto. No olvides que nunca había tenido sexo casual".

"Cariño, lo que tenemos no es simple sexo casual. Ambos lo sabemos por lo que sentimos. No tienes que rechazar lo que sientes", le aseguro, aunque mis pensamientos se agitan cuando ella habla de sus padres.

Sale con tanta rapidez que, aunque levanto mi mano para despedirme, no puedo hacerlo. "Ya debo subir", me indica cuando baja de mi camioneta. Apenas puedo verla entrar a su apartamento.

CAPITULO 19: Valeria

A pesar de que me cuesta caminar, voy de prisa hacia mi apartamento. Aún siento en mi cuerpo el nerviosismo que me ocasionó Alejandro. Me trató de una forma tan maravillosa que todavía estoy impactada. Espero que se mantenga en su camioneta. No soportaría que se despida de mí por esta noche con una sonrisa o un beso más, aunque fuese en mi mejilla.

¿Cómo es posible que me haya puesto a llorar de ese modo? Aún me siento avergonzada por ese impulso.

Inserto la llave, la giro y abro la puerta principal. Enciendo las luces y suspiro.

Paso y la primera imagen que me permite ver la iluminación es la rosa en mi mano. Su obsequio. Al ver que sus pétalos están intactos, empiezo a llorar de nuevo.

¿Por qué lloro de ese modo? Me molesta este llanto, y más aún, me enfado al no entender la causa de esas lágrimas.

Apago todas las luces de la sala de estar y la cocina, camino hacia mi dormitorio, me seco el llanto y me desnudo con los pasos que doy. Caigo en mi cama sin pensar en nada más. Mi maquillaje no me preocupa.

Exhalo y pongo los brazos sobre mi pecho, esperando que la sensación se mantenga en mi cuerpo. Aún el clímax me estremece. Nunca me imaginé que hubiera una experiencia tan agradable.

Estoy impresionada. Hizo todo lo que me había dicho que iba a hacer.

¿Qué sucederá a partir de este momento?

¿Le concedo una segunda ocasión? ¿Sería tan placentera como esta? ¿Acordaría con Alejandro los términos de un acuerdo para que tengamos relaciones sexuales? No sé cómo se llevan a cabo esas cosas.

La pasé muy bien con él durante nuestra comida y el bar, aunque sé que esas citas suelen tenerlas las parejas.

Él, por su parte, considera que lo nuestro supera lo puramente sexual. Para mí, fue exclusivamente una relación que me permitió alcanzar el orgasmo por primera vez. Me sentí feliz de haberlo tenido finalmente. La sensación fue estupenda, espectacular, algo extraordinario.

Subo mi sábana para cubrir mi cuello con ella. Giro mientras cierro los ojos.

Recuerdo que Antonio se ganó el corazón de mamá. Él era la imagen de un estudiante universitario ideal, un joven musculoso, con buenas calificaciones y que además había obtenido una beca para jugar basquetbol. Al terminar la universidad obtuvo un empleo en una importante empresa editorial, con un sueldo bastante alto y un auto.

Con esos antecedentes, sé que no puedo llegar a casa de mis padres con Alejandro. Papá se enfadaría y además comenzaría a narrar todas las historias sobre su adolescencia inmadura, cuando cometió errores al comportarse de forma parecida a Alejandro.

De hecho, muchas veces me reprimí cuando era una estudiante universitaria porque me daba

pánico la reacción de papá. También la de mamá. Me negué a hacer muchas cosas por ello. Mis compañeros de clases solían ir a las ciudades cercanas para tomar algunos tragos. Aunque me invitaban, yo nunca fui. Les decía cualquier mentira y pasaba mis noches a solas.

Sé que mis padres son un ejemplo de amor, comprensión y valores. Le agradezco a la vida por darme unos papás tan hermosos. Todo lo que soy se lo debo a ello. Me he sentido segura de mí misma y he entendido qué rumbo debo seguir en mi vida gracias al cariño que me han brindado siempre. Me considero una buena persona por la educación que me dieron. Los amo.

Uno de mis mayores deseos es casarme con un hombre que sea tan estupendo como papá. Creo que sería buena idea salir en algunas ocasiones con mi hermana para encontrar un estudiante de Medicina.

Pero mi cuerpo no está de acuerdo con mis pensamientos. Mi piel exige tener a Alejandro de nuevo. Me reclama que lo busque.

Giro mi cuerpo y quedo con la cara encima de la cama. Quisiera imaginar otra cosa que no sea el fuego que ocasionó en mi cuerpo, en lo mucho que lo disfruté al estar con él, aun cuando no me había acariciado por primera vez durante la noche.

Sigo pensando en ese mar de emociones y vivencias. Luego de unos minutos, el sueño me vence.

Al levantarme temprano, la imagen y el hechizo de Alejandro continúan en mi mente y mi cuerpo. Todavía siento algo de placer en mis entrañas.

Creo que jamás volveré a sentir tanto éxtasis.

Mi celular empieza a sonar. Es la alarma. Aunque apenas empieza, estoy convencida de que será un día de esos, largo y tedioso. Sé que debo prepararme, pues en poco tiempo tendré que trabajar otra vez. Mañana, viernes, también sería un día infinito y negro para mí.

Estoy llegando a la clínica. "Buenos días, Marisa", le digo para saludar.

"Buenos días, Valeria. Oye, parece que brillaras. ¿A qué se debe esa luz en tu cara?"

Mis mejillas se ruborizan con su pregunta. Me molesta sonrojarme tan pronto ante una pregunta incómoda.

"No estoy segura. Probablemente es por un nuevo gel que estoy aplicándome en la frente".

Frunce su ceño ante mi respuesta. Paso por alto su reacción y continúo caminando. Dejo mi bolso en el mostrador para empezar a preparar mi consultorio.

Dejo la puerta abierta, por lo que mi madre se asoma por ella al verme llegar.

"Hola, hija linda. ¿Cómo te sientes esta mañana?", me pregunta.

Sonríó ligeramente y bajo la cara. No quiero que se dé cuenta de que estoy sonrojándome otra vez.

"Muy bien. ¿Y tú?"

"Bueno, hago la rutina habitual, pero espero pasarla mejor más tarde".

"¿De qué hablas?"

"¡Es el aniversario de nuestra boda, preciosa!"

"¡Oh, por supuesto! ¿Cómo es posible que lo haya olvidado?". No sé cómo, pero no pude recordarlo. Es la fecha más sencilla de recordar, porque se casaron un mes después del cumpleaños de Teresa. No puedo creer que se me haya pasado por alto. Bueno, sí lo creo. Lo olvidé porque estoy pensando únicamente en Alejandro.

"Espero que tu padre sí lo haya recordado", dice antes de reír.

Estoy segura de que papá recordará una fecha como esta. "Eso siempre sucede", contesto.

"El próximo sábado prepararé una comida para celebrar. Ojalá nos acompañes".

"Claro que iré. Estoy totalmente disponible. No tengo novio todavía".

"Solo tienes que relajarte. Estoy segura de que pronto llegará un buen hombre a tu vida. Esa persona te hará más feliz que Antonio. Probablemente conseguirás a un buen doctor".

Pienso en sus palabras mientras sonrío. Mi sonrisa es más pequeña que la anterior. Debí suponerlo. Mamá hablaría de mi exnovio más reciente. ¿Ahora habla de doctores? Antes solo esperaba que encontrara a una buena persona.

"Dentro de poco llegará mi primer paciente", le cuento mientras le indico el expediente médico.

"Lo sé. Nos vemos más tarde", me dice. Cierra mi puerta luego de salir.

No entiendo qué rayos intento hacer. Sé que mi deseo por Alejandro es fuerte, pero también sé que no puedo iniciar un noviazgo con él. Simplemente no puedo. Creo que mamá tiene razón. Entonces me siento mientras tomo aire. Debo concentrarme en buscar a un buen doctor o alguien parecido, que pueda comprometerse conmigo. Un hombre que yo pueda presentar a mis padres. No he terminado de pensar en esa posibilidad cuando la imagen de Alejandro acariciándome y abrazándome para darme aliento mientras yo no paraba de llorar llega a mi mente.

Claramente quería que yo me sintiera mejor. Recuerdo que ninguno de mis exnovios jamás me abrazó de ese modo ni se interesó tanto por mi bienestar.

Adicionalmente, le pedí a Alejandro que me regresara a mi apartamento. No dejo de sentir remordimiento por ello. Tomo mi celular para enviarle un mensaje.

Espero que me disculpes por irme así. No podía pensar con claridad. No debí "despedirme" de ese modo.

Lo envió antes de que el arrepentimiento me convenga de no hacerlo.

Mi primer paciente llega a mi puerta unos segundos después. Es un hombre de cuarenta años que se lastimó el pie derecho mientras jugaba voleibol. Su doctor le indicó que debe iniciar los ejercicios de recuperación.

Se queja constantemente y hace gestos con su cara. El olor de su cuerpo no me gusta. Es obvio que no ha tomado una ducha. Aunque la cita solo dura media hora, siento que nunca va a terminar.

Faltan solo dos minutos para terminar la terapia, pero igualmente sale de mi consultorio. Tomo mi celular.

Pero Alejandro no ha respondido.

¿De verdad esperaba que lo hiciera? Creí que por gentileza me respondería, que me aseguraría

que no había pasado. Ahora me parece descortés.

En cualquier caso, ¿por qué me preocupa lo que haga? Quizás porque no quiero que todo termine de esta forma tan abrupta. Seguramente aún no ha despertado. Además, apenas han pasado unas horas desde que nos vimos.

Suena mi celular. Me agito, pero es solo una notificación por las noticias más recientes. Atiendo a otros pacientes. Se trata de una mujer con problemas en su cadera tras una caída y otro con dolores en la espalda. No me fijo en sus rostros. Tampoco recuerdo cuándo serán sus próximas citas. Pienso solo en una persona. En Alejandro.

Mi último paciente abandona mi consultorio. Al cerrar mi puerta tomo mi celular nuevamente. Pero no hay mensajes ni llamadas tuyas. Entonces decido escribirle otro mensaje.

Me gustaría que salgamos otra vez.

Lo envío, pero luego me doy cuenta de que es un mensaje ambiguo. La situación está abrumando mi mente. ¿Cómo entenderá él mis palabras? Peor aún, ¿cómo las entiendo yo? Velozmente le escribo un mensaje más.

Y que tengamos sexo casual.

Me doy cuenta de que Marisa aún no ha llevado a mi consultorio los expedientes médicos de los pacientes que vendrán a continuación. Es muy cuidadosa con el resto de los doctores y fisioterapeutas, pero en mi caso nunca me trae todas las historias médicas. Esa negligencia me enfada. Jamás hace conmigo lo que debe hacer. Me parece que tiene una intención. Al parecer tiene algo en mi contra, pero no sé qué.

Me dirijo a su escritorio. Debo hablar con ella.

Doy unos pasos más, pero no puedo continuar. Veo a Alejandro. Tiene su celular en su mano y sonríe mientras ve la pantalla. Está relajado y cómodamente sentado. Sus ojos se cruzan con los míos y vuelven a su teléfono.

Mis mejillas se encienden de inmediato. El rubor es intenso.

Marisa se mantiene en su silla. "Llegó tu siguiente paciente", me informa.

Dejo de ver a Alejandro. Me obligo a mirarla. Me entrega finalmente las historias. Su mirada, sin embargo, no se aparta de Alejandro.

"Recuerda entregarme temprano los expedientes", le digo, y abro ampliamente mis ojos.

"No lo hice porque no sabía su paciente volvería. Él estuvo ayer en su consultorio".

"Bueno, de acuerdo".

"Supongo que vino porque quería verme otra vez".

La veo con frialdad. Volteo y miro a Alejandro. Se levanta y camina rumbo a mi consultorio. Suspiro y camino de prisa para alcanzarlo.

"Leí tus mensajes, cariño", dice mientras sonríe. Finalmente, lo alcanzo.

CAPITULO 20: Alejandro

Valeria cierra su puerta sigilosamente y me doy cuenta de que he recogido su cabello con una gran trenza. "¿Por qué viniste?", me pregunta en voz baja.

"Supongo que es tu manera de decir que te alegra verme otra vez".

"No es necesario que tengas otra cita por los momentos. ¿Por qué regresaste si apenas ayer viniste a la consulta?".

"¿Cómo te sientes hoy?", pregunto, pasando por alto su información.

"Dijiste que habías leído mis mensajes de texto".

"Sí. Entendí que quieres que tengamos sexo casual", digo, y me acerco a ella suavemente.

Carajo. ¡Cómo me gusta hacer que se sonroje! El rubor de sus mejillas amenaza con incendiar su cara. Aunque no me gusta que se resista al deseo que siente por mí, me alegra saber que me pertenece y puedo hacerle lo que me plazca.

"Puede ser...", responde suavemente.

La veo fijamente sin decir nada. Halo el final de sus cabellos, empiezo a enlazarlo con mis dedos y jugueteo con él. Le doy la vuelta y mis dedos alcanzan la trenza. Llevo su cara atrás. Ella se mantiene inmóvil, esperando lo que haré después. Sus ojos también me ven.

Sus pezones se levantan, pero intenta bajarlos con sus respiraciones. No lo logra, porque está exhalando bruscamente.

Tomo su cabellera poderosamente. La beso con fuerza en la boca. No se resiste. Mi pene se levanta y la tela de mis pantalones aparentemente se romperá dentro de poco. Escucho sus quejidos de placer.

Alejo mis labios de los suyos para llevar mi boca cerca de su oído. "Voy a enseñarte de qué se trata el sexo casual que deseas tener", le digo con tono áspero.

Paso mi boca por su cuello, dejando que mi aliento suba la temperatura de su cuerpo. Uso mi otra mano para apoyarme en su cadera.

"Estamos en mi consultorio, así que eso no va a pasar".

Mi pene presiona su vagina. "Eso no me detendrá. Por lo que entiendo, estaré aquí media hora", le digo. La beso nuevamente en la boca y tomo su nalga con mi mano.

Abre su boca para que la bese con fuerza. Mi lengua choca con la suya y juega con ella.

Intenta separarse de mí y que retire mi mano de su cabello. Escucho su gemido. Mueve sus manos para que aleje mis labios.

"No podemos hacer nada acá. Mi puerta no cierra por completo. Es peligroso".

"Me importa una mierda. ¿Acaso alguien viene a interrumpirte cuando estás atendiendo a tus pacientes?".

"No", me revela mientras muerde su labio inferior.

Voy con calma a la cama en la que atiende a los pacientes. La invito con mi mano a acompañarme, subiéndola un poco por sus cabellos. Dejo caer mis dedos en su cintura, dentro de su pantalón. Ponemos nuestros cuerpos en el borde.

No tengo que llegar a su entrepierna para darme cuenta de lo empapada que está. Retiro mi mano de sus cabellos para trabajar en sus pantalones. Los deslizo por sus piernas rápidamente.

Volteo su cuerpo y escucho su respiración entrecortada. La ubico sobre la cama, con su cuerpo doblado.

Azoto con fuerza sus nalgas. "Lo que vamos a hacer es peligroso", me dice.

Quizás cree que la trataré del mismo modo en el que la traté en el bar, pero no lo haré, así que llevo mis dedos a sus labios vaginales. Al llegar a la entrada de su vagina, introduzco un par. Aunque ya está excitada, los inserto y luego los retiro.

Aseo mis dedos en mis pantalones. Encuentro en uno de mis bolsillos traseros un preservativo. Como mi pene ya se asoma en medio de mi cremallera, la bajo rápidamente y dejo caer mi pantalón.

Uso mi boca para retirar la envoltura del condón, lo abro y lo deslizo en mi erección.

Es obvio que quiera estar conmigo. "No debería permitirte que me hagas el amor", me dice en voz baja, aunque me parece que se lo dice más a sí misma que a mí. De todas maneras, se queda quieta mientras me preparo para penetrarla.

Introduzco mi pene en su vagina con fuerza y olvido sus palabras. Comprime mi erección con sus labios vaginales. Carajo, qué agradable sensación. Siento que su cuerpo es el lugar perfecto para mi pene. Me produce escalofríos de placer con su reacción.

Recuerdo, no obstante, que estamos en medio de una relación sexual casual.

Me apoyo en sus nalgas para penetrarla intensamente. Voy lo más rápido posible. Soy tan veloz con mis bombeos que la cama se mueve de lado a lado. Aprieto sus tetas. Golpea la pared unos segundos después, debajo de la ventana que da hacia la calle.

Me sostengo con mis dedos en sus caderas. Intento encontrar su clítoris con mi otra mano. Ella cierra sus ojos mientras gime. Se aferra a la cama con sus manos.

Unos segundos después encuentro su clítoris, lo tomo con dos dedos y lo aprieto ligeramente. Sé que le encanta que la toque de ese modo. Oigo un intenso gemido que sale de las entrañas de su alma. Entiendo que pronto tendrá un orgasmo, por lo que intensifico mi penetración. Se retuerce de pies a cabeza.

Levanto mi pecho para contemplar mis empujes. Estoy dentro de ella, penetrándola con todo mi poder. Siento que mis bolas se inflaman por el panorama que veo. Me tomo unos segundos para levantar mi cara. Muerde fuertemente su labio inferior. No hay forma de que tengamos solo sexo casual.

Comienzo a penetrarla otra vez. No paro. Siento los latidos del tronco de mi pene. Lleva su mano a su boca para ahogar el alarido que sale de su garganta. Agita su vagina sobre mi pene.

Puedo hacer que tenga un orgasmo con tanta facilidad...

Mis bolas se agitan y sé lo que pasará. Me libero de inmediato. El látex se llena con mis líquidos. Espero poder disfrutarla pronto sin esa protección.

"¡Mierda!", escucho que dice alguien. Es una voz femenina.

Ambos volteamos rápidamente. Es la secretaria, Marisa. Se asoma en la puerta del consultorio, con sus manos sobre su boca y sus ojos bien abiertos.

Me levanto para caminar hacia la puerta. Mi pene está aún erecto y no lo oculto. Luego pongo una mano sobre el pomo para cerrar la puerta, pero Marisa entra en lugar de irse. Entonces la cierro.

Valeria aún no se ha levantado de la cama y le cuesta respirar. "Debes irte, Marisa", le indica. Su voz suena agotada.

Me interpongo entre ambas. No quiero que Marisa vea la piel descubierta de Valeria.

"¿Qué carajo sucede?", nos pregunta Marisa.

"Ya lo sabes porque nos viste", respondo.

"¿Qué haces en mi consultorio? Retírate, por favor", reitera Valeria.

"Vine porque oí algunos golpes. Me acerqué para cerciorarme de que no te hubiera sucedido algo".

"Te aseguro que Valeria está mejor que nunca en su vida. Creo que como ya lo sabes, deberías obedecerle y retirarte", le pido a Marisa sin dejar de ver sus ojos.

"Valeria, creo que debería quedarme para comprobar que no pasará nada más", dice Marisa.

"No. Realmente quiero que te vayas. Es lo que más quiero en este momento", responde Valeria.

"Sabes que tus papás se enfurecerán", contesta Marisa.

"No. No lo harán si no hablas con ellos", le digo con seriedad.

"Marisa, solo... vete", responde Valeria.

Me muevo para conducir a Marisa hacia la puerta del consultorio. Secunda mis movimientos. Al abrir la puerta, sale y la cierro calmadamente.

Valeria se sienta y toma aire. "Es insólito que nos haya descubierto", indica. Finalmente se levanta y se acomoda su pantalón. Creo que el orgasmo sigue sacudiendo su cuerpo.

Retiro el preservativo y lo pongo en el cubo de basura. "No importa. Va a olvidarlo pronto", le respondo.

"Sé que me presionará de ahora en adelante con este asunto. Solo espero que no les cuente a mis padres. De verdad no sé por qué te permito hacerme el amor. Lo hicimos en un bar, en un parque... y ahora aquí, en la clínica de mis padres. Simplemente no entiendo...", dice, levantando el tono de su voz con cada palabra.

"La razón es que te sientes bien conmigo".

"Eso no basta para mí".

La ayudo a ponerse de pie. La abrazo y le doy un beso en la mejilla. Siento la rigidez de sus músculos, pero se calma rápidamente con mis caricias.

"Pasarán cosas terribles si habla con papá", dice. Levanta la cabeza y ve mis ojos.

"No creo que vayan a echarte de la clínica. No pienses en ello".

"Entiendo, pero eso no significa...".

"¿Qué?", le digo, interrumpiendo su charla. "Parece que quieres mantenerme en secreto".

"Lo que no quisiera que sepan es que me acuesto con un hombre en su clínica. Vengo acá a trabajar", dice con molestia.

"¿Un hombre con el que te acuestas? ¿Eso soy para ti? ¿Eso te gusta más que tener una única cita para tener un orgasmo?".

Baja su cara, analizando mi interrogante y pensando cómo me responderá.

"Honestamente, no veo la diferencia", contesta finalmente mientras toma aire.

Está distante emocionalmente, y parece que no se percató del efecto que produce en mí. Me tensan sus palabras.

"Entiendo. Finalmente estás teniendo orgasmos. ¿Sabes qué? Estoy feliz por ti. Cuando desees tener sexo casual otra vez, envíame otro mensaje". Salgo de prisa de su consultorio. No espero su respuesta. Cierro la puerta con fuerza. Es la furia la que habla por mí.

CAPITULO 21: Valeria

Alejandro se retira y lo veo alejarse. Intento calmar la ansiedad de mi cuerpo, pero no puedo. De hecho, no puedo hacer nada.

Dejo que mi cuerpo caiga sobre mi silla. Veo el reloj y me percató de que estuvo en mi consultorio por menos de veinte minutos. Intentaré usar el tiempo restante para relajarme y enfocarme en el paciente que atenderé a continuación.

No me explico cómo le resulta tan sencillo hacer que alcance el clímax. Ese éxtasis sigue recorriendo mi cuerpo.

¿Cómo podía rechazarlo? Alejandro simplemente llegó e inundó mi consultorio con su poderoso cuerpo. No había manera en el mundo de negarme a sus encantos.

La verdad era que *quería* estar con Alejandro. Que me tomara. Aunque no me acaricie ni sonría, mi cuerpo se tensa y me empapo rápidamente al verlo.

Marisa se acerca de nuevo a la puerta. "Es increíble, Valeria", indica.

No tengo ganas de lidiar con ella ni sus estupideces. Reclino mi cara y cierro mis ojos. Mi mente solo puede pensar en lo que sucedió con él. No entiendo por qué se marchó de esa forma tan abrupta.

"No quiero hablar en este momento", respondo, con molestia.

"Es una lástima. Yo sí quiero hablar".

"¿Olvidaste que no soy tu empleada?"

"No hablo de que seas mi empleada. Me refiero a que ese tipo me pertenecía, carajo. Fui la primera que lo vio. Eres una atrevida".

Analizo su respuesta mientras hago silencio. ¿En serio se ilusionó con la idea de tener algo con Alejandro?

Pienso en el momento maravilloso que tuve mientras estuve en la silla de la tienda de Alejandro y luego la veo. "Te equivocas. No te perteneció nunca, Marisa", respondo.

"Claro que sí. ¿Recuerdas que se acercó a mí en primera instancia? Supe que deseaba estar conmigo cuando Intercambiamos algunas frases sugestivas. Y no olvides que no es la clase de hombre con la que estaría. Eres una chica recatada, muy recatada".

Levanto mi mano para despedirme de ella. "En realidad, Soy la razón de su visita. Vino a la clínica por mí. Me conoció mucho antes que tú".

Sigo pensando en él, en el agradable efecto que causó en mí desde que llegó a la clínica. Mientras tanto, Marisa cierra su boca y aprieta su mandíbula. Su aliento se hace pesado.

"¿Ya le contaste a tus padres?", me pregunta, negándose a irse.

Sigo pensando en los besos de Alejandro. "No lo he hecho", le respondo automáticamente.

"Entonces deberás pagarme...".

"¿Cómo dices?".

"Que debes pagarme para mantener mi boca cerrada".

"¿No actuarás como lo haría una amiga?".

Encoge sus hombros y finalmente abandona mi consultorio.

Cubro mi cara con mis manos y me apoyo mi cabeza en la silla. Al parecer, quiere afincarse sus dientes en mí para aprovecharse de la situación. ¿Por qué no me convencí desde el momento en el que Alejandro habló conmigo de no hacer el amor con él?

Quizás porque me hace sentir bien. Como anoche. Es una realidad que debo aceptar, así como debo reconocer lo que siento por él.

Las horas siguientes son duras para mí. Debo atender a pacientes a los que ya he visto antes, por lo que sé exactamente cuáles son los ejercicios que debo pedirles que hagan. No hace falta que piense mucho en la terapia. Me mantengo en el consultorio para no tener que ver a Marisa. Cuando llega la hora de comer, no tengo apetito.

Solo quiero recordarlo.

No puedo hacer otra cosa que pensar en él.

Al terminar la hora del almuerzo se reanudan las consultas. Escucho que alguien toca mi puerta. "Llegó tu siguiente cita", me informa sin abrir mi puerta. Es Marisa.

"Te lo agradezco. Me gustaría que acerques al resto de mis pacientes al consultorio".

De ese modo no tendré que salir. No me toparé con ella ni mis padres.

"Por supuesto. Será el segundo favor que te hago hoy".

Al parecer, considera que hacer silencio sobre lo que pasó es un favor que me hace.

Siento que las horas vespertinas se hacen pesadas. Eso al menos tiene una ventaja: puedo analizar lo que está pasándome.

Alejandro dice que no puedo fingir que no siento nada por él o que lo nuestro es solo sexo. Reconozco que es cierto. Desearía confesárselo con un mensaje de texto, escribirle o llamarlo cuanto antes, pero sé que no será buena idea.

Se acerca el final de la tarde y tengo la última consulta del día. Son dos hermanos. Son gemelos y tienen treinta y cinco años. Son musculosos y altos, tuvieron esguince cuando chocaron en su último entrenamiento de fútbol. Vienen juntos a la consulta y sé que podrán serme útiles, así que decido aprovechar el momento.

Al finalizar la terapia, busco mis cosas y cierro la puerta de mi consultorio una vez que salimos. Estoy a su lado y empiezo a caminar. Me oculto entre las anchuras de sus anatomías. Me distancio un poco de ellos a medida que nos acercamos a la recepción. Al llegar al vestíbulo acelero mis pasos. Lo logro: me voy de la clínica sin tener que conversar con Marisa, porque no me vio.

Estoy feliz. No me topé con papá ni mamá. Abro mi auto y sonrío.

Inserto la llave y enciendo el vehículo. Empieza a sonar la radio mientras salgo lentamente del estacionamiento. Giro a la derecha y me encuentro con el primer semáforo. La luz es roja, por lo

que paro la marcha. Cuando cambia de color, continúo. El siguiente semáforo está en rojo también, y vuelvo a detener el auto. Se repite en cuatro ocasiones. Siento que estoy muy lejos de mi apartamento. Al parecer, cada semáforo en mi camino está en rojo.

El siguiente semáforo cambia a verde. Decido girar hacia la izquierda para ir al edificio de Alejandro. Decido saltar todas las luces en rojo que se cruzan en mi camino, una verdadera imprudencia.

El espacio en el que estacioné mi auto la primera vez está libre nuevamente. Estoy más agitada que cuando llegué por primera ocasión a hacerme la perforación. Aparco el vehículo en el mismo lugar de mi primera visita.

Sé que los jueves son libres para Alejandro, aunque no tengo ni la más remota idea acerca del lugar en el que está la puerta hacia la planta superior del edificio. Tampoco sé si está allí.

Suspiro mientras salgo del auto. Con nerviosismo abro la puerta de su tienda. La dejo a medio abrir. Deseo preguntarle a alguien dónde está él, pero siento miedo cuando veo que solo hay cuatro o cinco tipos altos, tatuados y con perforaciones en sus narices.

Empiezo a moverme con prisa. Voy a la parte frontal del apartamento. Doy otro paso para llegar al lado derecho del lugar. Aunque la pared asemeja un muro de un fuerte, porque solo tiene ladrillos rojos y una inmensa lámpara, continúo avanzando. Entonces giro hacia el otro extremo. Al notar que estoy al final de la pared, me impulso con fuerza. Hay un río de barro que quiero evitar.

Alzo mi cara y compruebo que su camioneta está cerca, estacionada frente a una moto. También me percaté de que hay una gran puerta negra, en el extremo izquierdo del apartamento, arriba. Hay otra puerta verde al lado de la otra, una ventana y un foco.

No hay indicaciones de ningún tipo. No sé cuál de los dos podría ser su apartamento.

Subo la escalera e instintivamente toco el timbre de la puerta negra. Nadie responde.

Hago lo mismo con la puerta siguiente.

Me siento tan nerviosa que trato de tocar los dos timbres al mismo tiempo.

Unos segundos después se abre la puerta negra. No puedo moverme. Tampoco puedo decir nada.

Es Alejandro quien la abre. Por primera vez puedo observar los tatuajes en sus muslos, algo que la oscuridad me había impedido hacer. Su cuerpo ocupa casi toda la puerta. Veo que apenas lleva una sugestiva ropa interior. Los rayos solares impactan en sus perforaciones y hacen que brillen intensamente.

Llevo mi mano a mis senos. Mi pecho está exaltado.

"¿Quieres otra sesión de sexo sin compromiso?" me pregunta. Su voz es suave.

Niego con mi cara. "Los dos sabemos que no tuvimos sexo casual ni nada que se le parezca. Y ya no voy a luchar contra eso".

Sube su mano y la pone en mi hombro. Luego la baja para recorrer mi antebrazo. Su movimiento hace que mis músculos se tensen. Sonríe con malicia mientras me ve con lujuria.

Continúa pasando por mi brazo, se detiene en la muñeca unos segundos y alcanza finalmente mi mano. Cuando la toma, me hala tiernamente hacia el pasillo que conduce a la sala de estar de su

apartamento. Aunque se mantiene en silencio, mi vientre se agita con el aleteo del millón de mariposas que hay en él. Avanzo detrás de él y trago grueso. El pasillo es pequeño. Hay unos escalones al final.

Me asombra el gran tamaño de la sala. El escaso mobiliario que hay contribuye a que parezca inmenso. Solo hay un sofá reclinable, una cama pequeña semejante a un mueble y una mesa de noche. También hay algunos billetes y varias tarjetas de crédito dispersas. Al lado hay menús de restaurantes que entregan comida en las viviendas. En la pared del centro hay un televisor gigantesco, con algunas consolas de videojuegos y películas recientes.

"Sin duda, es un lugar hermoso e ideal para un hombre soltero", indico.

"Imagino que esperabas otra cosa".

"De hecho, supuse que vivías en un lugar igual a este. Solo me equivoqué al creer que estarías vestido".

"Acabo de salir del baño".

Una sensación de incomodidad y vergüenza me invade. Muerdo mi labio inferior y aprieto mis puños.

Pero Alejandro me abraza cálidamente y saca esa emoción de mi cuerpo.

"Te aseguro que estarás feliz de dejar de luchar contra lo que sientes, cariño", asegura suavemente.

"¿Es lo que crees? O, mejor dicho, ¿es lo que sientes?".

"Es exactamente lo que siento. Esperaba que te dieras cuenta cuanto antes, porque yo ya lo sé: creo que estamos destinados a estar juntos".

Toma mi mano nuevamente para que lleguemos al sofá. Él se sienta y yo me acomodo entre sus piernas. La agitación se esfuma con su abrazo. Me siento comfortable con él.

"Me perteneces, cariño. Lo entiendes ahora, ¿no es así?", me pregunta mientras acaricia mi sien.

Estoy tan feliz que no trato de ocultarlo. Sonrío ampliamente.

"Así es. Tú también me perteneces", digo.

"Tienes toda la razón. Te he pertenecido casi toda mi vida".

"¿En serio? Ahora solo hace falta que me digas cómo dejaste de ser el chiquillo que estudiaba conmigo y tocaba mi hombro y te convertiste en el hombre sexy y guapo que eres ahora", digo en voz baja mientras mis dedos pasan por su escultural pecho.

CAPITULO 22: Alejandro

Ya no me siento tenso. Me apoyo en el sofá y sonrío. Su cuerpo encaja perfectamente en el mío. Estoy muy contento.

Creo que la felicidad que estuve esperando por dos décadas está llegando finalmente a mi vida.

"Bueno, maduré y crecí", le contesto.

Balancea sus nalgas para apoyarse en mí. Tengo una erección, pero decido omitirla. La risa que sale de su garganta ante mis palabras es la música más hermosa que ha sonado alguna vez en mi apartamento.

Sé que puedo hacerle el amor sin parar hasta el amanecer, y mañana también, pero solo pienso en deleitarme con su sonrisa y ver su cara de alegría.

Solo pienso en el instante en el que abrió su boca y aseguró que me pertenece.

Se acerca a mi cuerpo y siento que quiere jugar conmigo. "No estoy conforme con tu respuesta", contesta, antes de reír con fuerza.

"¿Deseas preguntarme otras cosas?".

"Sí. Muchas cosas, en realidad".

Entiendo su curiosidad, pero si le digo todo lo que ha pasado conmigo, será el fin de nuestra felicidad.

La beso en la boca y detengo mis labios en su cuello. "Estoy dispuesto a responder *las* preguntas que me hagas", digo. Su respuesta es un gemido, por lo que me aparto. Sé que, si continúo, le haré el amor en cuestión de segundos.

"No sé el motivo de tu mudanza, así que quiero saber sobre el final de la primaria. Me contaste que tu padre se divorció de tu madre, pero no entiendo por qué tu hermana no paraba de llorar. Ella estudiaba con mi hermana menor y siempre decía que su madre tenía problemas de salud".

Siento que, aunque no quiera, deberé confesarlo todo. Y cuando se entere, esos días dolorosos se quedarán definitivamente en el lugar en el que deberán estar siempre: mi pasado. Entonces la tensión vuelve a mi cuerpo.

"Sí. Luego del divorcio, mamá enfermó. Tenía leucemia. Como nuestro padre trabajaba en una empresa de mudanzas entre un estado y otro, la enfermedad fue dura para todos. La crisis fue terrible para ambos. Casi insoportable. Nos fuimos a Colinas del Viento. Allí estaba la hermana de mamá, con quien pasamos el resto de nuestra infancia".

Valeria me ve con tristeza y algunas lágrimas amenazan con salir de sus ojos. Guarda silencio. Toma mis cabellos y los acaricia. Sigo contándole mi historia.

"Mamá murió tiempo después. Perdimos el contacto con papá. Teníamos claro que pasaba sus noches bebiendo. Aquí, en las ciudades cercanas y el resto del país. Las cervezas fueron su manera de soportar el dolor. La versión de mi tía era que estaba viajando, haciendo mudanzas en destinos cada vez más lejanos, pero yo no le creía. Mi hermana tampoco. Ella se encargó entonces

de nuestra crianza y manutención".

Empieza a llorar con fuerza. Su llanto se desliza por sus mejillas y cae sobre su pecho.

Levanto mi índice para secar su llanto. Acercó su rostro y lo toco con el mío.

"Qué horrible. No me imagino el dolor que sintieron ustedes". ¿De qué forma sobreviviste?".

Trago grueso y la veo fijamente. Está preguntando sobre temas que siempre he evitado.

"Me vi obligado a dibujar. Vendía algunos en la calle. Lo hice durante un buen tiempo. Por otro lado, también tuve muchos problemas. Peleé con muchos chicos, algunos mayores que yo. Al empezar la secundaria, ya todos me conocían. Y me respetaban. Entonces comencé a andar con chicos mayores que yo. Me uní a un grupo y me mantuve a su lado el resto de la secundaria. Ninguno de los chicos de mi edad se atrevía a retarme".

"Imagino que no eran los más dedicados al estudio".

Río sonoramente. "No estudiábamos mucho, así que imaginas bien".

Frunce su ceño mientras sigue viendo mi cara. "¿Y tu tía?".

"Es un ángel enviado del cielo".

"¿Sigues en contacto con ella?".

Debí negarme a contestar tantas interrogantes. Ojalá le hubiera dicho que me hiciera tres o cuatro preguntas a lo sumo. Siento que quiere saber todo.

"Suelo visitarla en los feriados. En ocasiones me tomo algunos días y voy. Mi hermana se quedó en Colinas del Viento. Acostumbro ir una vez al año para ver a mis sobrinos. Se casó hace unos años. Ella tiene dos hijos pequeños".

Sube su cara un poco. "Eso es muy dulce, Alejandro", asegura. Sonríe y me detengo a ver sus tiernas mejillas.

"¿Por qué lo dices? ¿Te asombra que mantenga un vínculo con mis seres queridos?".

"Esa pregunta me hace pensar que aún tienes contacto con tu papá".

"Eso jamás sucedería. Si me topo con él, lo molería a golpes".

Mis palabras hacen que se quede en silencio y se tense.

"Valeria, no lo digo en serio, aunque tendría muchas ganas de hacerlo por dejarnos, a pesar de saber que ya nuestra madre había fallecido".

Sonríe otra vez y la calma vuelve a su cuerpo. Pongo mis labios sobre los suyos. Supongo que en cualquier momento le haré el amor. Entonces acomoda sus piernas y se pone encima de mis piernas. Disfruto tanto su movimiento que ahora no sé si soportaré mucho tiempo más.

Presiono mi pene contra sus muslos. Lo hundo aceleradamente.

Sonríe y se levanta lentamente. "Un momento, Alejandro. Quiero que me digas todo sobre los tatuajes que te hiciste".

Inclina sus brazos para apoyarse. Luego se queda del lado derecho, cerca de mí. Baja su cara y camina con sus dedos por las rosas tatuadas en mi abdomen.

"Mamá adoraba esas flores", le cuento rápidamente.

"¿A las motocicletas también las adoraba?", pregunta. Sus dedos llegan más abajo.

"No. Son mis favoritas".

"¿El resto de tus tatuajes también se vincula con cosas que te gustan?"

"Casi todas".

"Observé minuciosamente los que tienes en tu espalda, pero no he tenido mucho tiempo para ver los de tu pecho", me recuerda. "Tampoco sabía que tenías en tus muslos. No sé por qué te has hecho esa gran cantidad de tatuajes", dice. Luego inclina su cara.

"Hice los de mis piernas en mi etapa de aprendiz".

"¿Bromeas?"

"Claro que no. Solo se aprende con la práctica. De hecho, podría tatuarte para que veas todo lo que sé".

"No me gustaría tatuar mi cuerpo, así que no te lo permitiría".

Mierda. De verdad quisiera tatuar su cuerpo. Pareciera que pide a gritos que la tatúe. Tiene una piel tersa y muy blanca. Pondría algunas flores en ella. Quizás alguna orquídea o un lirio blanco.

"Podría ser uno pequeño. Algo sencillo".

Ríe por mi frase. "Nada que ver. No quiero ni siquiera el más pequeño".

"Podría ser una azucena en tu cintura".

"No quiero".

Reímos simultáneamente.

"¿Deseas saber algo más o ya puedo desnudarte?"

"Ya lo hiciste, ¿o no lo recuerdas?"

"Lo recuerdo, pero fue temprano", digo y subo mis dedos para tocar sus piernas.

"¿Por qué volviste a esta ciudad?", pregunta. Aparta mi mano con delicadeza.

"Quería tener mi tienda. Cuando mi madre falleció, se activó su seguro de vida. Esperaba abrir mi centro de tatuajes. Cumpí veintiuno y pude recibir una suma importante con ese dinero. Me convertí en aprendiz de mi amigo Osvaldo, pero cuando sentí que sabía suficiente no quise empezar a competir con él. Le dije que no sería su rival en Colinas del Viento. Abrir en La Galera me parecía lo más conveniente".

"¿Aún vive alguien de tu familia en nuestra ciudad?"

"Ninguno".

"Tenías la posibilidad de abrir tu tienda en un sitio más vivo, una ciudad más animada. Una cerca de la playa, por ejemplo. Honestamente, no entiendo el motivo de tu vuelta".

Subo mi mano y la pongo detrás del sofá. Volteo a la izquierda para encontrarme con su rostro.

"Vine por ti".

Noto que se inquieta un poco y se ruboriza rápidamente. Voltea su cara para no verme. "Mentira".

"Es verdad, Valeria. La única persona de mi pasado que siempre quise ver de nuevo o que he sentido que me interesa eres tú".

"No entiendo de qué hablas".

Mis hombros se ponen rígidos. Muevo mi cara de lado a lado. Aunque parezca increíble, le contaré el resto de mi historia.

"Teníamos un estilo de vida muy agradable en La Galera. Me parecía, y me sigue pareciendo, que mi mamá era la mejor persona del planeta. La mejor mamá que podíamos tener. Sin embargo, no pude hacer amistades durante mi tiempo en la primaria".

"Claro que sí. Tenías unas cuantas. Pasabas mucho tiempo con Arturo Sandoval, Nicolás Andrade y el sujeto con la cara llena de pecas. No recuerdo su nombre", dice, con expresión pensativa.

"Luis. Luis Peña".

"Exacto. Claro que hiciste algunas amistades".

"No eran amigos reales. Solo pasaba tiempo con ellos, pero no me agradaban del todo. La única persona que me agradaba en la escuela... eras tú".

Sus mejillas vuelven a llenarse de rojo. Me doy cuenta de que debo evitar confesarle la molestia que sentía por ella al marcharme. Tampoco le contaré sobre la cantidad de retratos que había hecho de ella y que rompí o tiré a la basura.

"No lo sabía".

"Relájate. Es un chiste, Valeria. No vine a La Galera para que nos reencontráramos, aunque admito que todo esto haya pasado".

"Lo que dijiste sobre tu pasado, ¿era verdad?".

Encojo mis hombros. ¿A qué se debe mi regreso a La Galera? ¿A que la pasé bien aquí cuando era niño? ¿O a que siento que estar en La Galera me hace sentir que mamá está más cerca de mí? No lo sé, pero sí sé que esta ciudad es parte del infierno que viví. ¿Y Valeria? ¿Tuvo algo que ver con mi regreso? Sinceramente, no sé qué es verdad y qué no.

Paseo por su anatomía con mi mirada. Momentáneamente, la rabia y la tristeza que se mezclaron en mi pecho cuando concluimos el séptimo grado regresan a mi pecho. Al sostener mi mirada sobre la suya, se esfuma esa desagradable sensación. El deseo que experimenté cuando llegó a mi tienda para perforarse retorna a mis bolas.

Y ahora no quiero calmar mi excitación.

CAPITULO 23: Valeria

"Intenta hacerlo con la crema dental", me sugiere Alejandro.

Camina hacia la ducha y abre el grifo. El chorro cae por sus brazos y llega al desagüe, causando un suave sonido. Toma una pasta dental entre sus cosas y me lo entrega. El agua también alcanza sus hombros.

"No tiene sentido. No voy a usarlo".

"No usar nada es más absurdo. Úsalo y si no sirve, buscaré mi gel corrector. Puede eliminar la tinta de los tatuajes, aunque no entiendo cómo. Seguramente borrará la tinta de mi pluma también".

¿Por qué dejé que Alejandro hiciera un dibujo en mi cuerpo? Aún no lo sé. Solo recuerdo que comenzó en mi espalda y llegó a mis pies. Lo hizo rápidamente. Los dibujos son maravillosos. Me encantan.

En una zona de mi piel dibujó una extensa red de flores. Hizo claveles, rosas, orquídeas. Dejó la otra parte para desatar su imaginación sexual. Dibujó nuestros cuerpos haciendo el amor, en todas las posiciones y lugares en los que quiere tenerme.

En mi cadera izquierda está su rostro sumergido en mi cavidad. Dibujó en mi seno derecho su cara, en tres dimensiones. Tiene sus labios separados y su lengua succiona mi pezón. En mi muslo derecho plasmó mi rostro mientras tengo un orgasmo, con mis ojos cerrados y mi boca abierta.

Unto mis manos con la crema y la paso sobre mi antebrazo. Ahí está mi cara dibujada, tomando su pene. "Es como si no usara nada, de hecho", respondo.

Me siento agotada. Dedicamos la noche a muchas cosas placenteras, excepto dormir. Como es viernes, debo volver a la clínica. De todas formas, no me arrepiento. Disfruté bastante con él.

"No pasa nada. Igualmente debo ir a mi apartamento a buscar ropa para cambiarme. Buscaré una camiseta o una blusa con mangas largas. No notarán los dibujos".

Su pecho toca mis senos. "No tienes que irte todavía", asegura.

"Pero debo ir para buscar ropa interior que esté limpia".

"Al carajo la ropa interior. No te hace falta".

Río con su ocurrencia y muevo mi cabeza a los lados. "Buen chiste".

"No era un chiste, Valeria. Hablo en serio. Iré a la tienda a trabajar. Espero imaginarte en tu trabajo. Te mueves sin ropa interior. Eso me permitirá fantasear con todo lo que me gustaría hacerte más tarde".

El agua cae como una cascada sobre nuestros cuerpos y él me toma por la cintura con fuerza. Siento cosquillas en todo mi cuerpo, a pesar de que me hizo suya unos segundos antes de entrar conmigo al baño.

El líquido hace que mis piernas se tambaleen. Siento que caeré en cualquier momento, pero él lo evita. Me aferro a él para no resbalar y caer en su ducha. Me mantiene de pie con la fuerza de sus brazos.

"Si no vas a tu apartamento, podré dedicarte la próxima media hora. Podré preparar una rica tortilla para ti", dice, y besa mi mejilla suavemente.

"¡Oye! Eres atrevido. ¡Eso no se hace! Sabes que jamás rechazaré una tortilla. Me encantan. Que sean dos".

"Tú eres atrevida. No tienes ropa interior".

"¿Hablas en serio? Fuiste tú quien dibujó estas cosas en mi cuerpo", digo, señalándolas. "Supongo que soy un afiche sexual ambulante".

"Como te comenté antes, puedo usar mi gel corrector para intentar borrar esas imágenes. No obstante, lo que acabas de decir suena provocador. Sería genial que camines con esos dibujos".

Abro mis ojos de par en par ante la posibilidad de que descubran los dibujos de Alejandro y yo teniendo relaciones sexuales en un ascensor o un estudio de televisión. ¿Hablar con mis padres mientras mi piel apenas está cubierta con la delgada tela de una blusa?

"¿Sabes qué sería buena idea? Que se los enseñes a Marisa. Le encantarán".

"¿Ya lo olvidaste? A ella no le hace falta verlos, porque ya nos vio 'en vivo'".

"Imagino que se masturbó en su casa anoche mientras pensaba en lo que vio".

"Santo cielo, Alejandro. No digas cosas como esas. Me da asco. Será mejor que no vaya a la clínica mientras resuelvo este problema".

Cierra la ducha y abre la puerta.

"Creo que debemos desayunar".

Salgo de la bañera con la ayuda de su mano. Toma una toalla y seca el agua de mi cuerpo con ella.

"Veo que la tinta se derramó un poco, pero igualmente se ve bien, cariño".

"¿Y mis antebrazos?".

"Estarán bien. Voy a aplicar el gel allí. Puedes estar tranquila. Creo que dejaré el resto de los dibujos tal como están".

Alejandro va a su cuarto y yo sigo sus pasos. Es sencilla, igual que la sala de estar. Solo hay una cama sin respaldo, varias almohadas y una silla grande.

Su ropa está dispersa en el suelo, separada por colores. Hay una colina de prendas oscuras y otra de prendas claras. Busca en la pila de ropa oscura y encuentra un pantalón azul oscuro. Repite el proceso en el montón de ropa clara para buscar una camiseta blanca.

Supuse que había ordenado la ropa, pero luego de ver que buscaba ropa interior en una gaveta de la parte inferior de la cama, me doy cuenta de que no fue así.

"No me queda duda de *lo soltero* que eres".

Encoge sus hombros y se queda en silencio. Tomo mi sostén del piso y comienzo a ponérmelos. Giro para empezar a subir mis vaqueros. La sensación de mi cuerpo chocando contra mi piel desnuda es extraña.

Acaricia mi brazo derecho y hala suavemente el sujetador con dos de sus dedos. "No tienes que

ponértelos todavía", dice. "Me encanta el panorama que veo. Tus senos son muy hermosos".

Hago un esfuerzo para no reír ante su opinión. "¿En serio?", le pregunto mientras llevo mis manos a mi cintura.

"Sí", responde, antes de mostrarme una gran sonrisa.

"De acuerdo. Me convenciste. Y creo que ahora deberías hacer lo mismo, para ser justos. Tienes que quitarte la camiseta para que yo también pueda disfrutar el panorama".

Cierra los ojos y comienza a reír. El dulce eco de esa risa llega a mis oídos y retumba en las paredes. Mis manos aún están en mi cintura. Él no para de reír, pero se despoja de su camiseta rápidamente. Abro mis ojos y levanto un poco mi cara. De nuevo puedo contemplar su estupendo abdomen.

"Perfecto", digo antes de suspirar. Luego me río con fuerza.

Alejandro gira para regresar a la cocina. Tiene la intención de preparar nuestro desayuno. Decido echar un vistazo.

El lugar es grande. Ocupa completamente el piso superior. Aunque cuenta con dos dormitorios adicionales, no hay nadie allí. Cuenta con un anexo que teóricamente funcionaría como comedor, pero Alejandro lo convirtió en una especie de gimnasio. Hay máquinas para ejercitarse y algunos espejos. Todo está pintado de gris.

También hay otro espacio. Se trata de una gran oficina. Hay un escritorio al fondo, y sobre él un ventanal desde el que puede verse la ciudad. Me impresiono al ver que es el lugar más limpio y ordenado del edificio. Puedo darme cuenta de que Alejandro lo usa constantemente. Veo de reojo algunos de los documentos sobre el escritorio. Todos tienen que ver con El paraíso de los tatuajes. La mayoría son facturas. Creo que, en cuanto a su trabajo, Alejandro es mucho más ordenado que en su vida personal.

Veo que hay una carpeta en un extremo del escritorio. Es la única carpeta que hay allí. Sentado solo en la esquina más alejada del escritorio hay un sobre. Puedo leer el nombre de *Ingrid Álvarez* en la carpeta. Algunas preguntas surgen en mi mente al verlo. ¿Por qué se marchó en ese momento? ¿Por qué no lo hizo después? Si ella hubiera seguido en la tienda de Alejandro, me habría hecho la perforación. Tal vez no hubiera descubierto el placer de alcanzar el clímax.

Alejandro aún está en la cocina. "La comida está lista", dice.

Tengo mucha hambre. Tal vez se desató después de la cena y el postre de anoche. Y lo de hoy, temprano.

Llego a la cocina rápidamente. La mesa es grande y tiene la forma de un círculo. Alejandro dispone dos platos para que comamos. Noto que hay orden y cuidados en la cocina. Me alegra saber que, a pesar de su estilo de vida de hombre soltero, se esmera para cocinar.

Me siento en una de sillas. El apetito que siento es fuerte. Pruebo la comida de inmediato. Él se ubica en la silla del frente.

"¿Por qué se fue Ingrid?", le pregunto antes de probar otra vez mi tortilla.

"Parece que las preguntas no terminan nunca".

"Así es", respondo. Él no me ha hecho muchas preguntas personales, a diferencia de mí. No sabe mucho sobre lo que hago para vivir ni mis padres. ¿Será que no le parece un tema importante? ¿O no quiere preguntarme porque ya está cansado de las interrogantes que le he hecho? No lo sé.

"Tuve que despedirla".

"Lo sé, pero no entiendo el motivo. ¿Tuviste que hacerlo un día antes de que yo fuese a perforarme?".

"Fue una simple casualidad".

Esa palabra me deja perpleja. ¿Casualidad? Creo que no hay nada casual en la partida de Ingrid.

"No lo creo. Lo que me parece es que la echaste para que no estorbara. Supiste que iba a tu tienda y deseabas estar conmigo. "

"Supongo que creer esa mentira te satisface. En ese caso, está bien, la eché para estar contigo", dice mientras ríe sonoramente y deja caer su tenedor.

¿Está mintiendo o diciendo la verdad? No lo sé. Tampoco sé si confiar en su palabra.

CAPITULO 24: Valeria

"Me impresionas. Llevas puesta la ropa que tenía ayer. Es increíble", dice Marisa. Entro a la clínica. Sus ojos están abiertos.

"No creo que eso deba importarte, Marisa", le digo, enfocándome en la cortesía. Mi intención es que evite decir más cosas al respecto.

Camino sin mirarla, me dirijo al pasillo y tomo aire. Mamá está a unos metros y me ve.

"Vaya. Hoy te veo más animada", me dice.

Marisa resopla. El sonido llega a nuestros oídos.

"Sí. Sabes que es viernes. No hay un día de la semana que me guste más que los viernes".

"¿Ya estás lista para lo de mañana? Compré todo para preparar una parrilla de cordero".

"Eso suena estupendo. Y sí, estaré allí temprano. Pienso llevar algo para el postre. Estoy lista".

"Invita a alguien si lo deseas. Prepararé comida suficiente".

"No he encontrado a nadie aún, mamá".

Las carcajadas de Marisa son fuertes. Decido voltear y ver sus ojos.

"Creo que será mejor que prepare todo para recibir a mis pacientes".

"De acuerdo, hija".

Llego a mi consultorio. Cierro la puerta y apoyo mi espalda en ella. Ya me siento agitada por el comportamiento de Marisa. Espero que deje de jugar conmigo

Marisa llega y abre la puerta sin tocar. Pone los expedientes en el escritorio.

"¿Qué sucede?", le pregunto.

"Debemos conversar, Valeria", responde, sentándose sin que yo se lo pida.

Trato de fingir que no pasa nada, aunque todo mi cuerpo se altera. Mi expresión es de tranquilidad, pero al mismo tiempo de molestia.

"¿De qué vamos a hablar?".

"Lo sabes. No tengo que recordártelo. Charlaremos sobre ese rico y agradable sujeto con el que te acostaste ayer. Sabes que ese es un delito".

"¿Delito? No es para tanto. Exageras".

"Quizás lo hago, pero ambas tenemos claro que lo que hiciste atenta contra las normas de esta clínica. Además, es una traición a la ética médica. Supongo que estoy obligada a hablar con los dueños".

"¿'Los dueños'? Imagino que hablas de mis padres".

"En esta clínica eres una empleada más. No eres su hija".

"Por favor, Ingrid. Lo soy donde sea. Actúas de un modo absurdo", digo con enfado. Me obligo a parar para no insultarla.

"Claro que no. Me siento incómoda. Tus acciones me han puesto en este lugar".

"Hazte la idea de que no viste nada para que no te sientas así. Puedes olvidar todo esto".

"¿Tus nalgas apoyadas en la mesa mientras ese tipo te cogía? No podré sacarme esa imagen de mi mente por un tiempo".

"No seas ingenua. Eres una mujer adulta. Las dos sabemos lo que viste".

"Sí. Y como mujer adulta, te digo que ese hombre está muy rico. ¿Cómo se conocieron?".

"Ya te lo dije. Somos amigos desde la infancia. Estudiamos juntos en la escuela primaria".

Baja sus hombros mientras frunce su ceño. Guarda silencio, por lo que la veo fijamente. Mi expresión es una especie de reto. Imagino que se había hecho la idea de que lo había visto por primera vez en su tienda de tatuajes. Supongo que creía que le diría que había conocido a Alejandro en cualquier lugar, menos en una escuela primaria.

"¿Hablas en serio?".

"Por supuesto. Siempre se sentaba detrás de mí. Estábamos en la clase de la profesora Yaguas".

"Voy a preparar café. Debo irme. No creas que este es el fin de esta conversación", responde, saliendo del consultorio con la misma rapidez con la que llegó.

Dejo que mis manos caigan sobre la mesa. Finalmente, mi pecho deja de vibrar. Exhalo mientras apoyo mi espalda en mi silla. Busco mi celular en mi bolso para escribirle a Alejandro. Mis dedos se mueven con prisa.

Marisa se molestó. Notó rápidamente mi atuendo, el mismo de ayer, y me amenazó con decirles a mis padres lo que está sucediendo.

Su respuesta llega en unos segundos.

Dile que puede irse a la mierda.

El primer paciente de la mañana llega en unos minutos. Se trata de una chica. Tuvo un accidente al caer de una motocicleta. Aún le duele la pierna izquierda, la que recibió el mayor impacto.

Cuando termino de atenderla, tomo su expediente. Escribo algunos apuntes. Marisa vuelve a mi consultorio mientras escribo sobre la última terapia. Mis nervios vuelven a alterarse.

"He tenido tiempo para analizar varios escenarios. Creo que voy a darte la posibilidad de que confieses a tus padres lo que sucedió".

"Marisa, no entiendo tu actitud. Podrías olvidar todo esto".

"Debo hacer lo que cualquier empleado haría. Me obligas a hacerlo. SI no hablo con tus padres, podrían despedirme. Voy a darte un plazo hasta el martes".

Me niego a responderle. Abandona mi consultorio. Tal vez si le hubiera mostrado los dibujos que hizo Alejandro sobre mi piel la habría convencido de no seguir con esto. Tal vez así habría sentido que estaba con él o se habría excitado y me dejaría en paz.

Tomo mi celular nuevamente. No le escribo a Alejandro sino a Teresa.

Alejandro estaba haciéndome el amor en mi consultorio y Marisa nos vio. Me chantajeó, diciendo que, si no hablo con mis padres antes del martes, será ella quien hable con ellos.

¡Carajo! ¿Por qué no me contaste que habían hecho el amor?

Solo he tenido tiempo para tener más y más sexo con Alejandro. Ya me hizo olvidar mis problemas para alcanzar el clímax.

¿Tuviste un orgasmo? ¿Y Marisa los vio mientras él te lo hacía?

Así es. ¿Qué hago? Ahora está sobre mí como si yo fuese su presa.

No lo sé. Debo dejar de reír primero para poder ayudarte.

Gracias por tu solidaridad.

Me cuesta creer que mi hermana Valeria, un ejemplo de compromiso y responsabilidad, se dejó arrastrar por el deseo y permitió que ese hombre tan sexy le hiciera el amor en su consultorio.

No puedo darle una respuesta negativa.

Entiendo tu silencio. ¿Qué piensas hacer para resolver esto?

Eres una persona muy inteligente, así que espero que me aconsejes algo. Debes darme una recomendación para resolver esto.

Mi siguiente paciente toca la puerta. Se trata de la señora Margarita. Conoce a mi madre hace años. Sufre dolores crónicos en su cuello. Aunque los padece hace dos años, no se interesa por hacer en casa los ejercicios que le ordeno. Dejo mi celular al lado de los expedientes.

"¿Qué tal va su cuello?"

"Terrible. Creo que pediré un turno con mi traumatólogo. Espero que incremente la dosis de medicinas para esta dolencia. El dolor es insoportable".

"¿Hiciste la terapia?"

"Sí, en diez ocasiones".

Carajo. Mi sonrisa se ha ido. Me siento molesta. Todo es culpa de Marisa.

"Creo que sería buena idea que asistieras a clases de yoga. La evidencia indica que funcionan mejor que las pastillas para el dolor".

Escucho el sonido de mi celular. No puedo enfocarme en las palabras de mi paciente. ¿Me habrá escrito Teresa? ¿O Alejandro? Tal vez sea mi hermana. ¿Me recomendará una solución?

La señora Margarita sigue hablando conmigo, pero no sé qué acaba de decir.

"Me gustaría que te acostaras en la cama. Haremos algunos ejercicios y usaremos acupuntura en la espalda, cerca del cuello. Eso podría ayudarte. Puedes quitarte la ropa. Luego acomódate en la cama. En un momento regresaré para empezar".

Tomo mi celular y me detengo en el pasillo. Teresa me escribió.

Puedes invitarlo a cenar con nuestros padres mañana.

Levanto mi cara. Estoy pensando en lo que se le ocurrió. Tal vez las cosas salgan bien si lo hago. Entonces le escribo a Alejandro.

¿Te gustaría acompañarme a cenar mañana? Mi mamá celebrará su aniversario de bodas con mi padre.

Nuevamente Marisa se acerca a mi consultorio. Al verla, entro rápidamente. La señora Margarita aún lucha con su ropa. Ya está en la camilla y luce incómoda.

Trabajo en su cuello por unos diez minutos. Luego tomo las agujas de acupuntura, las pongo en su espalda, tomo mi celular y me dirijo al pasillo nuevamente.

Alejandro no ha respondido.

Dejo que las agujas relajen la piel de la señora Margarita. En ocasiones como esta, suelo llegar a la recepción para conversar unos minutos con Marisa. Hoy no hago eso. Necesito relajarme y pensar en otras cosas. Voy a la sala de personal mientras espero. Decido tomar un vaso de café de la máquina expendedora.

Dejo mi celular en mi mano. Unos segundos después vibra sobre mi palma. Me sobresalto con el mensaje. Alejandro me escribió. Y su respuesta es muy breve.

No iré.

Decido escribirle a Teresa nuevamente. Una larga bocanada de frustración sale de mi boca. Si me acompañara, tal vez habría salido de este aprieto. Creo que me veré forzada a hablar con mis padres durante la cena. Me hubiera gustado que Alejandro estuviera a mi lado, apoyándome.

No irá a la cena.

¿Cuál es la razón?

No tengo idea. No me dijo ni le pregunté.

Pregúntale entonces.

Veó la hora sobre la respuesta de Teresa. Sé que tengo que regresar al consultorio. No obstante, le escribo a Alejandro antes de entrar.

¿Por qué?

Como tarda en responder, entro al consultorio. Cuando termino y se acerca el mediodía, aún no ha respondido. Me quedo sin uñas ni aliento.

Le escribo otro mensaje a Teresa.

Alejandro no irá. ¿Y ahora?

No va a pasar nada. Cuenta conmigo. Voy a apoyarte, hermana.

CAPITULO 25: Valeria

"Vaya. Apenas puedo hablar. Compré una pintura y unas rosas, ¿y este es tu obsequio?", le pregunto mientras llevo mis manos a mis mejillas. "Lo digo porque es precioso, pero imagino que costó mucho dinero. ¿Me dirás cuánto gastaste?", le pregunto, viendo su presente. Es un piano de cola. Ya está en la sala.

"Solo diré que tuve que vender varias bragas y dos sostenes que estaban bastante empapados después de un fin de semana de mucho baile en la discoteca", responde Teresa, y ríe a carcajadas.

Creo que debería revisar su cerebro. Exhalo y niego con mi cara.

"¿Pagas *todas* tus cosas con la venta de ropa interior?"

"Casi todas. Me alegra saber que voy a graduarme con solo unas deudas pequeñas".

"Afortunadamente para ti, hay muchos tipos sádicos en este planeta".

"Así es. En todo el planeta. De hecho, mis últimos clientes viven en Asia. Siempre están dispuestos a pagar mucho dinero".

"¿Nuestros padres no te preguntan cómo obtienes tanto dinero?"

"Voy a mentirles. Escribí tu nombre en la tarjeta. Les dije que tú habías aportado más de la mitad del dinero para comprarlo".

"¿Por qué no me lo contaste antes de que fuese a comprar las rosas?"

Mi padre está en el comedor. "La comida está lista", informa.

"Un minuto", contesto.

"No olvides que voy a apoyarte", dice Teresa, y toma mi mano.

Sé que va a apoyarme. Nunca ha dejado de hacerlo. Sonrío mientras veo sus radiantes ojos. Es una lástima que Alejandro no esté aquí. Aunque le supliqué con mis mensajes, no se tomó la molestia de pensarlo. Su respuesta negativa fue contundente ante cada mensaje que le envié.

Sonrío y tomamos asiento. "Guau. Veo que buscaste la misma decoración que tenían en la boda. Qué lindo", le digo a mi madre.

La comida se ve estupenda. Son costillas de cordero colocadas en forma circular sobre una bandeja. Hay ensaladas a los lados. Es evidente que mamá se esmeró para prepararla. Yo traje una pequeña torta.

"Deseo que tengan un aniversario muy feliz", les dice Teresa.

Tomamos nuestros vasos para brindar. Luego comenzamos a cenar mientras conversamos y reímos. Voy a probar la lechuga de la ensalada. Teresa aclara su garganta. Golpea mi pie con el suyo debajo de nuestra mesa. Mis padres han terminado sus platos.

"Valeria quiere contarles algo. Sé que va a encantarles".

"¿En serio?", dicen nuestros padres simultáneamente.

"Dudo que vaya a encantarles", digo. Me ruborizo rápidamente.

"Claro que sí. Comenzó una relación", les informa Teresa. Siento que la cara va a estallarme.

Sé que mi madre me ve. Quiere observar mi reacción. Tiene un gran deseo de sonreír. Sus ojos se abren de par en par. Intento darme fuerzas. ¿Qué sucederá ahora? No lo sé.

"Háblame de él", me pide mamá.

Aclaro mi garganta y dejo el tenedor sobre mi plato. "Nos conocimos hace muchos años. Estábamos en la misma clase en la escuela primaria".

"Vaya. Tal vez ya lo conocemos".

"Seguramente lo olvidaron. Es Alejandro Suárez. Cuando estábamos en séptimo grado, se marchó de La Galera".

Mis padres se ven con nerviosismo. Mi padre empieza a temblar. Mamá deja caer su cuchillo sobre la mesa.

"Tal vez puedan conocerlo pronto", indica mi hermana. "Empezaron hace poco. Él tiene mucho talento para hacer tatuajes. Se hizo muchos. Además, es muy sexy. Cuando Marisa lo vio en la clínica, estuvo a punto de desmayarse".

"¿Dices que acude a la clínica?", pregunta papá mientras me ve fijamente.

"Así es, pero éramos novios antes de que se lastimara y fuese a mi consulta".

Supongo que empezarán a reclamarme porque Alejandro es paciente de la clínica, pero no lo hacen. Me siento un poco aliviada.

"Es una buena noticia, hija. Ojalá tengan una larga y linda relación. Por las palabras de Teresa, deduzco que es una excelente persona".

"Sí, es un buen hombre. Una estupenda persona".

"Y está claro que lo amas. Lo sé por el brillo en tu mirada. Es la primera vez que estás tan feliz al contarnos sobre un novio", señala papá.

Ya les dijimos a mis padres que tengo novio, saben que Marisa se volvió loca al verlo y, además, se enteraron de que tiene tatuajes en su cuerpo. ¿Esta situación tan rara realmente está sucediendo? Tengo muy claro que no se sienten cómodos cuando están cerca de una persona con su cuerpo tatuado, especialmente cuando pueden verlos.

Imaginé que se alterarían al saber de mi relación con Alejandro, un hombre con su cuerpo tatuado, pero no fue así. De hecho, comprenden lo que siento y lo respetan. Su reacción es de mucha calma.

Creo que la actitud de Marisa fue una bendición. Me forzó a decirles a mis padres sobre mi relación con él. Además, no voy a contarles los detalles de lo que sucedió, como ella espera que haga. Ahora no entiendo la razón de mis dudas iniciales. Son mi familia y me apoyan siempre, como hace Teresa.

"Le pedí que me acompañara durante la cena, pero dudé, porque recordé que querían celebrar por su aniversario de bodas. De todas maneras, quiero que lo conozcan pronto. Espero que venga conmigo la próxima semana".

"No es necesario, hija. Somos un par de ancianos. No tendremos nada de qué hablar", responde papá.

"Claro que no. Además, le gusta el billar. Sé que ustedes se divertirán jugando", le respondo.

"No, hija. Como dice tu padre, se aburrirá. Pueden ir al cine o a una discoteca. Creo que es lo mejor. Salgan a disfrutar", sugiere mamá.

"De hecho, no solemos hacer cosas como esa, porque trabaja los sábados, domingos y feriados. Descansa los miércoles y jueves, por lo que me gustaría proponerles que me permitan cambiar mis días libres. Así podré tener más tiempo con él".

"Estupendo", contesta papá. "Además, muchos de nuestros pacientes podrán ir a la consulta durante los fines de semana".

"¡Genial! No se imaginan cuánto se los agradezco".

"Puedes pedirnos lo que necesites. Me alegra saber que tendrás más tiempo para disfrutar la relación", nos cuenta mamá.

"El próximo sábado vendrán a cenar. Y punto", informa Teresa.

"¿De verdad?", le pregunta papá.

"De verdad", responde Teresa. Su voz es tan firme que nadie se atreve a plantear otra posibilidad.

Pruebo finalmente la lechuga y la saboreo lentamente. Nuestros padres se concentran de nuevo en sus cenas. El resto de la cena transcurre en silencio. Estoy contenta y relajada. Es como si me hubiera quitado un peso de encima.

"¿Mañana te encontrarás con él?", me pregunta mamá.

Trago y suelto mi tenedor. "Sí. Decidió descansar mañana. Como tiene una casa cerca de la playa, quiere que vaya con él esta noche. Voy con él una vez que termine la cena".

"Oh. En ese caso, no debiste venir a cenar. Si te hubieras ido con él más temprano, habrías disfrutado la vista de la playa. El atardecer es precioso", indica mi madre.

"Están celebrando su aniversario. ¿Cómo podría haberme negado?".

"Bueno, ya lo hicimos. ¿Ahora qué esperas? ¡Muévete!", ordena mamá.

Las sonrisas de mis padres son enormes. Teresa también sonrío. Me toma de la mano. Está feliz. Me levanto con prisa y mi servilleta cae al piso.

"Los amo", les digo, saliendo del comedor.

Aunque todavía no lo entiendo, jamás hubiera pensado que mis padres se tomarían la noticia de ese modo. Estoy temblando de emoción. Me siento contenta de haberles contado sobre la relación que tengo con Alejandro.

Enciendo mi auto y aplaudo antes de salir. Cuánto deseo que me abrace y me diga lo que siente.

CAPITULO 26: Alejandro

Aún no he terminado de abrir la puerta, pero Valeria está bailando. Hay luz en su mirada. Sus manos se levantan por su alegría. "Estoy feliz. Se lo tomaron con calma. Me apoyan y dicen que puedo pedirles lo que haga falta", me cuenta

No quiero decir muchas cosas al respecto. Tampoco quiero alabar la actitud de sus padres. "Qué buena noticia", respondo. "Imagino que también les contaste que Marisa dijo que les contaría que hicimos el amor en tu consultorio si no lo hacías tú".

"Decidí omitir esa parte", dice, y encoge sus hombros.

"Excelente. Eso quiere decir que esta semana podré ir a terapia para hacerte el amor otra vez".

Sonríe y da unos pasos. Empieza a subir las escaleras.

"¿Qué vas a hacer? Debemos salir. Recuerda que tardaremos una hora y media para llegar".

"Quería cambiarme esta ropa".

"Por supuesto que no. Si te quitas la ropa, tendré que hacerte el amor. Así jamás llegaremos a tiempo a la playa".

"Iríamos mañana temprano", responde mientras sigue subiendo.

"No. Saldremos hoy, porque así podremos disfrutar todo el fin de semana. Usaremos este lunes, que es feriado, para regresar. Habrá tiempo suficiente para pasarla bien".

"Alejandro, deseo que me penetres ahora. Tengo muchas ganas de hacer el amor".

"Valeria, necesito que subas a la camioneta. Estás complicando las cosas. Te juro que no te arrepentirás de que nos vayamos. Si subes, tendré que tomarte con mis brazos y hacer que subas para que salgamos".

Guarda silencio mientras piensa que le dije. Sube sus hombros y me ve fijamente. De repente entra a la ducha y la abre. Exhalo y cierro mis ojos. Rápidamente los abro y voy tras ella. No quiero que se desnude.

Justo cuando llega a la puerta del baño otra vez la tomo por la cintura. Hago que giro con un suave movimiento de mis manos. Pongo su cara sobre mis hombros. Gime una y otra vez. Intenta zafarse con sus brazos, pero la contengo con mi pecho. Intenta alejarse con sus pies, pero no lo logra.

La levanto con una de mis manos, pongo su pecho sobre mi hombro y regreso a las escaleras. Salimos y cierro mi apartamento. Valeria sigue moviéndose mientras me dirijo al estacionamiento. Cuando abro su puerta, decido soltarla. La acomodo mientras veo su cara.

"Tu cinturón. Póntelo para que estés más segura", le pido. Camino hacia la puerta de mi asiento.

Puse el equipaje dentro de la camioneta anoche. Ahora me siento afortunado. En cualquier caso, no necesitaré muchas cosas, salvo una muda de ropa en caso de que ensucie la que tiene, crema dental y su cepillo dental.

"Me hubiera gustado que vinieras", me indica. "¿Me dirás por qué no fuiste?". Avanzamos por la autopista.

"No lo hice porque no quería". Aunque no lo sabe, no me imagino compartiendo la misma sala con sus padres.

"De acuerdo, pero mi hermana les aseguró que me acompañarías el próximo sábado. Espero que vengas".

"No debió incluirme en sus promesas".

"Pero vas a disfrutarlo. Incluso podrías jugar billar con papá. Es hábil".

"Eso no va a pasar".

Me siento un poco agitado. Hay una canción en la emisora que no me gusta. Valeria seleccionó la estación. Es música clásica. Decido cambiarla. Espero que suene algo de rock pronto.

"Mi familia es una pieza fundamental de mi vida. Además, todos tenemos vínculos muy cercanos. ¿Por qué no te interesa la idea de comer con ellos? Simplemente no lo comprendo".

"No voy porque no deseo hacerlo".

"¿Cómo podríamos ser realmente novios si no te animas a conocerlos? Ellos me importan mucho, Alejandro".

Me fijo en la vía. No quiero verla. El rock ya suena en la radio y el sonido se mezcla con mi aliento. Sé que se da cuenta de que mi respiración es pesada.

Finalmente veo sus ojos. Recuerdo cuánto me gusta estar con ella. Quisiera que continuáramos juntos. Supongo que podré soportarlo. Tal vez deba tolerar a sus padres para poder lograrlo. Tendré que hacerlo para que permanezca conmigo.

Siento deseos de hablar de otra cosa. "¿Sientes calor?", le pregunto.

"Un poco. ¿Me acompañarás a comer con ellos?".

"Voy a pensarlo y luego te doy mi respuesta".

"¿No puedes dármela ahora?".

"Rayos. ¡Cómo odio estos asientos! No sabes cuánto anhelo rozar tu cuerpo con el mío en este mismo instante. Debí haber buscado una toalla para que te sentaras más cerca".

"Bueno, salimos con prisa por ti".

"Porque quiero mostrarte la casa en la playa. Sé que te encantará".

"¿Insistirás con eso? Pudimos haber venido en unas horas o mañana".

"Cuando lleguemos lo entenderás", digo, aunque intento convencerme yo también de lo que estoy contando. "Por cierto, acabo de recordar algo. Hoy la clínica me envió una carta. La puse en mi guantera. Incluye los resultados de mis exámenes. Estoy sano".

"Vaya. Con todo el lío que tuve con Marisa olvidé que tenía que realizarme los exámenes médicos".

"Tranquila, cariño. Eres una mujer muy dulce y respetuosa. Sé que estás bien. Ahora solo quiero

ponerte debajo de mí".

Al ver que faltaba poco tiempo para que llegara de la casa de sus padres, empecé a prepararme para hacerle el amor antes de partir, pero preferí esperar hasta que llegáramos a la playa. No obstante, ahora que estamos a solas en medio de la carretera, estoy desesperado por cogerla aquí mismo.

"Yo también lo deseo. No he parado de mojar mis bragas desde que terminé de comer. Ahora que estamos juntos, siento que todo mi cuerpo se humedece por tu presencia. Me empapo solo con tu imagen en mi mente".

"¿Por qué no te la quitas? Debe ser muy incómodo apoyar tu cuerpo en una ropa interior que está tan húmeda".

Se quita el cinturón de seguridad y luego hace lo mismo con sus pantalones. ¿De verdad va a quitarse sus bragas? Me cuesta creerlo.

"Carajo. "¿En serio vas a quitarte tu ropa interior?"

"Exactamente".

"¿Lo hacías con tus exnovios?"

"¡Cielos! ¡Debe ser un chiste! Lo he hecho solo contigo. Y no entiendo cómo logras que haga cosas como estas".

"Supongo que estoy sacando a relucir tu lado pervertido".

"Así es".

Comienzo a tener una erección. Tengo claro que solo ha actuado de este modo conmigo. Ya no es una chica tan dulce como cuando la conocí. Ahora está empezando a ser una chica perversa.

Finalmente se despoja de su pantalón y hace lo mismo con su ropa interior empapada.

Alza su mano y lanza su ropa interior sobre mis piernas. "¿Te das cuenta de lo mucho que me mojo por ti?", me pregunta.

Aparto la vista del camino por unos segundos. Veo la ropa interior y luego me fijo en sus ojos. Ella se levanta y se dirige a mi asiento. Se sienta sobre mi pene. Separa un poco sus muslos y yo extiendo mi mano derecha sobre él. La subo lentamente.

"Estás provocándome".

Inclina mi hombro, con la intención de que tome su ropa interior. "¿Tocarás mi ropa interior para sentir la humedad? Me han contado que algunos sujetos siempre están dispuestos a pagar grandes sumas por ropa interior recién usada", afirma, con tono provocativo. Mis dedos se humedecen de inmediato.

"¿Y ahora qué hago con esta ropa?"

"Sinceramente, no tengo idea", dice, con expresión pensativa. "Podrías... sentir su aroma".

Asiento y la pongo cerca de mis fosas nasales. Mis bolas se tensan y mi corazón se acelera. Tomo aire, y la dulzura de su aroma femenino llega hasta mis pulmones.

"Me encanta, aunque me gusta más el sabor de tu piel".

Ríe con mi ocurrencia. Separa más su pierna y su rodilla llega a la puerta. Deja su otro pie sobre el asiento. Inserta dos dedos en sus labios vaginales, los frota y luego los acerca a mi boca. Los introduce rápidamente en ella. Se mueve rápidamente.

El aroma y el sabor de su vagina inquietan de inmediato a mi pene. Me muevo para bajar la cremallera de mi pantalón rápidamente. Muevo mi cabeza hacia adelante para que introduzca sus dedos hasta el fondo de mi garganta.

Su cinturón de seguridad empieza a sonar. La alarma se desactiva cuando se mueve para sacar sus dedos de mi boca y abrochárselo.

"¿Has logrado acabar tocándote desde que estamos juntos?", le pregunto, viéndola fijamente. Aunque su naturaleza salvaje ya ha aparecido, hay una parte de su dulzura que sigue allí. Lo sé porque el rubor asalta sus mejillas.

"En realidad no me ha hecho falta desde que estamos juntos".

"Este es el momento ideal para hacerlo".

"¿Aquí? ¿Dices que me masturbe aquí, en este preciso momento?".

"Exacto. Mastúrbate".

"Pero vamos en un auto y estamos en medio del camino".

"Y tienes ganas de tocarte. Y estás casi desnuda. Además, estás muy empapada. Deseas sentarte y tocarte mientras llegamos a la playa. Si esa no fuese tu intención, no te habrías quitado tu ropa interior".

"¿Lo hago... de este modo?".

La veo por unos segundos. Mueve sus muslos y sus rodillas alcanzan la puerta y la radio. Extiende sus piernas ampliamente. Voltea y su mirada se cruza con la mía. Su expresión es de lujuria.

La veo y luego me fijo en la carretera. Repito el movimiento en varias ocasiones. Lleva sus dedos a su clítoris y lo masajea de arriba abajo.

"Así, cariño. Quiero escuchar tus gritos cuando acabes".

CAPITULO 27: Valeria

¿Cómo es posible que esté tocándome? Supongo que actúo de este modo por Alejandro. Quizás me parezco a Teresa más de lo que creo.

Me animo a profundizar mis caricias cuando me ve fugazmente y puedo comprobar el deseo en su mirada. Bajó su pantalón y veo cómo su glande choca con su ropa interior.

Al ver la potencia de esa erección, nuevas llamas queman mi cuerpo. El deseo que siento es gigantesco. ¿Por qué nunca me atreví a hacer algo así? Por primera vez permito que un hombre me vea tocarme. Nunca hubiera imaginado que ocurriría en medio de una carretera, en una camioneta que se mueve a cincuenta kilómetros por hora.

Paso uno de los dedos a mi interior. Uso dos dedos de mi otra para tocar la entrada de mi vagina. Aunque me encanta tocarme, el verdadero placer viene de saber que Alejandro está viéndome.

Aunque sea por segundos, pues debe conducir y ver la carretera.

"Tengo que saborearte otra vez", me dice entre jadeos.

Retiro con suma calma los dedos en mi vagina. Me levanto ligeramente y los muevo sobre su boca. Saca su lengua para chuparlos y llena su boca con mi sabor.

"¿Qué te parece?", le pregunto. Ya sé qué me dirá. No necesito que responda.

"Perfecto. Cariño, ya sabes cómo masturbarte. Lo que necesito ahora es escucharte. Quiero escuchar tus gemidos y saber lo que sientes".

Cierro mis ojos y jadeo. Baja el volumen de la emisora radial y los sonidos animales de mi garganta se oyen con mayor intensidad. Los gemidos se suceden por mi boca y la camioneta se inunda con ellos.

"Mierda, creo que este es el momento, cariño. Imagina que soy yo quien lo succiona. Empuja tus dedos como si fuese yo quien te tocara".

Me erizo con su orden. Me toco e imagino que su boca está sobre mi vagina.

Arqueo mi espalda mientras el fuego del placer arde en mi vientre. Bajo mi cara y mis ojos se fijan en el techo. Las ondas de placer remueven mis células.

"Qué rico cuando te comportas como mi perversa. Imagino que disfrutas cuando te poseo, cariño".

Mi orgasmo está cerca. El poder de sus frases hace que grite. Es un anticipo de lo que sucede después: mis dedos se empapan.

"Exacto. Solo observa cómo me pones. Soy una perversa".

Intento hacer lo que me pide. Muevo mi cara y lo veo, aunque mis ojos están nublados por la intensidad del clímax. Puso sus dedos en el tronco de su pene. Continúa manejando mientras se toca con la otra mano.

Veó su glande húmedo. Mi boca se empapa con la imagen. Carajo, cuántas ganas tengo de

saborearlo, tal como él hizo hace unos segundos, pero sé que no puedo. El espacio de este auto no lo permite.

"Te haré el amor en la casa. Lo haré como me lo pidas. ¿Te gustaría que te lo haga con sutileza o salvajemente?"

Recuerdo cómo me hizo el amor cuando estuvimos en mi consultorio. Sus pelotas chocaban con mis labios vaginales y estimulaban mi clítoris. Esa rudeza me encantó, así como me encanta haberme convertido en su pervertida y tocarme para él. Mis músculos se ponen rígidos con la imagen.

No paro de jadear. "Lo más salvaje que puedas", respondo en voz baja.

"Así será, cariño. Sé que deseas que te lo haga ahora mismo, que te tome por la cintura y te ponga frente a la puerta".

"Exacto", contesto mientras llevo mis dedos dentro de mí, con más fuerza.

"¿Te gustaría que te ponga en la hierba, te penetre y te haga mía hasta que no recuerdes tu nombre?"

"Por Dios, es lo que más quiero", digo, intensificando el tono de mi voz.

"Carajo, cariño. Quiero que acabes en este momento. Quiero escucharte mientras lo haces. Hazlo. Y si mencionas mi nombre, yo también me vendré".

Inserto mis dedos con más fuerza. Repito el movimiento, pero no logro venirme. La decepción se incrementa en mi pecho.

"Creo que no podré".

"Oh, nena, Solo mírate. Claro que puedes. Te vendrás en cualquier momento".

"No voy a lograrlo", digo con tono quejoso, "porque necesito que me penetres".

Empieza a buscar en la guantera.

"Quiero que cierres tus ojos un momento", exige.

"De acuerdo", respondo, y acato su orden.

"Quita tus dedos de tu cuerpo", me pide. Entonces lo hago. "No abras los ojos. Ten. Quiero oírte mientras acabas. Imagina que esto es mi pene. Ahora, hazlo".

Siento que está introduciendo algo en mi vagina. Supongo que es un juguete sexual o un vibrador grande. Aunque no sé de qué se trata, tiene forma circular y alargada. Rápidamente mi vagina lo atrapa con sus paredes. Gimo mientras el éxtasis se apodera de mí. Me estremezco de pies a cabeza.

"¡Alejandro!", digo con todas mis fuerzas. No se oye nada más que el estruendo de mi voz.

¿Alguien pudo oírme? No lo sé y no me interesa.

El clímax hace que mi respiración se corte y mis sentidos estallen.

"¡Cariño, abre tus ojos!".

Obedezco. Quiero verlo y deleitarme con su placer. Gruñe mientras el semen se dispara de su

pene. Usa ambas manos para tratar de atraparlo. Algunas gotas caen en el asiento, sobre sus pantalones, y otras en las palmas de sus manos.

Contemplant esa imagen me excita tanto que siento que estoy teniendo otro orgasmo.

El placer agita mis músculos, pero un vehículo de la Policía empieza a sonar su sirena.

"Qué cagada", dice, sacudiendo sus manos y escondiendo su pene en sus calzoncillos.

Levanta las palmas de sus manos y luego intenta limpiarlas con su pantalón, pero es inútil. De hecho, los líquidos se adhieren a sus dedos. Utiliza su camiseta, en un segundo intento de asearlas. Retiro de mi vagina el artículo que me dio. Es una banana. Ya no me importa.

Mis pantalones están bajo mi cara. Los veo al lado de mis pies. Aunque trate de hacerlo, sé que no tendré tiempo para lograrlo. "¿Y ahora? Estoy asustada", admito.

"Finge que no pasó nada. Hazlo con naturalidad. Vístete rápido".

Hago lo que me pide. Tomo mi pantalón, pero en lugar de vestirme, los subo por mis pies, con la intención de mostrarme como una persona relativamente decente a pesar de las circunstancias. Creo que mi corazón saltará por mi garganta.

La sirena deja de sonar. Alejandro apaga el motor y baja su ventanilla. El policía baja del auto.

Nunca en mi vida me había ruborizado tanto. Sería la primera vez que la Policía me multa por exceso de velocidad o algo parecido. Además, ni siquiera llevo ropa interior puesta. El agente se acerca a nosotros.

"Necesito su permiso de conducir y el título de propiedad del vehículo", dice, con voz autoritaria.

"¿Qué tal, Jonás? Tiempo sin saber de ti", dice Alejandro.

Al parecer, conoce al policía, aunque no está en la ciudad. Carajo.

"Rayos, Alejandro. Acabo de percatarme de que eras tú quien conducía".

"No pasa nada, amigo. Dime qué sucedió. Supongo que excedí el límite de velocidad permitido".

"No lo hiciste, pero tu conducción era zigzagueante. No me digas que tomaste algunos tragos antes de manejar".

"Para nada. Es culpa de mi novia. Ella me distrajo", responde antes de empezar a reír.

El agente me ve y quiero desaparecer.

"Señorita, ¿se encuentra bien?".

"Todo bien", respondo, alzando la voz. Aunque creo que estoy hablando en voz alta, sé que apenas puede oírme.

Baja su cara y ve mis piernas, cubiertas parcialmente por mi pantalón. Se fija en mis muslos desnudos y en la tela arrugada. Luego ve a Alejandro y baja la cabeza. Nota las manchas en la camiseta.

"Esta vez solo será una amonestación verbal. Te aconsejo que busques un espacio idóneo para la próxima. Sabes que no se permiten este tipo de cosas en la vía".

"Entiendo", responde.

"No he terminado. Imagino que sabes que le diré a todo el mundo qué estabas haciendo cuando te detuve en la autopista", cuenta. "Todos van a cagarse de la risa". Su carcajada se oye en la camioneta.

"Espero que no cuentes todo. Recuerda que sé algunas cosas sobre ti".

"Ya no importa que las cuentes. Todos deben saber esta historia", dice entre risas. "Debo volver a la estación en unos minutos. Necesito que te vayas".

Golpea ligeramente el capó y vuelve a la patrulla.

"Vaya. Tuvimos mucha suerte", afirma Alejandro.

"¿Cómo lo conociste?".

"En la tienda. Le he hecho algunos tatuajes. Pronto se hará el cuarto".

"Me alegra saber que lo conoces. No te imaginas lo nerviosa que estaba. Es la primera vez que me detiene un policía".

Aprieto mis puños y exhalo profundamente. Alejandro ríe tan fuerte que el sonido estremece su camioneta. Creo que el sonido supera mis intensos alaridos de placer.

Veo por la ventana y pienso mientras veo el camino. Una pregunta surge de nuevo en mi mente. ¿Cómo me dejo llevar por sus deseos?

Giro y mis pies golpean la banana que estuvo hace unos minutos en mi vagina. Jamás creí que le permitiría a un hombre introducir algo así en mi cuerpo.

"Espero que no estés molesta, cariño", dice mientras toca mi pierna.

"Solo me gustaría saber por qué nos atrevimos a hacerlo".

"Porque era una buena idea. Y lo disfrutamos".

"Actuamos de modo irresponsable y aventurado. Estuvo mal".

Al decir esa frase recuerdo a mi hermana. ¿Qué diría de mí si le contara? Tal vez reiría sin parar. Seguramente me sugeriría vender la banana en internet para ganar algo de dinero.

Luego de la imagen de Teresa aparece la de mis padres. Recuerdo que Alejandro no me aseguró nada sobre la posibilidad de acompañarme a cenar con ellos el próximo sábado.

"Imagino que después de esto, vas a cenar con nuestros padres el fin de semana, ¿o no es así?".

"Como te mencioné antes, voy a pensarlo. Vaya, había olvidado cuánto me gusta esta canción", asegura mientras sube el volumen. Es rock pesado y desconozco cómo se llama y quién la interpreta.

¿Por qué se niega a cenar con nosotros? No lo sé. Además, mis padres son personas muy amistosas. Sé que lo recibirán con sus brazos abiertos. Creo que algo no anda bien.

CAPITULO 28: Alejandro

Atardece y el sol se ve al fondo de la playa Las Piedras. Oigo el sonido del mar mientras estaciono mi camioneta a algunos metros del agua.

Mi casa de la playa luce ahora más pequeña y sencilla de lo que recuerdo. Sus paredes blancas se ven ahora un poco más grises y bajas. Me pregunto por qué mi abuelo no construyó una cabaña en vez de esta casa con dos cuartos y una sola planta.

"¿Esta es la casa? Es linda. Me gustan mucho estas plantas", me cuenta. Me siento calmado con sus palabras.

Cuando superó la tensión por el episodio con el policía, comenzó a hacer bromas. De hecho, dijo que conservaría la banana.

Conversamos e hicimos muchos chistes sobre lo que sucedió. Nunca deseé tanto que siguiera conmigo como lo deseo ahora. Me siento feliz por su compañía.

Apago la camioneta, bajo de ella y con prisa voy a su puerta.

Abro la puerta y sonrío. "Bienvenida. Este es mi hogar", le cuento.

Ella se quita su cinturón de seguridad y me ve fijamente. La bajo con mis manos.

"¿No me harás el amor en la arena?", me pregunta.

"No, al menos por ahora".

Lleva sus manos a mi sien para sujetarse. Sus muslos siguen expuestos. Mis manos pueden rozarlos. Me dirijo al jardín y tomo la llave para abrir.

"Quiero saber por qué".

"Porque prefiero pasar un rato contigo antes de hacerlo".

Inserto la llave y abro la puerta principal. Un intenso aroma a rosas llega a nuestras narices. He dejado perfume en todos los rincones por muchos meses, para que el olor de humedad no se perciba. Aparentemente lo logré.

"Me encanta esta casa. Hay pinturas y retratos. También hay sofás y pinturas reales. Es un hogar real, no como tu apartamento".

La tomo para llevarla a nuestra habitación. "Luego voy a enseñarte lo que no has visto", le cuento.

La tomo por la cintura con fuerza. Se estabiliza con mi ayuda. Toco su cuello y apoyo mi cara en la suya.

"¿Sabes? Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que sigamos juntos. Decidí cenar con tus padres".

Entendí, por lo que pasó en la camioneta, que ella haría lo que fuese necesario por mí, lo que me llevó a entender que yo también estoy dispuesto a hacer lo que sea por ella. En este momento, lo más importante para mí es nuestra relación. Si debo intentar relacionarme con sus padres, lo haré. Por Valeria. Por lo que siento por ella. Ninguna palabra o frase será útil para expresarle lo que

siento. Todas se quedarían cortas.

Me escucha y sonrío de felicidad mientras me ve. Empieza a saltar y levantar sus brazos.

"Me haces muy feliz. Agradezco que hayas decidido ir conmigo", dice en voz alta. Vuelve a saltar y luego se abalanza sobre mí. Me sujeta con sus brazos y sus ricas piernas desnudas.

Me aferro a ella y luego me acerca a la cama grande del dormitorio. Escucho su risa, un sonido que ahora tiene una dulzura y una melodía más intensa. Me lanzo y Valeria cae conmigo.

Mi cuerpo queda encima del suyo. Tengo una erección, pero deseo dejar mis dedos sobre su cuello en lugar de usarlos para sacarme la ropa. La abrazo y beso sus labios suavemente.

Mi beso es una especie de caricia sobre sus labios. Es lento y suave. Quiero seguir allí por los siglos de los siglos. Nunca fui tan feliz. Y sé que ella también lo está. El movimiento de sus manos en mi espalda me lo dicen.

Sigo besándola y palpo su piel, delicada y expectante como siempre. Llevo mis dedos a su blusa. Toco su sostén. Es de seda. Cuando ya he jugado con él, introduzco tres dedos entre la tela y su piel. La bajo y su seno queda expuesto frente a mí.

Está excitada. Lo sé porque su pezón se levantó. Lo tomo con mi mano. Usa sus muslos para impulsarse y llevar sus piernas sobre mi cintura. Empieza a gemir.

Quito mi boca de la suya. Con ambas manos le quito su blusa, lentamente. Luego paso mis manos a su espalda para despojarla de su sostén. Lo bajo y lo dejo caer sobre el piso.

Es una mujer perfecta. Me reclino para contemplar la estupenda imagen ante mí. Aunque no esperaba que llegara a mi vida, ahora espero que nunca salga de ella.

Paso mis ojos por las fotografías familiares sobre los armarios. Era solo un niño y cada uno de esos momentos alegró mi vida. Evoco cada experiencia feliz que tuve en este hogar.

Esa alegría ha vuelto y ahora tiene nombre de mujer: Valeria.

Y Valeria está conmigo. Por fin puedo experimentar esos agradables sentimientos otra vez.

Actúo con calma sobre su cuerpo. Espero que su nariz perciba el aroma de mis emociones. De la felicidad que siento.

Bajo mi cara y pongo mi boca sobre su vagina. Su cuerpo se estremece. Mi boca lame sus labios vaginales. Sus piernas se agitan con mis movimientos.

Su vagina ya se humedeció. Me concentro en su clítoris. Aunque suele pedirme que la penetre cuando llego allí, ahora solo está gimiendo y chupando uno de sus dedos.

Levanto una de sus piernas. Uso un par de dedos para penetrarla.

"Carajo", dice en tono quejoso.

Subo mi boca y beso otra vez sus labios vaginales. Arquea su espalda. Al bajar, vuelvo a llegar a su clítoris. Lo chupo con mis labios y lo lamo con mi lengua. Tomo sus caderas con mi otra mano.

No para de mover su cuerpo. "Alejandro", dice suavemente.

Su vagina aprieta los dedos que tengo en ella. Toma mis cabellos con ambas manos y compruebo como sus dedos están tensos. Me sujeta con fuerza, convirtiendo mi cabellera en pequeñas bolas.

Aunque siento un intenso dolor, la dejo tomarla. El leve dolor que siento no se compara con el deseo que siento de que disfrute plenamente lo que estoy haciendo en su cuerpo.

Noto que se relaja un poco, así que me pongo de rodillas y me despojo de mi camiseta. Me acerco a ella, me quito los pantalones, así como la ropa interior, y contemplo una vez más su cuerpo. Mi erección late frente a ella.

"Quiero que cabalgues en mi pene", le informo.

"Pero apenas puedo moverme", me cuenta, intentando levantarse.

Finalmente ubica su cuerpo sobre el mío. Su vagina recibe a mi pene. Hace silencio mientras vemos nuestros cuerpos. Nos percatamos sin decir nada de lo que está a punto de suceder: tendremos contacto sin látex. Hemos olvidado buscar un preservativo para ponerlo sobre mi pene. Mi piel sentirá directamente la suya. Y ella también va a sentirme directamente.

Mi cuerpo se agita, al igual que el de ella. Nos vemos fijamente y la tensión en el ambiente sube paulatinamente. Dirijo mi glándula a la entrada de sus profundidades. Solo se oye el aliento de Valeria mezclándose con mi respiración.

Abro mi boca de par en par. Empieza a descender con suma calma para apoderarse de mi pene. Sigo viéndola con expectativa.

Ondas eléctricas azotan mi piel. Su vagina recibe mi erección con suavidad. Nunca había sentido tanto placer. Mi corazón empieza a latir con fuerza mientras mis músculos se entumescen.

Balanceo lentamente mis muslos y mis caderas. Quiero que se apoye y se mueva simultáneamente. Cuando bajo mis ojos, veo toda su piel. Me encanta el movimiento agitado de sus senos mientras hago que cabalgue en mi pene. Me obligo a respirar con calma y cerrar mis ojos. Sé que debo conservar la tranquilidad.

Sus movimientos lentos se aceleran un poco, por lo que mi cuerpo se frota con su clítoris. No para de gemir y jadear. Se balancea hacia los lados y luego se empuja hacia arriba y abajo.

Mis bolas se tensan, y decido girarla. Me mantengo dentro de su vagina. Mi pene late con fuerza.

Suelto algunos sonidos animales al tenerla bajo mi cuerpo. Me acerco a su oreja. "Estás tan rica que me causas un agradable dolor". Gime una vez más.

Se sujeta a mi espalda y arranca pequeños trozos de mi piel. Escucho sus intensos alaridos. Empieza a empujarse contra mi pene. Sus paredes vaginales me aprietan con fuerza. Está intentando sacar mis líquidos rápidamente. Siento que no podré soportarlo más.

"Mierda, Valeria", suelto con lujuria.

Como supuse, no lo toleré. Mi pene se sacude y la lleno con mi semen caliente. Su vagina se llena de mí.

Cierro otra vez mis ojos. Necesito retomar mi aliento. Estoy feliz por lo que acaba de suceder. Mi pene continúa latiendo y caigo sobre su pecho.

Unos segundos después, subo mi cara. Entonces descubro su llanto. Suelta muchas lágrimas, como sucedió cuando estuvimos en el parque.

"Cariño, ¿qué tienes?"

"Sinceramente, no lo entiendo. Lloro, pero no debería hacerlo. Me encantó. Es solo que no concibo cómo es posible que me hagas sentir tan feliz", dice. Enjuga su llanto con los dedos de su mano derecha.

"Es el mismo efecto que produces en mí", digo, y tomo sus mejillas.

Sonríe y asiente. Luego muerde su labio inferior y suspira. Hacemos silencio y recobramos el aire y la calma poco a poco. Entonces le doy un suave beso en su nariz.

"Te empapaste, cariño", me dice, al descubrir el sudor en mi pecho con su mano.

"Igual que tú".

"Tomar una ducha sería una buena idea".

"Se me ocurre una aún mejor".

Tomo mi tronco para retirarlo. Tengo la intención de no desordenar ni ensuciar aún más. Valeria va a levantarse, pero se lo impido con un movimiento de mi mano. Subo su cuerpo y la pongo en mi hombro.

"Tengo que limpiarme con algo", le digo.

La dejo sobre mí. Empiezo a correr por la casa mientras río a carcajadas.

"Alejandro, ¿qué haces?", me dice con fuerza.

"Voy a la playa a bañarme".

Sigue gritando mientras golpea mi espalda con ambas manos.

"Carajo, no. Me congelaría rápidamente. Estamos en junio".

Ya estoy cerca del agua. "Claro que no. Al contrario, vas a refrescarte", le digo. Mis rodillas se empapan pronto con agua fría.

Dejo de correr cuando la playa llega a mi cintura. Entonces la dejo caer en el agua.

CAPITULO 29: Valeria

Alejandro toma el atizador y agita la madera de la chimenea. "¿Espero que ya estés más caliente?", me pregunta.

"Algo", respondo.

Ciertamente, mis manos ya dejaron de temblar, por lo menos...

Creo que estuvimos en la playa más tiempo del que debimos estar. Imagino que creyó que sería un baño rápido, pero no fue así. Permanecemos en esas aguas frías por unas horas. Jugamos con el agua, casi helada, hasta que noté que mi cuerpo empezaba a tornarse de un color morado.

Debimos volver de prisa a su casa. Como era de esperar, no teníamos toallas ni ropa seca en la playa.

Entramos en la ducha, tomamos un baño rápido con agua tibia y cuando salimos, Alejandro me cubrió con un gran edredón, luego me acercó a la chimenea y encendió una fogata justo frente a mí.

"¿Por qué no traje chocolate o té caliente? Ahora creo que debió haber sido lo primero que debí comprar".

Vuelvo a probar mi café. Ya no tengo miedo de resfriarme. Alejandro hizo la bebida. Está deliciosa. "No te preocupes. Este café está ayudándome. De todos modos, creo que después de lo que sucedió, me conformaría incluso con agua caliente", le digo.

Se levanta para encender algunas lámparas de la sala de estar. Es grande. El gran ventanal de la pared derecha permite ver la playa. Además, hay dos sofás y una mesa al frente.

Me levanto lentamente. El edredón sigue cubriéndome. En los muros hay muchas fotos y retratos familiares.

Doy unos pasos para ver las imágenes sobre la estufa. Son fotos muy hermosas, de una familia feliz. En el fondo está la estufa. Me percaté de que hay una imagen de dos niños. Se trata de una chiquilla y un niño. Están cerca de la playa. El pequeño luce feliz. Está claro que es Alejandro. Lo sé por su sonrisa.

En otra foto aparece Alejandro con la pequeña. El verde de la hierba luce espléndido. Juegan en un parque.

"¿Ella es Andreína?".

"Así es. Mi hermana", responde mientras toma aire y se sienta cómodamente en su sofá.

Continúo viendo las imágenes. Su mirada escudriña mi piel. Sin embargo, evita moverse o decir algo.

Sobre todas ellas hay una fotografía que me llama la atención. Es la única en blanco y negro. Tiene un traje muy elegante del siglo pasado. Aparece un señor mayor que observa la casa. Supongo que la casa ha pertenecido a la familia por mucho tiempo.

"¿Y él?", le pregunto. Sin girar ni indicarle de qué fotografía se trata, puedo darme cuenta de que Alejandro sabe de quién le hablo.

"Es mi bisabuelo".

"¿Era el dueño de este lugar?"

"Puede decirse. Fui él quien lo construyó".

Paseo con mis ojos por el resto de las fotos. Hay muchas, y en casi todas ellas aparecen Alejandro y Andreína. En algunos casos están solo los dos, pero en un par están con una mujer. En la primera, la dama tiene a Andreína sobre su regazo. Con la otra mano toca el hombro de Alejandro. En la segunda está bañándose con los chicos en la orilla de la playa. En las dos imágenes sonrío ampliamente. Creo que esperaba que sus hijos captaran esa alegría, en lugar de tener la intención de mostrarse ante la persona que tomaba la foto. Alejandro sigue en silencio.

"¿Es... tu mamá?"

"Así es. La de la foto de la izquierda es mi tía".

"Vaya. Tu boca y tus ojos son iguales a los suyos. El parecido es enorme".

"¿De verdad?"

"Estoy totalmente convencida. Supongo que nadie te lo ha dicho o no te has visto en un espejo nunca", le digo mientras río sonoramente.

"Realmente no lo he pensado".

"Debo decir que es una mujer muy linda. Además, se nota que era afectuosa con ambos".

Camino hacia el muro izquierdo. Esa media pared divide la sala de estar y la cocina. Debo aferrar mis manos al edredón grueso que me cubre para que no caiga. Alejandro sigue viéndome y guardando silencio ante mis opiniones.

Aclara su garganta. Supongo que empezará a hablar, pero me equivoco.

Las imágenes que veo a continuación lucen más antiguas. Hay mujeres y hombres muy elegantes en todas ellas. Sonríen mientras se acercan a la playa. En una foto aparece un bebé. Solo está en ella. Imagino que es Alejandro.

"Son los familiares de papá".

"Imagino que este también era su hogar".

"Lo fue. Los familiares de mamá se fueron a Colinas del Viento. Papá se crio en esta casa. Cuando mi abuelo falleció, dejó esta casa como herencia. Papá la recibió. Durante cada fin de semana o fiesta, Andreína y yo veníamos a este lugar".

"Entonces tu papá sigue siendo el propietario de este lugar".

"De hecho, me pertenece", dice mientras se acomoda. "Regresé a La Galera y decidí esperar un año para volver a esta casa. Supuse que seguía viviendo en esta casa, pero no fue así. De hecho, el lugar estaba desolado, abandonado y lleno de humedad. Como encontré la llave que habíamos mantenido en secreto bajo las plantas, pude pasar y ordenar todo". Está más cerca de mí, pero no me toca ni intenta seducirme.

"¡Excelente! ¿Y él sabe que regresaste y vienes con frecuencia?"

"Le escribí por correo electrónico. Lo hice para pedirle, o, mejor dicho, ordenarle que me cediera

los derechos de propiedad de la casa".

Giro y frunzo mi ceño. No me gusta lo que oigo. Abro mis ojos de par en par.

"Imagino que no se sintió bien con la idea".

"Esta casa me pertenece. No me interesa lo que piense".

"¿Hizo lo que le pediste?"

"Al parecer quería entregar la casa a cualquier persona que se lo pidiera, porque lo hizo de inmediato".

"Supongo que no ha vuelto para verte".

Toma aire para responder. "Exacto. No ha venido nunca", cuenta. "Imagino que no tiene buenos recuerdos, como en mi caso. De todos modos, no me interesa lo que piense".

Apunto a la foto en la que aparece un niño con ropa de bebé. "¿Es tu padre en su infancia?", le pregunto.

"Lo es. Aun no entiendo por qué conservo estas fotografías. Solo sé que han estado aquí por mucho tiempo. Diría que un siglo. Supongo que deben seguir allí, donde siempre han estado. Cuando hice los arreglos de la sala de estar las quité, pero luego las dejé donde habían estado".

Empiezo a reír. "¿'Arreglos'?", le pregunto. Es extraño que lo diga, pues no ha hecho arreglos en su apartamento. Es obvio, porque la pintura en las paredes luce como la original.

Se acerca y pone su mano en mis hombros. Me sujeta con fuerza.

"Sí. Arreglé. Pinté e hice muchas otras cosas. Había enormes filtraciones en el techo. Fue lo primero que recuperé. Recuerdo que cuando llegué, la casa estaba a punto de caer por el abandono. De hecho, me tomó casi dos años recuperarla".

Veo hacia los lados. "Y te felicito. Lo hiciste muy bien", respondo. "No se parece en absoluto al apartamento de soltero en el que vives".

"Lo uso porque me gusta dormir allí, pero mi verdadero hogar es este".

"¿Me mostrarás el resto del lugar?"

"Ya viste todo. La sala de estar, el jardín y mi habitación son todo el lugar".

"¿Y la cocina?", le pregunto mientras dirijo mi mirada al comedor.

"Te aburriría rápidamente. Debí comprar algunos electrodomésticos, porque los antiguos estaban muy deteriorados, pero no tuve que hacer nada más. Eso me hace recordar que aún debo sustituir los viejos mostradores".

Ambos entramos a su cocina. En la pared de la derecha hay una ventana de grandes dimensiones en la que puede verse la playa. Bajo ella está el lavavajillas. Los mostradores están hechos de madera. El olor a bosque me hace suponer que son tan antiguos como señala Alejandro.

"Alejandro, creo que deberías conservarlos. Son estupendos".

"No entiendo. Son antiguos y pesados. ¿Por qué te gustan? Creo que no están en el nivel de perfección en el que te encuentras".

"Soy yo quien no entiende. ¿Por qué lo dices?"

"Sí lo entiendes. Ambos sabemos que todo el tiempo tienes la intención de hacer todo a la perfección. Imagino que lo haces por la presión constante de tus padres", dice y sonrío ampliamente mientras me gira y me toma por la cintura.

"Claro que no. Ellos no me obligan a nada ni me presionan".

"En ese caso, ¿por qué actúas de este modo? ¿Quieres ser un ejemplo para tu hermana?"

Bajo la cara. Me detengo a pensar en su interrogante. Recuerdo que ya tuvimos una conversación sobre ese asunto. Pensaba que tanta presión podía ser el motivo de mi dificultad para alcanzar el clímax, aunque no me tomé mi tiempo para pensar al respecto.

Levanto mis ojos y abro mi boca. "No. Tal vez mis padres son mi ejemplo a seguir y los considero perfectos. Por eso quiero ser perfecta y no defraudarlos".

Frunce su ceño al escucharme. Me arrepiento de inmediato de hablar de mis padres, porque recuerdo que él ya no cuenta con ellos.

Baja su mano de mi hombro y la apoya en mi mano. Entrelaza sus dedos con los míos. Luego los levanta y los besa tiernamente.

"Creo que ya te has dado cuenta de que te sientes mejor cuando no te presionas para ser una persona perfecta o que todo salga excelente".

La temperatura de mi cuerpo sube. "Así es", digo. Empiezo a reír.

"Ya viste toda mi casa", cuenta. Abre ligeramente mi edredón.

"¿Me dices que solamente hay una habitación?"

"De hecho, hay otra, pero ahora es un depósito. La usé para guardar todas las cosas de la casa mientras hacía las remodelaciones. Son pertenencias de papá o mamá. Las dejaron acá antes de la mudanza a Colinas del Viento. Son artículos personales, como álbumes fotográficos, ropa que les traía recuerdos o las cosas de la escuela de Andreína. Conservaron incluso nuestros informes de la escuela".

"¡Vaya! Eso es genial".

"No sé qué hacer con ellos".

"¿Toda la habitación está ocupada?"

"Sí. Hay un baúl y una gran cantidad de pertenencias de papá. Tal vez las dejaron aquí porque creyeron que volveríamos cuando... bueno, supongo que sabes de qué hablo", dice mientras encoge sus hombros.

"La vida a veces nos hace cambiar de planes".

"Lo sé. Debo decidir qué destino darles, pero no quiero pensar en eso por ahora. Estoy feliz de que estés aquí".

Me abraza con fuerza y se aferra al edredón. Nos besamos mientras la gruesa tela calienta nuestras pieles. La extiende para que nos cubra por completo.

CAPITULO 30: Alejandro

Pasamos todo el domingo relajándonos al sol. Me alegra saber que Valeria ha olvidado, al menos por un momento, la habitación adicional. Estoy feliz de pasar tiempo con ella en lugar de usar mi tiempo para asear otro dormitorio.

Es lo que suelo hacer cuando vengo a la casa de la playa: ordenar, limpiar y pintar. Decidí que ahora no voy a hacer nada de eso. Solo quiero pasarla bien con ella y recorrer la playa.

Estoy más satisfecho que nunca al recordar que esta es la única propiedad en varios kilómetros a la redonda, porque decidió dejar sus senos libres casi siempre. Sus pezones se levantan cuando el viento apacible del mar llega a la orilla.

Me siento impaciente. Ya deseo que empiece a tener los mismos días libres que yo. De ese modo, podremos disfrutar los meses de verano a plenitud. Deberé hacer algunas remodelaciones adicionales, pero no me importará. Me alegrará tenerla a mi lado.

Estamos en la arena, a unos pasos de la orilla. Me encanta tenerla conmigo un lunes feriado.

"Ya puedo imaginarme un tatuaje sobre este seno", le digo mientras mi mano lo recorre.

"¿De qué hablas?", me pregunta mientras quita sus ojos de su tableta y los fija en mí.

"De un tatuaje mediano. Podría ser... un geranio".

"¿Dices que no te gustan mis senos tal como los ves ahora?".

"Claro que sí. Son lo mejor que he visto", respondo mientras tomo su seno.

"No hay razón para cambiarlos entonces".

"De hecho, sí. Me divertiría haciéndolo".

"Creo que no soy tan pervertida como para tatuarme un seno".

"Pero voy a pervertirte más. Ya lo verás".

Muevo su seno y comienza a reír.

"Eso no va a pasar, te lo aseguro".

"¿Tienes ropa suficiente para regresar a La Galera?", le pregunto entre risas.

Alejo su mano para responder. "Me siento muy satisfecha con todo el sexo que hemos tenido. No creo que tenga que masturbarme".

"Me sucede lo contrario. Siempre que llegas a mi mente, siento deseos de masturbarme".

"¿Confiesas que no estás satisfecho conmigo?", me pregunta con una carcajada.

"Claro que no. De hecho, estoy completamente satisfecho".

"En ese caso, supongo que deberé parar. Quizás en nuestro próximo encuentro no voy a tocarlo".

"Me destruirías si lo hicieras. *Debes* tocarme".

"Si lo hago, estarías completamente satisfecho, como dices".

"Será mejor que vaya a preparar nuestras salchichas", respondo. No quiero volver a amenazarlo.

"Voy a ayudarte en la cocina".

"Lo permitiré, pero debes desnudarte primero".

"Eso no va a pasar. Mañana a primera hora tengo que regresar al trabajo. Debemos volver".

Ambos preparamos nuestra comida. Preparo las salchichas y la carne. Valeria, por su parte, prepara ensalada.

Retornamos a nuestra ciudad con tranquilidad. No nos quitamos la ropa en ningún momento. De todos modos, la paso bien con su compañía en mi camioneta.

"Aunque quisiera quedarme contigo, no puedo. Mañana tengo que trabajar, por lo que debo ir a mi apartamento a buscar algunas cosas".

"Pero dejaste tu auto en mi estacionamiento. Te acompañaré a buscarlo".

Asiente y vamos a mi apartamento. Al llegar, noto que hay una camioneta en mi lugar. Eso no me asombra en absoluto, pues muchas personas suelen aparcar en mi lugar. Giro para estacionar cerca de mi tienda, justo al lado del auto de Valeria.

Sale de mi camioneta y sonrío. Camino con rapidez hasta dónde está y la abrazo con fuerza. Quiero demostrarle con ese abrazo que deseo mantenerla a mi lado.

"¡Hijo de puta!", escucho cerca. Es un sujeto. Y está molesto.

Vólteo rápidamente. El tipo camina hacia mí. Es Jaime. Las venas de su cara están saltando. Tiene una daga en su mano.

"Por todos los cielos", exclama ella.

Me interpongo entre él y Valeria para que no le haga daño. "Oye, ¿por qué viniste?", le digo con autoridad.

"¿Por qué me enviaste a esa malnacida?".

"No sé qué mierda dices".

Siento la presión de las manos de Valeria. Se aferra a mis antebrazos.

"Hablo de la puta de Ingrid".

Jaime respira con violencia. Camina para llegar a la parte trasera de mi camioneta. Al llegar allí, frena sus pasos. Baja la daga, aunque sigue tenso.

"Jaime, será mejor que te vayas. Recuerda que por orden judicial no debes acercarte".

"Oh... ¿ahora tienes miedo? ¿O no quieres pelear conmigo porque no quieres que este culo que estás cogiéndote descubra tu verdadera personalidad?".

El pecho de Valeria late con fuerza. Se siente inquieta con las preguntas de Jaime. También estoy alterado, aunque no quiero iniciar una pelea con Jaime. Solo quiero mantener a salvo a Valeria.

"Cállate, pendejo. Debes irte. No puedes violar la ley, olvidar esa orden".

"Al diablo con esa orden. Lo que me interesa es mi tienda. Quisiste afectarme enviándola".

"¡Por favor! No quise hacer eso, Jaime. Además, tu tienda es una porquería. Es tan mala que no hace falta que la sabotee, pendejo".

En otras condiciones ya lo habría molido a golpes y acabado con su auto, pero no es el caso ahora. Valeria está conmigo y me siento calmado. Ojalá ella también se sienta tan calmada como yo.

"¿Pero por qué mierda enviaste a Ingrid?", me reclama en voz alta.

"Ya no tengo nada que ver con ella".

"Ahora soy yo quien tiene que ver con ella".

"Bueno, no te obligué a contratarla".

"Debiste haberme dicho cómo era".

"Fuiste tú quien debió contactarme para que te diera referencias sobre ella. Tampoco la buscaste en internet. Es tu culpa. Ahora lárgate. Nuestra conversación ha terminado".

Valeria respira con fuerza y me aprieta poderosamente, cada vez con mayor intensidad.

"Estaba haciendo un tatuaje y fue tan descarada que robó la billetera de ese cliente mientras lo hacía. El cliente dice que va a demandarnos. Qué porquería".

"Oye", le digo con calma mientras me acerco a él. "Ingrid ya no es mi empleada y no tengo contacto con ella. Será mejor que salgas por donde viniste, a no ser que quieras...", escucho el quejido de Valeria y corto mis palabras. Mi discurso toma otra dirección. "Que llame a Emergencias para que les cuenten a las autoridades que violas tu orden de restricción". Giro y veo a Valeria. "Cariño, por favor llámalos".

"Pendejo. La orden es tuya, no mía", dice con molestia mientras guarda la daga. Empieza a caminar y en unos segundos ya no podemos verlo. Es increíble que haya salido tan rápidamente sin quejarse otra vez.

Exhalo y volteo mi cara. Quiero abrazar a Valeria, pero está más lejos. Intenta calmarse por su cuenta. Sus brazos están en su pecho.

"Ya se fue. Puedes estar tranquila", le aseguro.

"¿De dónde salió ese sujeto? ¿Qué tiene que ver Ingrid en esto? ¿'Orden de restricción'? ¿Qué rayos es eso?".

"Acompáñame y te lo diré todo".

"No estoy segura de que quiera ir allí. ¿La Policía le prohibió acercarte a ti?".

Cierro mis ojos y niego con mi cara. "No es tan sencillo. Y sinceramente, es algo largo".

"Empieza a hablar entonces".

"Acompáñame. Podré prepararte algo de comida en la cocina".

"No tengo apetito. Solo quiero que me cuentes qué sucede. El sujeto es un maniático, sin duda. Y quiero saber por qué vino".

"Así es. Es un maniático, y no me ha dejado en paz desde que volví a La Galera".

Su mirada se enfoca en mi cara. No muevo un músculo cuando lo hace. Entiendo que debe estar impresionada. Seguramente es la primera vez que presencia una discusión como esa.

"No te imaginas lo confundida que estoy. Creí que pelearían. Nunca me imaginé que serías esa clase de persona. De hecho, ya no sé qué clase de persona eres".

"Soy el hombre que estuvo contigo en la playa. Esa es mi verdadera personalidad".

Cierra sus ojos. Hago lo mismo poco después. Su respiración se entrecorta y baja sus brazos. Luego toma aire y me ve con miedo.

"De acuerdo. Entraré contigo, con la condición de que me digas lo que sucede".

Tomo la manilla de mi puerta para insertar la llave y abrir. "Eché a Ingrid de la tienda cuando viniste porque me di cuenta de que había robado a algunos clientes varias veces. Esa fue la razón por la que la despedí repentinamente. Luego indemniqué a mis clientes", le cuento.

"¿Y cuál es la razón de su enfado?".

Valeria pasa y sube las escaleras. Voy detrás de ella.

"Él la contrató después de que yo la despidiera. No tengo nada que ver, porque no me contactó para preguntarme cómo era ella".

"Debiste informar a la Policía", dice. Se paraliza en medio de las escaleras. Voltea para verme y cruza sus brazos otra vez.

"Tomemos asiento y te contaré".

"No voy a hacerlo. Quiero que me lo digas ahora".

"Como te prometí antes, voy a decirte todo, pero creo que sería buena idea tomar asiento", le sugiero, pues sé que debe relajarse para escuchar mi historia.

Exhala y sube sus manos. Sus pasos son más veloces que antes. Se sienta en el sofá reclinable y vuelve a cruzar sus brazos mientras me ve fijamente. Debo correr para alcanzarla.

Me hubiera gustado que se sentara en el otro sofá. Dejo de caminar cuando me pongo frente a ella. Tal vez no sea bueno iniciar una discusión sobre el sofá, así que decido sentarme en el otro.

"Al regresar a La Galera abrí mi tienda. Jaime se enteró y se molestó mucho. Creyó que yo era un competidor fuerte, lo cual era cierto, y destruyó la entrada de mi local. Es la razón por la que emitieron una orden para que no me acerque a él".

"Pero la orden es por ti, no por él".

"Sí, porque lo vi desde mi camioneta cuando destrozaba la entrada. Bajé y le di algunos golpes".

"¿Lo venciste?".

"Así es, aunque él me golpeó antes de que yo lo hiciera".

"Sigo confundida. Existen muchas tiendas que hacen tatuajes en este estado. No entiendo su intención al atacar solo la tuya".

"Acababa de abrir. Era su primer rival en La Galera y quería amedrentarme. Está loco, como bien

dijiste".

"Supongo que por esa razón no le advertiste de Ingrid".

Encojo mis hombros. "Como la orden me impide acercarme, no puedo hablarle ni contactarlo de ningún modo".

"Y su tienda te interesa muy poco".

"Exacto".

"¿Pero por qué no hablaste con la Policía para decirles que Ingrid había robado cuando era tu empleada? Debes ir a una comisaría y contar todo. Es un delito y debe pagar. Personas inocentes sufrieron por sus acciones".

"Se oye sencillo y justo, pero no lo es. Si bien la detesto y quisiera verla tras las rejas por sus errores, tiene dos hijos que debe criar sola. No quiero causar una ruptura familiar. Ellos la necesitan. Lo sé muy bien por lo que viví".

Baja sus brazos y se levanta.

"¿De verdad lo haces por eso?", me pregunta con delicadeza mientras me ve.

"Sí", respondo. Me pongo de pie y la abrazo suavemente.

"Ya me convenciste. Tu verdadera personalidad es la que me mostraste en la playa".

"Sí. Ese soy yo. Y ojalá no hubieras pensado negativamente sobre mí por lo que viste". De hecho, no entiendo sus dudas. Creí que después de todo lo que había pasado entre nosotros ya sabría qué tipo de hombre soy realmente.

"Disculpa. Tuve mis dudas por la actitud violenta de ese hombre que vino a tu tienda".

Cierro mis ojos y relajo mis hombros. Acercó mi cara y beso su boca lentamente. Valeria hace que me calme. Solo ella lo logra. De hecho, se ha convertido en el único ser humano que me da paz y al mismo tiempo me hace feliz. Es una relación estupenda. Ahora simplemente debo soportar la comida con su familia para que todo sea perfecto.

CAPITULO 31: Valeria

"No sabes lo feliz que estoy porque decidiste dormir aquí anoche", confiesa Alejandro antes de besar mi frente.

"Bueno, lograste convencerme rápidamente".

Tenía claro que si pasaba al apartamento sería difícil de salir, pero el episodio con Jaime me obligó a pedirle explicaciones a Alejandro. Hablar con él me permitió entender la verdadera razón de la despedida de Ingrid.

Ahora sé que Alejandro tiene un lado generoso, que le impide acudir a la Policía a reportar los robos. Sé que tuvo una adolescencia horrible por la pérdida de su madre. Ya entiendo cómo ese suceso cambió cada uno de los aspectos de su vida y lo convence de tomar decisiones difíciles, incluso en momentos como este.

"Nos vemos más tarde", dice para despedirse. Luego me ayuda a subir a mi auto.

"Así será. Feliz día".

Alejandro cierra mi puerta. Estaré sin él durante la tarde. Recordarlo me hace sentir muy triste. Siento unas grandes ansias de cambiar lo antes posible mi jornada laboral para compartir mis días libres con él, pero para ello debo informar y atender a los pacientes que ya programaron sus consultas.

Llego tan rápido a la clínica que apenas me doy cuenta. Recordé cada uno de los momentos felices que vivimos en su casa de la playa. Eso hizo que el camino se hiciera corto.

Admito que es la primera vez que siento algo tan poderoso por un hombre. Nació en el fondo de mi corazón. Con cada una de las cosas que vivimos, me siento más unida a él. Ya lo sé: siento un amor puro y profundo por él.

Y estoy feliz de que siga allí y crezca cada día.

Es tan fuerte que muero de ganas de presentarles a Alejandro a mis padres. Estoy convencida de que sentirán un amor profundo por él, tal como el que yo siento. Les agrada muchísimo.

Estoy entrando a la clínica y ya puedo oír la voz de Marisa. "Feliz martes, Valeria", dice.

"Feliz martes".

"¿Hablaste con los dueños? ¿O debo hacerlo yo?".

Sonrío ampliamente, aunque lo hago para simular que estoy bien: "Ya se los conté".

"¿Qué sucedió?".

"Bueno, ahora tendré otros días libres. Además, todos cenaremos juntos este fin de semana".

"¿También les contaste lo que pasó en tu consultorio?".

"¿No crees que esa es la razón por la que ahora trabajaré los fines de semana en vez de estar aquí de lunes a viernes?".

"No lo sé. En cualquier caso, me iré en diez días. Ya entregué mi carta de renuncia".

"Me alegro por ti".

"Lo hago porque ya no puedo estar en una clínica con tantos problemas como esta".

"También estoy contenta de que te vayas. Este lugar será menos tóxico sin ti".

Giro y sonrío con suficiencia. Y no me ruboricé. Al parecer, ya puedo decir lo que pienso sin avergonzarme.

Duermo con Alejandro en su apartamento por el resto de la semana. Aunque "dormir" no es lo único que hacemos.

Hoy es sábado, así que vine a mi apartamento. Debe trabajar hoy. Decidí pasar el día en casa para terminar mi libro y descansar. En unos minutos llegará para que vayamos a casa de mis padres a cenar.

Escuche que tocan mi puerta. Me levanto del sofá para abrir.

"Ya quería verte, cariño", le digo cuando lo veo. Lo beso en la boca y pongo mis manos en su cuello.

Baja sus brazos y sus dedos llegan a mi cintura y luego a mis nalgas. Su movimiento hace que mi corazón se acelere.

"¿Por qué no nos quedamos aquí y nos quitamos esta ropa?".

Me separo de él. "Podremos desnudarnos más tarde", le respondo. "Debemos irnos ahora. Quiero que conozcas a mis padres cuanto antes. Sé que los amarás desde el principio".

Deja de sonreír y exhala profundamente. Creo que se siente derrotado, pero no hay motivos para que se sienta así. Cuando conozca a mis padres y vea a Teresa otra vez, lo sabrá enseguida.

Subimos a su auto y le indico qué ruta debe tomar para llegar a la casa. No enciende la radio. Noto que respira con dificultad y sus mejillas están empapadas. Lo entiendo, pues imagino que, a pesar de su edad, cualquier hombre se abrumaría al saber que conocerá a sus suegros. Y también cualquier mujer.

Llegamos a la entrada y apaga su camioneta. Salgo con prisa de él. Alejandro, sin embargo, sigue dentro. Su puerta está cerrada. Camino para llegar a ella y abrirla.

"Sal", le pido, halando su brazo.

Cierra sus ojos mientras levanta sus manos. Entrelazo nuestros dedos y lo conduzco a la entrada de la casa.

Tras unos pasos, tocamos la puerta y Teresa se apresura a abrirnos.

"Buenas noches", dice Teresa para saludarnos. Nos toma de las manos para que entremos. "Alejandro, pasa por favor", le pide.

"Ella es Teresa, mi hermana menor. Imagino que la recuerdas. La vimos cuando tuvimos nuestra primera cita en el bar", le digo mientras lo veo.

Él asiente sin abrir la boca.

"Estaba pensando que jugáramos billar. Vale me contó que tienes talento, pero creo que igualmente voy a vencerte", dice, impulsándonos por la sala de estar.

"¿Y nuestros padres?".

"Ambos están preparando la cena. Cuando ya esté lista, van a avisarnos".

Mis padres no suelen comportarse de este modo. Cada vez que alguien llega a casa, salen a saludarlo o presentarse. Me sorprende lo que están haciendo.

Mi hermana levanta su mano para invitar a Alejandro a pasar. "Ya la mesa nos espera", nos informa.

Dispara y su golpe apenas golpea las bolas. No es buena para jugar. Simplemente lo asegura para darse ánimo.

Alejandro toma su palo y golpea las bolas. Todas se mueven con fuerza por la mesa. Algunas dan de lleno contra las bandas o entre ellas. Todos las vemos dar vueltas en la mesa. Creo que nunca dejarán de moverse. Finalmente, tres bolas caen en los hoyos.

Una bola que aún se mueve finalmente deja de hacerlo. Alejandro vuelve a golpear, y una bola más cae en un hoyo.

Teresa se acerca a mí. Pone su boca cerca de mi oído. "No ha dicho nada. ¿Tiene problemas con la voz?".

"Claro que no".

"De todos modos, no importa. Ese rico cuerpo me dice todo lo que tengo que saber".

Alejandro levanta su cara levemente. Sonríe por la indiscreción de Teresa. No aguanto más. El deseo me obliga a acercarme a su trasero. Muevo mi mano y aprieto su nalga derecha. Luego voy a la izquierda.

"No olviden que no vinieron a repetir lo que hicieron cuando estuvieron juntos por primera vez en una mesa de billar como esta", nos recuerda Teresa entre risas.

"Lo haríamos si no estuvieras aquí", le respondo. Estoy impresionada de mi desparpajo. ¿Cómo puedo hablar de este modo sin ruborizarme? Tal vez lo hago porque estoy con un par de personas que amo muchísimo. Eso quizás me hace sentir tranquila.

Alejandro, como es de esperarse, vence a Teresa con comodidad, e inicia una partida contra mí. Estoy ganando, pero papá nos pide desde la cocina que vayamos a cenar.

"Dejaremos esto hasta aquí y lo retomaremos cuando hayamos terminado nuestras comidas", le indico.

Pasa por alto mis palabras. Continúa en silencio, como ha hecho durante casi toda la noche.

Teresa sale de prisa de la sala de juegos. "Por fin. El apetito está matándome", nos informa desde el pasillo.

Palmeo su espalda con mi mano derecha. "Acompáñame", le pido.

Me doy cuenta de lo nervioso que está. Estoy impresionada por lo alterado que se siente. Él se

aleja un poco. Al llegar a la puerta, se paraliza. Voy de prisa para alcanzarlo. Tal vez me espera para que le indique cómo llegar.

¿Está sudando copiosamente o es solo mi imaginación? Decido guiarlo para que lleguemos pronto a la cocina, por lo que lo tomo de la mano.

Teresa ya llegó y se sentó en un extremo, en lugar de tomar su silla habitual de la izquierda. Tal vez lo hizo para que tome la silla al lado de la que tomará Alejandro. Mis padres, en tanto, no están en el comedor.

"Toma asiento y espera", le pido. "Tal vez mis padres necesiten ayuda con la comida. Voy a la cocina".

Volteo, pero no tengo que dar un paso más. Papá está frente a mí, con una ensaladera llena en sus manos.

"Papá, qué bueno que finalmente te veo. Quiero presentarte a Alejandro".

Alejandro se levanta poco a poco. Papá deja la ensalada en nuestra mesa. Luego Alejandro extiende su mano derecha. Está llena de tatuajes. Papá la estrecha calurosamente mientras ve su cara.

"Un gusto. Eres bienvenido en nuestra humilde casa", dice papá. Alejandro asiente y regresa a la silla sin decir nada.

Mamá llega al cabo de un minuto aproximadamente. Tiene guantes de cocina en sus manos. Con ellos sostiene una olla caliente y humeante.

Mamá lo ve y luego fija sus ojos en papá. "Alejandro, es un gusto recibirte en nuestro hogar", dice.

Tomo asiento. Alejandro asiente de nuevo y sonrío ligeramente, pero sigue en silencio. Estoy del lado derecho, muy cerca de él. Pongo mi mano en su rodilla. Él se inquieta y empieza a mover sus piernas y a balancear su cara.

Mamá toma una gran cuchara para servir una porción de carne en nuestros platos. Empieza por el de Alejandro.

"Puedo servir más si lo deseas", le indica.

"Gracias, pero está bien", responde Alejandro.

Sirve carne en mi plato y después hace lo mismo con el de Teresa. La vemos sin decir nada, comprobando cómo se esmera para atendernos. Da unos pasos para poner comida en el plato de papá y el suyo. Luego toma la ensaladera y repite el procedimiento, con suma calma y una pequeña sonrisa.

Alejandro no para de moverse. Me siento molesta por la actitud de mis padres. Me hubiera gustado que lo recibieran al llegar. Se hubiera sentido menos agitado. Sé que es diferente a ellos. Tal vez se deba a sus tatuajes. O a otra razón...

Cuando mamá ha servido todas las porciones se dirige a su silla. "Llegó la hora de cenar", indica susurrante y sonriente.

Mantengo mis dedos sobre la rodilla de Alejandro. Con la otra tomo mi tenedor. Papá y Teresa

comienzan con sus platos, pero Alejandro no lo hace. Mamá tampoco. El clima se enrareció. Aunque el aroma de la carne es estupendo, creo que ya no tengo hambre.

"Todo está muy rico", nos informa Teresa.

Papá toca la mano de nuestra madre. "Tienes razón. Creo que es una de las mejores cenas que has preparado, Lucía", dice.

Él y mi hermana comienzan a conversar y continúan cenando. No puedo unirme a ellos en ninguna de las dos cosas. Solo puedo ver a Alejandro y luego ver los ojos de mamá. Tienen sus cubiertos en sus manos, pero ni siquiera han probado sus cenas. ¿Por qué no comen?, es la pregunta que no sale de mi mente.

"Alejandro es tan bueno en el billar que incluso me derrotó. ¿Por qué no juegan una partida en parejas cuando terminemos de comer?", pregunta Teresa.

Me alegra que mi hermana dijera algo que ayudara a calmar el ambiente. "Me parece una excelente sugerencia", respondo.

"Bueno, debo lavar estos platos", asegura mamá.

"No hay problema. Puedo hacerlo por ti", le informa Teresa.

Finalmente, mamá prueba su cena.

Los movimientos de Alejandro son más alarmantes. Aprieto su rodilla para tratar de que se calme. Estoy segura de que cuando los conozca un poco más, estará más relajado.

Pero él aleja su comida. "Tengo que levantarme".

CAPITULO 32: Valeria

No entiendo por qué acaba de decir una frase como esa. Estoy a punto de colapsar.

"Valeria, te pido mis más sinceras disculpas. Realmente quise hacerlo, pero ya veo que no lo lograré", asegura Alejandro sin levantarse.

"Oye, cálmate", le pide papá.

"Sí, cálmate. No pasa nada. Puedes estar tranquilo", le digo mientras lo veo levantarse. Hago lo mismo. "Una vez que los conozcas, te sentirás mejor. Ya lo verás".

¿'Una vez que los conozcas'? ¡Pero ellos ya me conocen, especialmente tu madre, y fingen que no es así!", dice con fuerza. Vuelvo a tomar asiento mientras el asombro sacude mis entrañas.

"¿Te conocen?, les pregunto, viéndolos a todos.

Alejandro gira para ver la cara de mamá. Su mirada intensa llega a sus ojos y se queda allí.

"Esto es insólito. Llego a esta casa y haces todo lo posible para esconderte de mí. Y cuando tomo asiento, simulas que no ha pasado nada, que no me conoces y que todo está perfecto entre nosotros", suelta con molestia al ver a mi madre.

"Oigan, ¿qué sucede?", les pregunto, aunque parece que nadie me oye.

"Alejandro, aunque no lo creas, esto es casi imposible de soportar para mí también", responde mamá. Su voz es un susurro.

"¿Qué rayos sucede? Necesito saber", les digo. Mi voz se oye más fuerte que antes.

"Valeria, te aseguro que quería hacerlo. Por ti. Sé que amas a tus padres y significan mucho en tu vida. Ya lo mencionaste. Sabemos que tu familia debe conocer a tu novio para que esa relación funcione. Por eso vine aquí, pero ahora entiendo que no hay forma de que las cosas salgan bien. Nada está bien. Llegué y quise cenar con ellos, pero no puedo mentir más. Tu mamá es la razón por la que mi mamá falleció".

Empiezo a llorar a cántaros. Acerca su mano y sujeta la mía. Me levanto y trago grueso. Siento que alguien acaba de arrojarme a un tren en movimiento.

Respiro con dificultad. Se apresura a llegar a la puerta para irse. Debo caminar velozmente para alcanzarlo. Creo que en cualquier momento voy a caer. No sé adónde voy concretamente, pues mi mente no me da respiro con los pensamientos que llegan, uno tras otro. Sigo confundida.

Mi cara está llena de llanto y mi maquillaje está destruido. "Debiste decírmelo", le digo.

"No lo hice para no lastimarte. Supuse que podría ignorar el pasado y avanzar, pero ahora veo que no es así. Valeria, eres una persona muy dulce, una mujer atractiva y estupenda. Además, estás rodeada por unos padres y una hermana que te aman. Es lo que los seres humanos debemos valorar más. Lo tengo claro porque yo mismo tuve una familia que amaba. Lamentablemente, creo que debemos terminar esta relación. Me doy cuenta de que no podemos estar juntos. No hay forma de que pueda estar cerca de tus papás, y tampoco hay forma de que yo te separe o te pida alejarte de ellos".

Enjugo mi llanto. Quiero que la neblina de mis ojos se disperse y ver el rostro de Alejandro.

"No digas eso", le pido, porque lo que más deseo es estar con él, subir a su camioneta y conversar para solucionar todo.

Pero él niega con su cara. "Disfrutamos todo mientras estuvimos juntos. Conservaré ese recuerdo grato. La decisión que estoy tomando es la mejor".

Él abre la puerta para irse. Tiemblo y sigo llorando.

"Por favor, quédate".

Gira para verme. Me acerca con su mano. Un rayo de ilusión ilumina mi alma. Inclino mi cara y sucumbo de nuevo a sus encantos.

"Valeria, te amo. He sentido un amor profundo por ti desde la escuela primaria. Y aunque nunca dejaré de amarte con todo mi corazón, no quiero que suframos por esto. No podemos estar juntos".

"Pero no estoy sufriendo. Al contrario, soy feliz contigo", le recuerdo, con el tono de mi voz convertido en un ruego.

"Aunque estés feliz, no puedo ser tu novio. No te pediré que te separes de tus padres por mí. Tampoco puedo acercarme a ninguno de los dos. Eso solo me recuerda que mi madre falleció gracias a tu madre".

Lanza la puerta y sale. "No...", comienzo a decir, pero él ya se ha ido.

Mis pies no pueden sostenerme. Caigo en el piso y me mareo.

"Hija mía", dice mamá, consolándome con sus brazos.

"¿Por qué Alejandro habló de ese modo? No me dijiste que ya lo conocían. Además, está convencido de que su mamá falleció y tuviste algo que ver", le digo con tristeza.

"Y así fue", responde murmurante mamá.

La furia atraviesa mi pecho. Y mi voz lo demuestra. "¿Por qué carajo no me lo contaste?".

"No lo sé. Solo recuerdo que tenía leucemia, pero no lo diagnosticamos a tiempo", dice. Luego continúa hablando, pero no puedo oír sus frases siguientes por la tristeza que siento.

Y también por Alejandro. Sigo pensando en él, aunque ya se marchó de mi casa. Ya no está conmigo y me pidió que no volviera a buscarlo.

¿En serio terminamos? ¿De verdad está pasando?

Tomo aire y me impulso para levantarme. Abro la puerta con rapidez. Quiero salir de la casa. Cuando salgo, recuerdo que mi auto no está en el estacionamiento. Giro y me dirijo a la habitación que ocupé cuando era niña, aunque no sé por qué lo hago. La tristeza vuelve a asolarme.

Lanzo la puerta, caigo sobre la cama mientras sigo llorando y tomo una almohada para cubrir mi cara.

Siento un profundo dolor en mi pecho y mi corazón. Quiero estar con él. Deseo abrazarlo, pero no puedo hacerlo. El llanto sigue saliendo incesantemente de mis ojos. Mis emociones se derrumban.

Alguien aparece en mi puerta. La abre y levanto mi cara.

"Vine a traer tu celular", me cuenta Teresa en voz baja.

Aunque no puedo abrir mi boca para responder ni hacer nada, lanzo un suspiro de alivio. Mi hermana deja mi celular en la mesa de noche, cerca de mi cama. Otra ola de llanto sale de mis ojos. Toca mi brazo con delicadeza.

"Me gustaría volver a mi hogar".

"Este es tu hogar, Vale".

"Hablo de mi verdadero hogar. El que ya empecé a construir con Alejandro".

"Tu verdadero hogar somos nosotros, hermana. Aquí está tu familia. Y siempre lo estará".

Me siento rápidamente. La furia que siento es inmensa. "Él no me dijo nada sobre su madre. ¡Y nuestros padres tampoco lo hicieron!", reclamo con fuerza.

"Es cierto. Es una cagada. Yo tampoco entiendo nada. Tal vez mamá no lo hizo porque no puede hablar sobre sus pacientes. Violaría el código de ética. O quizás jamás imaginó que se vería obligada a hacer algo así".

"Lo que dijo es cierto. Los amo a todos aquí. No puedo estar con un hombre que no quiere a mis padres. Que los odia".

"Vale, no creo que los odie. Se esmeró para que te sintieras bien. Es importante que lo recuerdes. Pero debes respetar tu decisión. Siente que debe estar lejos de nuestra madre. Creo que es el fin, hermana, aunque te duela".

Me abraza y masajea mis hombros. Sus movimientos me relajan. Lo que dice es verdad. Este lugar es mi hogar. Mis padres son una pieza vital de mi existencia. Pero Alejandro también lo es. Estoy convencida de que debe estar en mi vida. Sé que no podría escoger. Tal vez eso llevó a Alejandro a romper conmigo.

Sigo en la habitación de mi niñez. Me tomo tres días para recuperar la calma. Teresa no se separa de mí ni siquiera un instante. Le escribo constantemente a Alejandro, pero él no responde. Tampoco me llama. Hoy solo le he escrito en una ocasión. Supongo que ya mi mente está asimilando la idea de que no estamos juntos.

Mamá se acercó a mi habitación. Mi padre lo hizo después. Querían saber cómo me siento. Luego han vuelto a distanciarse y no he vuelto a verlos. ¿Por qué no pasan? ¿Por qué no me hablan? No tengo idea, pero tal vez están desconsolados por no haberme revelado la verdad. Quizás la sensación de culpa que experimentan es fuerte. Nada de esto hubiera sucedido si me hubieran contado todo. No le habría pedido a Alejandro que comiera con ellos. Quizás solo le hubiera pedido que tomara un café con ellos. Al saber lo que había pasado, pudimos haber hablado con calma sobre el tema.

No hay motivos para que salga de la habitación. Intento encontrar uno, pero me cuesta hacerlo. Por ahora, mi mayor deseo es ocultarme del mundo en este lugar. Si tengo que hacerlo por el resto de mi vida, lo haré.

Tomo mi tableta para continuar la lectura de mi libro, aunque no puedo enfocarme en ninguna de las páginas. Mamá llega de nuevo a mi cuarto.

Se apoya en el borde de la cama. "¿Qué tal te sientes?", me pregunta.

"Como si mi peor enemigo me hubiera dado una golpiza".

"Lo sé. Querías terminar nuestra primera cena juntos de una forma mejor. Imagino lo sorprendida que estabas".

"Así es. ¿Por qué nadie me dijo lo que pasaba? Aún no lo comprendo".

"No pude pensar en algo que decirte en el momento en el que me contaste que eras su novia. Aún recuerdo completamente lo que sucedió con la señora Flor Suárez, aunque han pasado casi diecisiete años de su muerte".

Recuerdo inmediatamente todos los tatuajes de flores que Alejandro tiene en su pecho. "¿'Flor'?"
"¿Ese era su nombre?", le pregunto.

"Exactamente. ¿Por qué lo preguntas?".

"Por los tatuajes de flores de Alejandro. Ahora lo entiendo".

Creo que dirá algo porque abre su boca, pero rápidamente la cierra. Entonces se produce una larga pausa. Noto la rigidez repentina de sus músculos.

Tomo aire y cierro mis ojos. "Me hace mucha falta", reconozco después.

"Lo sé, hija. Está claro que era una persona importante en tu vida".

"Lo es", respondo, corrigiendo su frase. "Es alguien importante todavía. Y siempre lo será. Sé que siente un profundo amor por mí. Lo reconoció antes de irse. Pero también aseguró que no separaría a un hijo de sus papás. Supongo que eso también se aplica en mi caso. No sé qué pasará conmigo. ¿Y ahora?".

CAPITULO 33: Alejandro

Tomo aire mientras salto. He estado golpeando mi saco de boxear durante todos los días de esta semana. Me duelen las manos por los golpes que he dado.

Decidí postergar mis citas desde el fin de semana. Como es viernes, creí que había llegado el momento de trabajar y luego relajarme un poco.

Cometí algunos errores con este cliente, pero puedo hacer algunos retoques para mejorar la imagen. Por otro lado, he usado la máquina con algo de rudeza. Creo que me alegro un poco cuando le hago un tatuaje a un sujeto y se exalta por el dolor. El atardecer se acerca.

Es un sujeto bastante alto y musculoso. "Terminé por ahora. Debes pedir otro turno para finalizar tu tatuaje", le informo.

"¿No me aseguraste que estaría listo hoy mismo?".

Levanto mi mano derecha. Está ligeramente inflamada. "Sí, pero mira mi mano", le pido.

"Mierda. ¿Tuviste alguna pelea?".

"Sí, con mi saco de boxear. Y mi pared".

"Carajo. No había conocido a un tipo tan imbécil".

"Tienes algo de razón. Daniel, por favor dile a este sujeto qué medicinas debe usar y reservar un turno para él la próxima semana".

"Seguro", me responde Daniel.

Entonces me levanto. Voy a la puerta, la abro y camino hasta la sala de personal. Sé que quedó café en nuestra máquina.

Está algo frío y no tiene azúcar. Eso no me impide tomarlo.

El dolor en mis manos es intenso. No he parado de pensar en ambos dolores. Para mí, son una mezcla semejante al dolor de mi amada Valeria y el de mamá. Los imagino de ese modo mientras golpeo con todas mis fuerzas la pared.

En cualquier caso, la razón de ese dolor tiene nombre. Es Lucía.

Aunque hayan pasado más de dieciséis años, la rabia por la muerte de mamá sigue latiendo en mi cuerpo. Además, me molesté mucho al notar la actitud de los padres de Valeria. Siento que su muerte sucedió recientemente, y que a ellos no les importó un carajo.

Ahora comprendo que ir allí fue una idea terrible. Creí que todo saldría bien. Quería hacerlo por Valeria. Estaba dispuesto a hacer lo que me pidiera, pero no pude tolerar el dolor en mi corazón. Ese dolor ahora es más fuerte, porque ya no está conmigo.

No había sentido tanto amor por alguien. Sé que no volveré a experimentar un sentimiento tan poderoso. Siento que me brinda una paz que nadie más me da. No hay tristeza en mi corazón cuando está conmigo.

"Disculpe, ¿adónde cree que va? Ese lugar es exclusivo para el personal", dice Daniel con todas

sus fuerzas.

Es Lucía. Recogió sus cabellos a medias, con una trenza. Su vestido está lleno de arrugas. Entra a la sala de personal sin avisar.

"Alejandro, no sabes cuánto me alegra verte. Te he buscado en todos lados. Creo que debemos conversar", me dice.

Pongo mi taza en el mostrador, dejándolo caer con fuerza. "Eso no va a pasar. Sal. Y no vuelvas", le exijo.

"Debemos hacerlo. Por mi hija".

"Ya terminé con ella. Fue lo mejor".

"No. Eso no ayudó en nada. No ha parado de llorar desde el sábado. De hecho, no ha salido de su cuarto ni nuestra casa".

No quiero verla más. "Eres su madre. Puedes consolarla", le digo, y giro.

"No. Solo tú puedes darle ese consuelo. Y tu amor. El amor que ya mi madre no puede darme".

La imagen de Valeria ensombrecida por la tristeza al salir de casa de sus padres me hace sentir muy mal. Lo sé porque también me azotó el dolor al hacerlo. Sé que no quiero lastimarla, pero me di cuenta de que era la única decisión que podía tomar. Siento ganas de llorar.

"Eres su madre, lamentablemente. Eso te convierte en la culpable de mi dolor y su tristeza", digo, girando y mostrándole la ira que siento.

"Sé que no diagnosticué a tiempo a tu mamá. No sabes cuánto lo lamento. No pudimos hacer nada cuando se esparció. No he logrado perdonarme".

"Ya somos dos, porque yo no lo hecho y jamás lo haré", le respondo con contundencia.

"Espero que entiendas que no la consideré una simple paciente".

"Yo tampoco lo hice, porque fue la mujer que me trajo a este mundo".

"Sí. Y era una gran amiga. Sé que también era la madre de otra niña con la que estudiaba Valeria. Íbamos a la escuela para padres los fines de semana y luego nos convertimos en voluntarias en una residencia de ancianos".

"No te imaginas lo mucho que me dolió su muerte", dice.

"Pudiste haber detectado su enfermedad. Aún estaría viva".

"Cuando llegó a la clínica, aseguró que le dolían las piernas. Nunca me hubiera imaginado que tenía leucemia".

Tomo aire mientras cierro mis ojos. Evoco la expresión de alegría que siempre mostraba mamá.

"También tenía dolores en otras partes del cuerpo", le recuerdo con molestia.

"No me dijo nada sobre ellos en ese momento. Se sentía tan humillada que no reconoció esos dolores. Si lo hubiera hecho, pude haberla ayudado más", dice con tono de dolor y ruego. No obstante, mi enfado sigue intacto. "Te juro que cuando la idea de una leucemia llegó a mi mente, fue muy difícil hablar con ella para aceptar que se realizara todos los exámenes, incluyendo los

ginecológicos",

"Basta. No fue responsable de lo que le sucedió", digo para frenarla, con mis puños cerrados.

Niega con su cara. "Lo sé", contesta. "No he dejado de pensar en ella desde entonces. Ahora entiendo que cosas como estas pueden suceder y debemos aceptarlas, aunque no queramos y al principio nos causen dolor".

"Eso no sucederá. Nunca voy a aceptarlo", dijo, golpeando la puerta. Siento inmediatamente el dolor en mis dedos, ya bastante inflamados.

"Si no lo haces, no serás feliz nunca. Y si mi hija hace que te sientas tan bien como ella se siente contigo, es tu deber aceptar todo lo que sucedió y avanzar. Tendrás que dar ese paso. Tienes que hacerlo por la memoria de tu amada madre. Amaba a tu padre. Estoy segura de que le gustaría que experimentaras un sentimiento tan profundo como es. Era uno de sus mayores deseos", dice. Sube una mano para secar algunas lágrimas que caen por sus mejillas.

Mi cerebro se concentra en asimilar lo que acaba de decir. Hago silencio mientras reflexiono sobre los deseos de mi mamá. Supongo que, aunque no quería reconocerlo, Lucía podría tener razón. Tal vez a mamá le hubiera encantado que yo fuese feliz al lado de alguien, tal como le sucedía a ella antes de que la enfermedad acabara con su vida.

"Sal de aquí". Le digo con indignación.

Baja el cuello de su blusa. "Me gustaría enseñarte algo antes de hacerlo", responde.

Veo un tatuaje encima de su seno. Es pequeño, y tiene una flor en el medio. Me quedo perplejo inmediatamente. Imagino que es la acción más atrevida que ha llevado a cabo. Jamás hubiera imaginado que una mujer como ella tatuaría su cuerpo.

"Esta es la demostración de que Lucía siempre está en mi alma y mi cuerpo. Sabes que no es necesario que simpaticemos o que te intereses por mí. Si quieres, puedes odiarme, pero no te permitas a ti mismo extender la ira y el dolor que sientes a Valeria. Fue mi error y nadie más tiene que pagar por él".

"Es cierto, porque como dices, fue tu error", le contesto, bajando mi voz.

"Alejandro, hice todo lo posible para sobrellevar la tristeza que sentimos por la terrible muerte de Flor. De hecho, hice todos los trámites para que la mitad de mis ingresos terminaran en el fideicomiso que abrí. También le pedí al resto de los padres de la primaria que donaran el dinero que pudieran. Creo que eso ayudó en algo".

"¿Cómo dices? ¿Un fideicomiso?"

"Sí, al que pudieron acceder cuando llegaron a los veintiún años".

"¿No era un seguro de vida de mamá? ¿Estás diciendo que lo abriste tú?"

"¿'Seguro de vida'? Claro que no. Supongo que no hablaste contigo".

"No. Mi tía no tenía idea del origen del dinero. Aseguró que era un seguro de vida, o eso creía. Y no he tenido contacto con papá hace muchos años".

"Pero hablamos con algunos abogados... Bueno, ya no tiene ninguna importancia. Ahora solo quiero que mi hija y tú estén bien. Sé que tienen una hermosa y sólida relación. Tengo la ilusión de

que estén juntos y sean felices por el resto de sus vidas. Sé que se aman. Y sé que es el mismo deseo de tu madre, donde quiera que esté".

Extiende su mano y la toco con la mía por unos segundos. Como no veo su rostro, gira para salir, lo que hace rápidamente mientras levanta su cara.

Ahora no puedo dejar de pensar en lo que acaba de decir. El dinero de ese fideicomiso me sirvió para abrir mi tienda de tatuajes. Lucía habló con sinceridad. Además, el tatuaje en su pecho es una prueba de sus palabras.

¿Pero después de todo lo que ha pasado, debo pensar en sus emociones? Sería el caso si aún fuese el novio de Valeria. Debería hablar y relacionarme con Lucía, pero no imagino de qué forma haría algo así.

Tendría que vincularme con la doctora que no detectó la leucemia de mamá. ¿Cómo podría tener un nexo emocional durante el resto de mi vida con la doctora que no pudo mantener con vida a la mujer que me dio a luz y me crió con todo el amor del mundo?

Podría, aunque no sé cómo, porque Valeria es la mujer que amo.

¿Qué debo hacer?

CAPITULO 34: Valeria

Me encuentro en la sala de estar de la casa de mis padres. Estoy en el sofá, y mi tableta está muy cerca de mí. He leído varias novelas románticas, lo que, sin duda, ha sido una elección inoportuna, pues aún tengo mi alma herida. El dolor hace que mi corazón se apague lentamente. Hace siete días que él no está conmigo. Y siento que su partida ocurrió hace solo unas horas.

Cada mañana al despertar le escribo un mensaje a su celular. Le digo que lo echo de menos. Sin embargo, no contesta. Nunca lo hace.

Mi hermana estuvo hace dos días en mi apartamento para ir a buscar mi auto. Lo hizo porque no tengo el ánimo ni la fuerza que necesito para regresar allí. Y cuando se trata de volver a la clínica, el deseo que siento es aún menor.

Tanto mamá como papá me han dado consuelo. Me dicen que volveré a la clínica solo cuando me sienta mejor.

Mamá habló conmigo para revelarme la historia de la señora Flor, la mamá de Alejandro. Incluso vi su tatuaje. Nunca lo había visto ni pensado que tuviera uno. Me hubiera gustado que me lo contara antes de que lo invitara a cenar, o que mi padre hubiera dicho al menos una parte de la historia, pero ya no importa. Ya no siento ira por lo que sucedió.

Estoy convencida de que mamá no es culpable por lo que sucedió. Los métodos de detección no eran tan infalibles ni rápidos como ahora. Además, no conocía el resto de los síntomas de la señora. ¿Por qué Alejandro la culpa? ¿Por qué ella también lo hace? Debería acabar con esa tortura.

Teresa y mi padre me han invitado a salir varias veces, y me han dicho que podré elegir el lugar, pero no he aceptado. He estado aquí toda la semana. Suspiro, bajo mis dedos y toco la tela de mi blusa.

Necesito tomar aire. Han pasado casi diez mil minutos de pesar desde que Alejandro se fue.

"Iré a pasear un rato", informo con fuerza.

Papá y Teresa están en la cocina. No sé si oyen lo que digo.

Sé que está a punto de anochecer, pero aún puedo recibir los cálidos rayos del sol. Busco las llaves del auto entre las otras y juego con ellas mientras me dirijo a la puerta. Tomo aire y sonrío ante esa agradable sensación de calor que ya había olvidado. Luego subo a mi auto.

Me detengo en la entrada del estacionamiento. ¿Adónde iré? No lo sé. Tal vez deba ir a mi apartamento, pero eso no me hará bien. En él solo hay soledad y recuerdos.

Decido bajar las ventanas de mi auto y manejar por varias zonas, sin rumbo fijo. Aunque no me percaté enseguida, llego al sector en el que se encuentra El paraíso de los tatuajes. Cuando veo la hora en mi celular recuerdo que no cerrarán hasta dentro de veinte minutos, aproximadamente.

La luz del semáforo que me detuvo cambia a verde. Sigo manejando y mis manos se agitan. Veo un auto en el estacionamiento. ¿De quién será? No lo sé. De hecho, no tendría que saberlo. Sé que todos los días va mucha gente a hacerse tatuajes.

Giré sin intención de hacerlo. De nuevo paso por la tienda, por la parte izquierda. Estoy a algunos metros de él y nuevamente mi pecho se acelera al recordarlo.

Sin poder hacer algo más, giro otra vez. Lo hago porque estoy decidida. Entro al estacionamiento de la tienda.

Recuerdo el nerviosismo que sentía cuando vine a perforarme. Ahora la ansiedad es mucho más fuerte. No obstante, estoy determinada a ver a Alejandro.

Mi cuerpo y mi mente me lo ordenan.

Apago mi vehículo y dejo las manos en el volante. Bajo mi cara y me fijo en el cartel de la tienda. No sé si las imágenes de mi primera visita a este lugar o que la excitación se renueva al saber de la cercanía de Alejandro, pero rápidamente me despojo de mi ropa interior. La ubico bajo el asiento del copiloto. ¿Qué rayos me sucede? No tengo ni la más remota idea.

Inhalo y exhalo ansiosamente. Me digo que debo relajarme.

Sé qué seguramente no querrá verme ni que conversemos, pero podría convencerlo y acordar algo, aunque simplemente se trate de tener relaciones casuales.

Daniel, su socio, abre la puerta. Los latidos de mi corazón se aceleran. Saca una llave y la introduce en la cerradura. Supongo que está cerrando la tienda. Salgo del auto y empiezo a correr.

Llego a la puerta y me detengo. Intento abrir la puerta. No puedo hacerlo. Daniel la cerró, como supuse. Grito y empiezo a golpear, con mis manos convertidas en puños.

Me asomo por el vidrio de la puerta. Alejandro y Daniel están de pie, conversando, a unos pasos de la habitación de los tatuajes. Ven a la puerta y descubren mi presencia. Se dicen algo que no puedo oír. Luego giran nuevamente.

Daniel va hacia la entrada. "Ya cerramos", me informa.

No me importa lo que dice. De hecho, no le prestó atención. Solo puedo ver a Alejandro. Giró para verme, pero bajó su cara rápidamente.

"Quiero que me veas", digo en voz alta.

"Y él quiere que te retires cuanto antes", dice Daniel. Sigue cerca de la puerta.

"Eso no va a pasar", digo. Mi voz es cada vez más alta.

Alejandro encoge sus hombros, aunque no se mueve del lugar en el que se encuentra.

"Quiero pasar", digo. Creo que quedaré sin garganta por lo fuerte que estoy hablando.

"¿Sabes qué? Me largo", responde Daniel. Voltea para ir a la habitación del fondo. Supongo que luego saldrá por el depósito.

Me siento más nerviosa, pero en este punto estoy convencida de que no daré un paso atrás. Alejandro lleva ambas manos a su cabeza. Me emociono muchísimo solo con ver su cuerpo.

Vuelvo a golpear la puerta con mis dos puños. Él baja sus manos y empieza a caminar hacia mí. Se nota la tensión en su cuerpo. Es obvio que algo lo afecta. La luz de su mirada desapareció.

Pone sus dedos en la manilla de la puerta principal.

"¿Por qué viniste?", me pregunta por la pequeña rendija de la puerta cerrada.

"Por un tatuaje", le respondo. Es lo primero que se me ocurre.

"Lo siento. Ya cerramos", responde, exhalando bruscamente.

"No importa. Suelen atender a muchas personas aun cuando has cerrado".

Un huracán de tristeza azota mi vientre cuando mi mirada se cruza con la suya. Pongo mi mano sobre el vidrio de la puerta. Está lejos de mí, aunque su cuerpo solo está a unos pasos. Con mi cara le ruego que me deje pasar, pero parece que no lo hará.

"Valeria, ambos sabemos que no quieres hacerte un tatuaje".

"Claro que lo quiero. No encuentro otro modo de superar esta situación. Quiero que me tatúes un leopardo, similar a los que dibujaste en la escuela. Un tatuaje me permitirá recordarte siempre y llevarte conmigo adonde vaya".

Oye atentamente y niega con su cara.

Ya me siento abrumada. "Si no lo haces, tendré que pedir un turno en El cielo de los tatuajes", le indico.

"Eso no va a suceder".

"Ya verás que sí".

Exhala, cierra los ojos y abre la puerta.

Sigue sin moverse. "No tienes que ir allí", me dice.

Me inclino un poco y empiezo a caminar. Rápidamente me dirijo a la habitación y me siento en la silla para tatuajes. Tomo aire para calmarme. Cierra la puerta. Va detrás de mí, caminando lentamente en silencio.

Subo mi falda al ver que llega a la habitación.

Apunto a mi muslo derecho. "Quiero hacérmelo en este talón", le informo.

Sube los brazos y toma asiento. Lleva sus dedos a mis piernas. Cruza su mirada con la mía y puedo darme cuenta de que sus manos están terriblemente inflamadas. Tienen, además, un tono bastante rojo.

"Puedo ver otros diseños. Tal vez encuentre uno que me guste".

"Tranquila", responde, buscando sus implementos. "Tatúo a personas que están convencidas de hacérselos. Sabes que no podrás borrarlos, así que debes estar muy convencida de que realmente lo deseas, Valeria".

"Claro que estoy convencida. Todo lo que tiene que ver contigo me convence", digo con seriedad.

"No tienes que hacer esto".

Me hundo en la tristeza por su frase. Ojalá hablara. Solucionaríamos este asunto. Ambos. Mamá me aseguró que estaría de acuerdo si volvía con él, aunque no la hubiera perdonado.

"Quiero que alcancemos un acuerdo, Alejandro", admito. "Permitiré que tatúes hasta mis cabellos si debo hacerlo para que sigas conmigo. También dejaré que tengamos sexo casual por el tiempo

que consideres necesario".

"Ya te dije que esto no es necesario".

Abruptamente se pone de pie. Sus manos llegan a ambos lados del reposacabezas, cerca de mis mejillas. Estoy nerviosa y mi vientre colapsa con el vuelo de miles de mariposas. Lo siento tan cerca de mí. Su aroma penetra mis fosas nasales. Tengo tantas ganas de abrazarlo y poner mis piernas sobre su trasero. Mis sentidos se estremecen.

Decido mantenerme allí. "Quiero que conversemos", digo.

"Pero no quiero hacerlo", responde.

Entonces se acerca y sus labios chocan con los míos.

CAPITULO 35: Alejandro

Valeria llegó a mi tienda y me obligué a obedecer las órdenes de mi mente. Quise dejar todo esto atrás, que aceptará que no debe estar con alguien que nunca podrá convertirse en su compañero ni compartir con sus familiares.

Pero no pude. Al verla y sentirla cerca de mí, el deseo de estar con ella era más fuerte con cada segundo que pasaba.

Este no era mi plan. Sin embargo, ahora que estoy besándola y llenándome con su sabor, entiendo que quiero estar con ella. Que tiene razón. Y esa razón está en sus labios.

No he parado de pensar desde que Lucía se fue de mi tienda. Valeria ahora está conmigo. Es la única mujer que me ha hecho sentir de ese modo tan especial. Reconozco que mamá deseaba que yo fuese una persona plena, un hombre feliz. Y lo soy con ella.

Puede que Lucía haya dicho la verdad. Aparentemente, fue sincera conmigo. No habría detectado la enfermedad de mi madre. A pesar de ello, no quiero tenerla cerca de mí.

Levanto a Valeria y la abrazo. Ya no siento dolor ni rabia. Sus brazos sobre mi espalda han hecho que esas emociones se esfumen. Hasta el pesar más profundo está desapareciendo con sus caricias.

El choque de nuestras bocas es más intenso. Paso mi lengua a su garganta. Quiero penetrarla. Tengo una gran erección y no puedo controlarla. Entonces Valeria toca mi ropa interior suavemente.

Cuando se asomó por la puerta pude darme cuenta de mis sentimientos. Siempre creí que era una mujer que no merecía un sujeto como yo, que debía buscar a un hombre "ideal". Sin embargo, cuando pasó a mi tienda, supe que me pertenecía. Que era nuestro destino estar juntos.

Ha sido así desde que éramos unos jovencitos.

Saco esos pensamientos de mi mente. Ahora me concentro en una sola imagen: Valeria, sin ropa, agitada y repitiendo mi nombre una y otra vez mientras jadea y vuelve a tener un orgasmo sobre mi pene.

"Hazme el tatuaje, por lo que más quieras. Te pertenezco, y lo sabes. Quiero pertenecerte por el resto de mi vida", admite con suavidad sobre mi sien, y su respiración eriza mi piel.

"Lo haré cuando me demuestres que realmente lo deseas".

"Lo deseo".

"No hace falta que lo digas. Voy a hacer algo que tengo en mente. Sin embargo, para ello debes aguardar unos momentos. Te haré una prueba final".

Su expresión es de asombro y ansiedad. "¿'Prueba final'? No entiendo", asegura mientras retrocede.

Tomo su cuerpo por su cintura. Gime suavemente. Toma mi camisa y la sube lentamente. La ayudo a quitármela. Decido acostarla en la camilla en la que suelo poner a los clientes que vienen para

tatuarse.

Sus dedos recorren mi pecho. "Santo cielo. No te imaginas cuánta falta me hacía ver esta piel", confiesa.

Tomo su mano y la guío hasta mi latente erección. "Yo he extrañado más este cuerpo", le indico.

Vuelve a gemir. Su mano pasea por el borde de mi ropa interior. La baja y toma mi tronco. Intensos escalofríos aturden mi espalda. Comienza a bajar lentamente por él. Reclino mi cabeza y cierro mis ojos.

Bajo mi ropa interior y los llevo a mis talones. Cuando llegan allí, me impulso para liberarme de ellos. Escucho sus gemidos y risas calurosas. Se baja de la camilla y se arrodilla frente a mí.

Actúa rápida y sorpresivamente. Siento que sucede lo mismo que ocurrió cuando estuvimos en el parque, por primera vez. Toca suavemente mi escroto y mis testículos. Su lengua alcanza la base de mi tronco y sube por él. Cierra sus ojos al besar mi glánde y luego lo lame.

Se reclina e introduce todo mi pene en su boca. Alcanzo el fondo en pocos segundos.

Me encanta el sexo oral que me hace. La intensa sensación de placer que me da es fenomenal. Debo apoyarme en la camilla para no caer.

La levanto suavemente por sus brazos. "Si no te detienes voy a acabar", le informo.

Trabajamos juntos con prisa para despojarla de su blusa. Luego hago lo mismo con su sujetador. Ya sus pezones se levantan para mí. Los lamo de abajo a arriba. Mis dedos alcanzan sus caderas y juegan con ellas. Vuelvo a ponerla sobre la camilla.

Mi erección está desesperada, pero tengo la intención de saborearla primero. Mi pene quiere que la penetre, que le demuestre que soy su dueño, pero debo ser paciente.

Gemidos de placer se desbordan por su boca. Veo su boca y me inclino para besarla una vez más.

Abre sus piernas y se acomoda en el lado derecho de la camilla. Me acerco a ella con delicadeza. Con mis dedos alcanzo sus rodillas para subir su falda lo máximo posible.

Con mi dedo índice toco sus labios vaginales. Sus líquidos lo empapan de inmediato.

"Hoy no te pusiste ropa interior", digo al retirar mi boca de la suya.

"Imagino que no recordé que tenía que usarla hoy".

Mi erección presiona su vagina. "Perversa", le digo.

"Lo soy. Me convertiste en *tu* perversa".

Retiro mi dedo. "Así es", le respondo antes de empezar a reír.

Pone sus piernas en mis caderas. Sus manos se aferran a mi espalda. La tela de su falda separa nuestros cuerpos. La levanto para que nos sentemos en mi silla. Tomo su falda, bajo la cremallera del costado y la retiro. Valeria queda sobre mí.

Uso ambas manos para acercarme a ella. Me perco de la humedad de su vagina. Mi pene late mientras disfruto la imagen. Sus líquidos empapan mi cuerpo rápidamente.

La inclino suavemente hacia mí. Mi glánde se inserta en la entrada de su vagina.

Empieza a bajar sobre mi pene. Su interior lleno de humedad atrapa mi tronco. El placer que siento es indescriptible. Mi mirada se sostiene en la suya.

Tomo sus cabellos y aproximo su rostro al mío.

"Subamos", le pido.

Mi pene no para de latir. Mi respiración es intensa. "No quiero hacerlo. Quiero demostrarte lo perverso que soy, aquí", me dice entre jadeos.

"En ese caso, cabalga sobre mi pene. Ansío ver que me perteneces. Quiero ver tu cara mientras lo haces".

"Te pertenezco, aunque quiero que tú también me pertenezcas completamente".

Entonces sube ambas manos, pone sus dedos en su sien y se inserta totalmente en mi pene. Sus senos se mueven de un lado a otro y sus manos agitan sus rizos. Veo su cara cuando lo hace.

Es la primera vez que mi pene se siente tan agradecido y satisfecho. Es la misma mezcla de sensaciones que experimentan mis sentidos.

Sé que ella siempre estará conmigo, sin importar lo que suceda. Eso implicará tener un vínculo con su madre. Pero no me importa. Solo quiero que Valeria siga conmigo, porque ya es una pieza esencial de mi vida.

Apoyo mi trasero con contundencia en mi silla. Siento cómo mis músculos se entumescen mientras las cosquillas se intensifican. Siento los latidos de mi pene en sus profundidades. Sus paredes vaginales comprimen mi tronco. La tensión de mis pelotas es cada vez mayor.

Carajo.

Quiero probar su vagina. Demostrarle por última vez lo que puede sentir.

Pongo mis manos en su cintura y levanto nuestros cuerpos. Aún estoy penetrándola. Arquea su espalda ante mis movimientos. Al parecer, no quiere que haga lo que me dispongo a llevar a cabo.

La acomodo sobre la camilla.

"Mierda. No entiendo qué rayos haces. Ya iba a acabar, Alejandro", dice entre quejidos de lamento.

"De hecho, yo también iba a venirme, pero quiero probarte".

"Lo que quiero es que me penetres".

Decido pasar por alto su comentario. Abro sus piernas y la acomodo frente a mí. Hundo mi boca en su vagina. No me detengo en sus muslos: pongo mi boca en sus labios vaginales y luego inserto mi boca en su clítoris.

Mi garganta se llena con su sabor. Mi mente se llena con los recuerdos de la primera vez que la saboreé. Cierro mis ojos y chupo su vagina. Es lo más delicioso que he probado en toda mi vida.

"Por favor", dice, con tono suplicante.

Empuja sus muslos contra mi boca. Sus líquidos llenan mis labios. Está teniendo un orgasmo. Sigo trabajando en su cuerpo, concentrándome en sus labios vaginales. Una lluvia de placer cae sobre mi cara.

Pone sus dedos en mi cuero cabelludo. Sube sus nalgas y gime una y otra vez. Introduzco mi dedo índice en su vagina y su vagina lo comprime. Un alarido feroz sale de su boca. Continúo dándole placer con mi lengua. Está acabando nuevamente.

Podría seguir haciendo que se venga por horas y horas.

"Cielos. Dime qué intentas hacer", dice cuando recupera el aire y abre sus ojos.

Subo mi cara para responder. "Saborearte todo lo que pueda. Una vez que te haga la perforación, deberé esperar unos meses hasta que tu herida haya sanado. Entonces no podré comerte de este modo".

Baja su cara para verme.

"¿'Perforación'?"

CAPITULO 36: Valeria

No logro calmarme para analizar lo que sucede. La excitación aún está agitando mi cuerpo.

"Es el motivo por el que viniste inicialmente, ¿cierto?", me recuerda.

Sube aún más mi cuerpo y se empuja sobre mí.

"Así es, cuando vine a tu tienda por primera vez", recuerdo entre risas.

"Nunca es tarde para hacer una perforación".

"Supongo que estás convencido de que me hace falta después de todo".

Ciertamente fui a su tienda para perforarme el clítoris, lo que me permitió encontrarme con él nuevamente después de muchos años, pero en ese momento estaba desesperada por alcanzar el clímax, algo que no había podido hacer. Estamos juntos ahora. El placer ya es constante. Solo con acariciarme empiezo a estallar de lo caliente que me pone.

"Bueno, una pieza de metal con una joya azul hará que tu vagina se vea aún más hermosa".

"No creías que me hiciera falta perforarme".

Ríe mientras acomoda su cuerpo encima de mí. Su pene grueso y latente presiona mi vagina y la estremece.

"En realidad esperaba que te dieras cuenta de que no tenías que perforar tu clítoris para venir. Debía darme cuenta de que me pertenecías antes de hacer esa perforación".

"Bueno, lo dejaste bastante claro".

Muerde mi sien y el aliento que escapa de su boca me sacude. "Voy a hacerte mía otra vez, Valeria. Te daré con todas mis fuerzas por tu clítoris. Tendrás que controlarte para no caer".

"Nada superará el placer que me has dado hasta ahora".

"Deberemos hacerlo para descubrirlo".

Río sonoramente. "Creo que esa perforación será una buena idea después de todo".

"Lo es. Será como un anillo de compromiso. El compromiso que hago contigo para no volver a lastimarte y demostrarte mi amor".

Me imagino con mi clítoris perforado por Alejandro y sonrío ligeramente. Sé que será un secreto entre nosotros. Y su marca eterna en mi cuerpo.

De todos modos, quisiera tener un tatuaje también, aunque puedo ser paciente en cuanto a eso.

En este momento solo quiero perforarme. Todo lo que se le ocurra a Alejandro me encantará.

Abre mi vagina con un par de dedos de su mano izquierda para abrirse paso. Entonces me penetra con todo su pene. Cuando mi vagina se adapta a su grosor y longitud, empuja con su cuerpo para hacerme suya.

Me envuelve con su cuerpo y siento que no podré más. Mi piel arde de lujuria. El calor de mi vagina me sofoca. Siento ondas eléctricas cada vez que sus manos me acarician. Me controlo para

no ceder ante el llanto, aunque la emoción es poderosa y me sobrepasa. Al cabo de unos segundos ya no me siento apenada.

Unos segundos después subo mis piernas. Mis rodillas inmóviles quedan en el aire. Todos mis dedos rasguñan su espalda.

Sus penetraciones se aceleran. Puedo escuchar sus gemidos salvajes mientras cierra y abre sus ojos. Mis labios vaginales palpitan y mi vagina se comprime sobre su tronco. Puedo sentir el crujir de sus bolas a punto de estallar. Inhalo, pero me cuesta llenar mis pulmones de aire. Suelta un gruñido poderoso antes de llegar a mis profundidades, cada vez más dentro. Mis músculos están más rígidos. Gotas de su sudor caen sobre mí.

Siento cómo mi cuerpo entero es aplastado por la sensación. Mis sentidos se alteran.

"¡Santo cielo!", digo con fuerza.

Levanto mis pies y arqueo mi espalda. El clímax despierta todas las células de mi cuerpo. Su pene sigue dentro de mí, latiendo con más fuerza. Sus movimientos hacen que el orgasmo se prolongue y el éxtasis produzca temblores en mi cuerpo. Mis gritos chocan con las paredes.

Agradezco la invitación que me hizo Alejandro a descubrir este placer. Los líquidos no paran de salir de mi interior, e inundan la habitación. Es la primera vez que siento algo como esto.

Alejandro mantiene su cuerpo inmóvil. Su aliento es pesado y su cuerpo continúa sobre el mío.

Busco fuerzas para hablar. "Imagino que aún podemos acostarnos sin usar preservativos".

"Por supuesto. Si no fuese así, no estaría aquí".

Entonces me doy cuenta de que tuve mucha suerte cuando leí ese encabezado de la revista en la clínica. Ahora mi vida está completa por la llegada de este dios que cayó a la tierra. Me ha dado un placer que jamás hubiera imaginado que existía. Lo abrazo con fuerza para que se acerque a mí y sentir un poco más ese placer.

Y no solo ha pasado todo eso, sino que la he pasado muy bien con él. Ni siquiera con mi hermana menor he disfrutado tanto.

Supongo que estoy muy feliz de que estén en mi vida porque con sus compañías logran que me sienta tranquila. Al estar con ellos, no importa lo que se supone estoy obligada a hacer o decir. Solo importa disfrutar.

Dejo mis brazos sobre él. Alejandro también se mantiene allí. La paz que siento me convence de que podremos hablar con mis padres para que todo resulte. Guardamos un profundo silencio. No hace falta decir nada.

Pone sus labios en mi mejilla para besarme y vuelvo a la realidad. Finalmente se levanta, toma su camisa y asea mi vagina y mis muslos.

"No te muevas", me pide antes de girar rápidamente.

Sé que no tengo alternativas. La electricidad aún atraviesa mi cuerpo. Podría desear irme, lo que no quiero hacer, e igualmente no podría hacerlo. Escucho sus movimientos al fondo. Exhalo mientras cierro mis ojos.

Cuando siento que una toalla tibia y empapada toca mi vagina, decido abrir mis ojos para ver qué

sucede. Él regresó. Ve mis labios vaginales con lujuria, al tiempo que me asea. Luego aplica gel sobre mi vagina y pasa una toalla más delgada por ella.

Separa mis labios vaginales para secarlos también. Siento otra onda eléctrica con la unión de sus dedos, la toalla y la agradable temperatura de la habitación.

"Cielos", digo con tono quejoso.

Palpa mi clítoris y lo deja entre sus dedos. Es lo que hizo cuando vine por primera vez a su clínica. "Supongo que te encanta esto", dice.

Los latidos de mi vagina son intensos. Grito con todas mis fuerzas una vez más.

Él no para de mover sus manos. Bajo mi cara. Quiero ver lo que sucede. Pone sus dedos bajo mi clítoris, lo punza con sus dedos. Está buscando la zona más indicada. Gira para alcanzar una pinza entre sus implementos. Todos están en la bandeja. La lleva con la otra mano al punto en el que hace unos segundos estaban sus ricos dedos.

"¿Vas a perforarme ya?"

No pensé en la posibilidad de que hiciera la perforación en este momento. Solo creí que lo haría más tarde, mañana o la próxima semana.

"Así es. Quiero sentir tu sabor en mi lengua mientras lo hago. Si no, me veré obligado a parar para volver a chupar tu cuerpo. También quiero hacerlo lo antes posible, para que la herida sane y pueda volver a sentir tu sabor en mi garganta".

Mantiene el instrumento en mi piel. Busca otra cosa en la bandeja. Cuando me doy cuenta de que se trata de una larga aguja, giro para ver el techo.

Hace silencio mientras trabaja. Luego la aguja atraviesa mi piel. Pero no grito ni digo nada. Tampoco me levanto para irme. El dolor apenas es perceptible. Aunque sigo viendo el techo, sé que continúa haciendo su trabajo. Se mueve a los lados e imagino que está buscando el arete para ponerlo.

"Luce perfecto", asegura. "Supongo que quieres ver cómo quedó". Pone nuevamente ambos instrumentos en su bandeja.

Toma un espejo para ponerlo cerca de mi clítoris.

"Claro que sí", digo mientras asiento. Él se fija en el espejo.

Veó la perforación y el arete. El color combina con el tono de mi piel. La joya está encima de mi clítoris. Los focos de la habitación hacen que brille.

Subo mi cara para sonreírle. "Es hermoso", le digo mientras lo veo.

Ciertamente lo es. Es una ocurrencia suya. Una pequeña travesura que me da placer. Es un símbolo de la personalidad de Alejandro. Y una muestra de que mi piel le pertenece.

CAPITULO 37: Alejandro

Le indico con mi dedo el trozo final de pizza. "¿Te lo comerás o lo dejarás?", le pregunto.

Toma otro trago de su gaseosa sin calorías. "Tómalo. No quiero más", me responde.

Le pedí que subiéramos en cuanto terminé de hacer la perforación. Aunque no hemos parado de conversar y bromear desde entonces, sé que no hemos llegado al punto al cual debemos llegar. Hablar sobre Lucía.

No he planteado el tema. Ella también ha evitado hacerlo. No quiero acabar con este momento tan maravilloso.

"¿Qué tal? ¿Sientes dolor?", le pregunto mientras tomo el pedazo restante de pizza.

"Para nada", dice, y encoge sus hombros.

Usé solución para limpiar la zona. Y aunque me costó hacerlo, busqué su ropa interior en la camioneta y le pedí que se la pusiera. Debe mantener la higiene y proteger su piel.

"Supongo que cuando te estimulé, la zona se relajó. Tal vez la herida sane rápidamente", le aseguro. De hecho, ese es mi deseo.

"¿Vas a hacerme un tatuaje cuando esté viniéndome?".

Suelto una carcajada. "No puedo hacerlo. Debes estar relajada para tatuarte". Me calmo y la veo fijamente. "¿Realmente quieres un tatuaje?".

"Eso creo. De esa forma siempre recordaremos el amor que siento por ti". Baja del sofá para abrazarme y se queda en mi regazo.

"Dejaré que lo pienses por unos días. Si empiezo a hacerlo, no habrá forma de que me detenga. Tienes una piel pura en la que puedo tatuar lo que me plazca. Querré hacerte miles de tatuajes, porque tu cuerpo es estupendo", le digo antes de comer.

Ojalá pueda darse cuenta de que hablo en serio. Abre ampliamente sus ojos y acaricia mi espalda.

"Estoy feliz de haber ido a tu tienda en lugar de acudir a El cielo de los tatuajes".

"El destino nos ha unido siempre. No sé si lo has notado, pero yo no podría haber abierto mi tienda si tu madre no hubiera ayudado".

"No entiendo".

"Como mamá era pobre, no pudo contratar un seguro. Lucía abrió un fideicomiso y recibí el dinero cuando cumplí veintiún años. Aparentemente, la mayor parte de ese monto provino de sus ingresos".

Me ve fijamente y sé que hará más preguntas. Frunce su ceño y pone la lata en la mesa.

"Sigo sin comprender nada. ¿Qué te hace suceder que eso ocurrió así?".

"Ella me lo contó".

"¿Quién? ¿Mamá?".

"Exacto. Vino ayer para contarme que conoció a mamá. Me contó que eran muy cercanas. Incluso pude ver el tatuaje que tiene. ¿Lo habías visto?"

"Lo vi ayer. Me enteré cuando me lo dijo".

"Imagino que jamás hubieras pensado que tenía un tatuaje en su pecho", le respondo entre risas.

"Me asombré, pero creo que esto me asombra aún más. No me había contado sobre ese asunto. No sabía nada sobre ese dinero".

"Abrió el fideicomiso cuando mamá falleció".

"Eso me dice que estaba angustiada por tu mamá, por tu hermana menor y por ti. Les preocupaba el futuro de dos niños tan pequeños".

"No he dejado de pensar en eso. Me pregunto si lo abrió para ayudarnos o para aliviarse por el remordimiento que sentía".

Encoge sus hombros y deja de mirarme. "¿En serio sigues pensando que fue responsable por lo que le sucedió a tu mamá? Si hubiera sucedido de ese modo, alguien de tu familia la habría demandado para pedirle dinero".

No sé qué pensar en este momento. Queda algo de pizza, pero lo pongo en la mesa. ¿Es Lucía culpable de la muerte de mi madre? Estuve culpándola por más de quince años. Era la versión de la historia que contaban papá y mi tía. Pero nunca me dijeron que mamá no habló sobre otros dolores que sentía. ¿Papá sabía algo al respecto y no nos dijo nada? No lo sé.

Otras dudas asaltan mis pensamientos. Mamá no habló con los médicos sobre el resto de los síntomas. ¿Por qué evitó hacerlo? ¿Por qué prefirió dejarse llevar por la vergüenza y morir? ¿Qué habría pasado si estuviera viva? ¿Yo habría conocido a Valeria y tendría esta maravillosa vida en esta ciudad, con esta maravillosa mujer?

Dejo escapar un suspiro y saco esas preguntas de mi mente. Ya sé que es suficiente de pensar en cosas que pudieron haber pasado, pero nunca sucedieron.

Además, mamá no regresará.

Incluso entonces yo ya estaba enamorado de Valeria y mi madre lo sabía. Ojalá pudiera saber ahora que estoy con ella y planeo seguir a su lado para siempre. Le hubiera encantado conocerla mejor. Se habrían llevado muy bien. Me entristezco al recordar las experiencias hermosas que he vivido, y que ella no pudo presenciar. Sé que se perdió de muchas cosas. Y lo peor es que no podrá conocer a mis hijos, sus nietos. Ellos tampoco podrán compartir un rato de sus vidas con una mujer que seguramente sería la mejor abuela de todas.

Veó la mirada de Valeria y dejo de pensar. Exhalo, y espero que ese aliento saque de mí el estrés que siento. Sé que ella ansía que le conteste.

"Sí, es lo más seguro", digo en voz baja. Aunque lo digo, me cuesta creer que algo así hubiera pasado.

Relaja su cuerpo y me muestra una gran sonrisa. "Alejandro, estoy convencida de que nuestra relación será maravillosa. Mi familia, los seres que más quiero y que más me quieren, han demostrado que van a apoyarme y consentir lo que tenemos. Mi mamá va a aceptarte. Mi padre y Teresa tampoco se oponen a que estemos juntos. Ya verás que la vida va a seguir llevándonos por

maravillosos caminos".

Niego con mi cara. "Te equivocas. No son ellos quienes más me quieren... Ese soy yo".

Ríe y golpea suavemente mi hombro. "De acuerdo. Están detrás de ti en esa línea".

"Honestamente, creo que estoy en deuda con ellos. Me refiero al fideicomiso".

"Mamá no cree que le debas algo. Créeme, es ella quien siempre ha sentido que está en deuda contigo", dice, y pone sus dedos en mi corazón. "Solo recuerda que has tenido mucha suerte. Muy pocos hombres en el mundo tienen una suegra que hace tantas cosas con sus yernos como lo hace mi madre. Ha sido solidaria y bondadosa con tu hermana y contigo. Y seguirá siéndolo".

"De todos modos, no quiero que volvamos a estar juntos en una cena. Al menos no por ahora".

"No te preocupes por eso. Iremos con calma. Encontraremos una solución y luego nos encontraremos con ellos. No olvides que, de todos modos, debo verlos todos los días porque trabajo en su clínica. Y quiero hablar cuanto antes con Teresa".

"Ella es maravillosa. Con ella puedo compartir todo el tiempo que me pidas".

"Recuerda: vamos poco a poco. Supongo que reaccionaste como lo hiciste porque tenías miedo de sentir las emociones que experimentaste y te preocupaba también la reacción de mamá. El pasado es lo que es: pasado. No podemos cambiar eso. Te juro que no volveremos a tener otra cena como esa. Además, ya conversaste con ella y te contó lo que sucedió".

"No quisiera volver a hablar con ella todavía".

"De acuerdo. No lo harás por los momentos. Quiero que lo hagas cuando te sientas cómodo. Como te dije, iremos lentamente".

Sonríe y la abraza. La aprieta con fuerza. Sé que tenerla conmigo me hace el hombre más feliz del mundo.

Epílogo

Alejandro - Un año después...

Valeria dejó su cabello suelto y tiene ropa deportiva. Me muestra una bandeja llena de documentos muy antiguos. "¿Y esto? ¿Vas a conservarlo?", me pregunta.

"Se va", le respondo.

Lleva la bandeja a la pila de basura de la esquina izquierda. "Listo", asegura.

Estamos en la casa de la playa. Ambos nos arrodillamos y tomamos todos los objetos para limpiar la habitación.

"Si hubiéramos sacado esa cama antes, mi cuerpo no me dolería tanto".

"No sabes cuánto me contenta que Teresa viniera y tomara todas las cosas que se llevó. Ahora no me siento culpable por echar todo a la basura", dice.

"Lo sé. Cuesta desprenderse de tantas cosas".

"No tengo ningún vínculo sentimental con ninguna de estas cosas. ¿Por qué no me dejas deshacerme de todo esto?".

"¿Te desharías también de esta... cosa?", le pregunto. Le muestro un pequeño dibujo. Lo hice cuando estudiaba con ella. Es un gato morado.

Sonríe y toma la hoja de papel. "Podemos conservarlo. Es estupendo para decorar la guardería. Pediré que le pongan un marco de madera".

Suelto una carcajada. Me concentro otra vez en la gran cantidad de objetos que aún quedan bajo mi cama. Sé que llegó el momento de limpiar, después de negarme a hacerlo por muchos años. Cada cosa me recuerda lo que viví con mamá antes de su muerte.

Rechazaba la idea de soltar todo aquello que me hacía sentir feliz porque mi madre estaba conmigo. Valeria está en mi vida en este momento, así que no tengo que pensar más en ese pasado de dolor. Solo que la he pasado tan bien y he sido tan feliz que no he limpiado el lugar. En realidad, no nos había hecho falta. Pero es la hora de avanzar.

El momento de ordenar el dormitorio para cuando el niño nazca. Ambos llegamos a la conclusión de que debemos vivir en esta casa. Podremos viajar a La Galera con frecuencia mientras nuestro bebé crece en este edén, lejos del bullicio de la ciudad.

Aunque habíamos planificado tener un hijo, solo supimos que esperaba un bebé hace unos días, justo cuando sus padres celebraban un nuevo aniversario de bodas.

Aunque nuestras amistades nos sugirieron esperar unas semanas para contarle, la felicidad que nos embargaba nos hizo sentir que la cena de celebración de ese aniversario era el momento ideal para revelar lo que sucedía.

"Nunca en mi vida había sentido tanto calor en estas fechas", asegura mientras seca sus mejillas

con una toalla.

"Es cierto. Hagamos una pausa para descansar", respondo mientras me levanto.

Voy a la cocina para buscar dos cervezas. Cuando recuerdo a Valeria, me devuelvo para regresarlas a la nevera. Tomo dos botellas de jugo de manzana.

Cuando les contamos a mis suegros que esperábamos un bebé, empezaron a llorar de la emoción.

Son los abuelos más maravillosos que nuestro bebé podría tener. Tuve que tomarme unas semanas para perdonar y avanzar, pero esa pausa me permitió sentirme cómodo. Es un privilegio formar parte de una familia tan agradable. Me han recibido con alegría y calidez en su hogar. Han hecho un esfuerzo para que olvidemos todo, y se los agradezco.

Al parecer, las heridas de Lucía también sanaron. Aunque no lo entendí al principio, su solidaridad me ayudó a sanar, y mi actitud también le permitió perdonarse y olvidar el dolor. A fin de cuentas, no fue responsable de la muerte de mi madre.

Escucho el sonido de un golpe en nuestra puerta. "Iré a ver de quién se trata", dice.

Ella abre la puerta. Ya no hay nadie. Solo un paquete. Tomo las botellas y las dejo en la mesa. Por poco me desmayo al suponer quién pudo haber sido. No quiero que me envíen cosas a esta casa. Solo espero que los visitantes traigan una cosa a este lugar: tranquilidad.

"Permíteme", le digo a Valeria, extendiendo mi mano para tomar el pequeño paquete.

Espera que lo abra, pero no lo hago. "Supongo que es la muestra de las nuevas manijas de los mostradores" me dice, mientras sus ojos no se quitan del empaque.

"No te preocupes", respondo. Quiero que se enfoque en otra cosa. "Mejor vamos afuera a tomar sol. Ten, es tu jugo".

Siento ansias de abrir el empaque, pero decido dejarlo en la sala. Como le sugerí a Valeria, salimos a refrescarnos.

"Vaya. La temperatura está peor acá", dice mientras se saca su camiseta. Puedo maravillarme con la parte superior de su traje de baño. Luce apretado, pues sus senos aumentaron de tamaño por el bebé.

Hay un par de rosas en su vientre, justo bajo su seno izquierdo. Una vez que me dijo que deseaba hacerse un tatuaje, dediqué muchas horas a esbozar y concretar diseños especiales para su cuerpo. Espero hacer pronto otros tatuajes en el lado izquierdo, cerca de las rosas. Esta rosa luce muy real, al igual que las hojas y las espinas. Creo que es el tatuaje más realista y espectacular que he hecho. Para mí, Valeria es una diosa de la vegetación. Y se lo demuestro con mis tatuajes.

Aunque intento frenarme, mis manos se acercan a ella y tocan las rosas. Ella baja la cara para verme y sonrío con ligereza.

"Me sentaré en la orilla de la playa. ¿Me acompañas?", me pregunta mientras se levanta. Su culo se balancea a lo largo del camino.

El empaque regresa a mi mente. "Sí, en un momento", le respondo.

Me acerco a ella para darle mi jugo y levanto las sillas para ponerlas cerca de la orilla. Sudo copiosamente y mi respiración se entrecorta. Regreso a casa rápidamente.

Sé que hay una sola persona en el mundo que conoce este lugar y puede enviarme algo aquí. El resto de la gente que me conoce envía los documentos a la tienda.

Hace exactamente dos meses escribí un correo electrónico y se lo envié. Le conté todo lo que había sucedido y le sugerí que avanzara con su vida, tal como yo estaba haciendo. Pero guardó el mismo silencio que ha guardado desde la muerte de mamá. No me contestó. Tampoco me llamó. No respondió de ninguna forma.

Abro el empaque, aunque me cuesta mucho hacerlo. Es una carta. Es difícil leer lo que dice, porque está escrita a mano y algunas palabras se asemejan a garabatos:

Amado hijo:

No te imaginas lo feliz que estoy por ti. Ahora me doy cuenta: debes ser muy feliz. Más de lo que yo lo he sido o permití que fueses. He leído tus correos, y ahora entiendo que nunca pude lograr que estuvieras bien, aunque ahora puedo entregarte este obsequio. Ojalá marque el inicio de una vida llena de alegrías y buenas noticias.

Allí termina la carta. No sé en qué lugar se encuentra ni lo que ha hecho con su vida. No hay firmas, datos adjuntos ni dirección.

Hay un trozo de papel encima de una bolsa diminuta. La retiro con calma. Sé de qué se trata.

Tomo aire mientras pienso una y otra vez en papá. Luego de unos minutos, decido que ha llegado el momento.

Con el artículo en mi mano, vuelvo a la playa de prisa. Veo a Valeria en la orilla. Está sentada, con sus piernas extendidas, y las olas del mar mojan los dedos de sus pies.

Me siento a su lado y sonrío. No sé cómo decirle lo que quiero proponerle, pero eso no me importa.

"¿Sucedió algo? ¿Te enteraste de una mala noticia? Te noto distinto", asegura.

Trago grueso y la veo fijamente. Intento calmarme.

"No pasó nada. Me siento estupendo. De hecho, me siento más feliz que nunca, pues eres la chica que amo y sigues conmigo", digo. Entonces bajo de mi silla para arrodillarme. Me pongo bajo sus piernas y toco sus mejillas. "¿Te gustaría ser mi esposa, Valeria Valencia?"

Estoy impresionado por la decisión de papá. Nunca creí que vendría aquí, aunque no quiso hablar conmigo. Suspiro y bajo mis manos para tomar la pequeña bolsa. Dentro está la caja. La caja del anillo de bodas de mamá. La abro y se lo revelo. Decidí verlo cuidadosamente al estar cerca de Valeria, en lugar de hacerlo en la casa. Paso mis ojos por él. El brillo que tenía en mis recuerdos aparece ahora frente a mí. En el centro tiene un diamante circular, y trozos de oro blanco y plata lo circundan. Aunque han pasado los años, sigue tan hermoso como siempre.

Se levanta y salta una y otra vez antes de abrazarme. "Claro que sí", responde con fuerza.

Cuando se calma tomo sus dedos e inserto el anillo. Se ajusta de inmediato a su piel.

Ve su dedo. Está maravillada contemplando su anillo.

"Fue lo que trajo el mensajero", le cuento.

"¿En serio?", me pregunta, tratando de recuperar el aliento. "¿Le perteneció a tu mamá?".

"Así es", le respondo mientras asiento.

Se acerca a mí y apoya su boca en la mía. "Me encanta. Es precioso. Para mí es un honor llevarlo".

"No. La vida te trajo de regreso y te quedaste a mi lado. Gracias a ti puedo ser feliz otra vez, así que soy yo quien se siente privilegiado".

La beso con fuerza y ella cierra sus ojos. Subo mi mano para tocar su cara. Escucho sus gemidos y la apoyo en la arena. Pongo mi cuerpo sobre el suyo y mis labios pasean por su sien y sus senos abultados por su estado. Luego me concentro en su ombligo y llego a su vagina. La complazco y tiene un par de orgasmos. Unos orgasmos más placenteros que antes, pues la perforación que le hice incrementa su satisfacción.

Una satisfacción que siempre estaré dispuesto a darle.

* * *

Fin



Gracias

¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.